

# CURSOS Y CONFERENCIAS

DESPLEGADO

## SUMARIO



ROBERTO F. GIUSTI: El pensamiento, las letras y el arte italianos en la cultura argentina. - LUIS REISSIG: Italia: cantos rodados. - VICENTE FATONE: Psicoanálisis y budismo. I. El complejo de Edipo y los gandharvas. - ROBERT KING HALL: Educación para el desarrollo económico. - EMILIO HERACLIO LUNA: La escuela rural patagónica. - JOSE GONZALEZ GALE: El Instituto Actuarial Argentino. - VIDA DEL COLEGIO. - INFORMACIONES.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN XXXVI  
Nos. 214, 215, 216

AÑO XVIII

ENERO - FEBRERO  
MARZO DE 1958  
"Año del Libertador"

# CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N°. 293.005

En la revista aparecen conferencias que se han pronunciado en el Colegio Libre de Estudios Superiores y que los autores nos entregan luego especialmente para ser publicadas; se incluyen asimismo otros trabajos de interés científico y literario y artículos sobre la educación y sus problemas.

Además, en cada entrega sale una reseña de las actividades desarrolladas por el Colegio y un panorama de la actualidad cultural argentina.

SUSCRIPCION ANUAL \$ 30.—

NUMERO SUELTO \$ 2.—

EXTERIOR ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA o 5 DOLARES

Dirección y Administración: (domicilio provisorio)

CALLAO 545, VI p. — T. E. 35 - 7949

BUENOS AIRES — ARGENTINA

Director:

ARTURO FRONDIZI

Secretaria:

AIDA BARBAGELATA

## SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

BENVENUTO TERRACINI: El concepto de libertad lingüística. — MARGARITA ARGUAS: Del espíritu de las leyes. — CORTES PLA: Relaciones sociales de la ciencia. — MANUEL VILLEGAS LOPEZ: Escuelas y tendencias del cine documental. — JORGE THENON: Historiografía crítica de los sistemas médico-psicológicos (continuación). — HORACIO J. A. RIMOLDI: La enseñanza de la psicología en los Estados Unidos de Norte América. — VIDA DEL COLEGIO. — INFORMACIONES.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

|  |                                       |
|--|---------------------------------------|
| CORREO<br>ARGENTINO<br>Cor. Central<br>B | FRANQUEO PAGADO<br>Concesión N°. 1849 |
|  | TARIFA REDUCIDA<br>Concesión N°. 259  |

# Colegio Libre de Estudios Superiores

## CONSEJO DIRECTIVO

Titulares: J. J. Díaz Arana, Arturo Frondizi, Roberto F. Giusti, Gregorio Halperín, Homero B. de Magalhaes (Tesorero), Ricardo M. Ortiz, Luis Reissig (Secretario), Francisco Romero, Jorge Thenon. Suplentes: Margarita Argúas, Ernesto E. Galloni, Juan S. Valmaggia Secretario de la Comisión de Finanzas: Homero B. de Magalhaes. Secretario de Filiales: BAHIA BLANCA: Pablo Lejarraga, O'Higgins 408. MAR DEL PLATA: Rómulo M. Etcheverry, San Martín 2726. ROSARIO: Olga Cossetini, Agrelo 1790. SANTIAGO DEL ESTERO: Horacio G. Rava, La Plata 357. TUCUMAN: Miguel Figueroa Román, Balcarce 748.

## CATEDRAS

Cátedra Sarmiento, de educación: secretario: Gregorio Halperín.  
Cátedra Alejandro Korn, de filosofía, secretario: Francisco Romero.  
Cátedra Lisandro de la Torre, de economía argentina, secretario: Ricardo M. Ortiz.  
Cátedra Juan María Gutiérrez, de estudios literarios, secretario: Roberto F. Giusti.  
Cátedra Alberdi, de estudios jurídicos y políticos, secretario: Nicolás Halperin.  
Cátedra Mitre, de estudios históricos, secretario: José Luis Romero.  
Cátedra de investigación y orientación artísticas, secretario: Jorge Romero Brest.  
Cátedra de estudios brasileños, secretario: Homero B. de Magalhaes.  
Cátedra Roosevelt, de estudios americanos, secretaria: Margarita Argúas.

## CURSOS Y CONFERENCIAS

Arturo Frondizi (Director); Aída Barbagelata (Secretaria)

## ACTA DE FUNDACION

El 20 de Mayo de 1930, Roberto F. Giusti, Carlos Ibarguren, Alejandro Korn, Narciso C. Laclau, Aníbal Ponce y Luis Reissig resolvieron crear una institución de cultura con el nombre de COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, suscribiendo la siguiente declaración:

"En casi todos los países del mundo, junto a la acción oficial y paralelamente a la misma se desenvuelven las fuerzas privadas; de esta suerte resulta una mayor eficacia en la acción y en ocasiones un saludable equilibrio de tendencias opuestas.

La cultura superior en la Argentina tiene por órgano a la Universidad oficial. En ésta, por razones de diferente índole, ha predominado el espíritu profesional; si bien es cierto que merced a la labor de un núcleo de investigadores se ha creado una corriente de búsqueda desinteresada.

El grupo de personas que firma esta carta ha pensado en la conveniencia de constituir un organismo exento de carácter profesional destinado al desarrollo de los estudios superiores.

La formación del Colegio Libre de Estudios Superiores, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Constará de un conjunto de cátedras libres, de materias incluídas o no en los planes de estudio universitario, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad y a las personas que fuera de la Universidad se hayan destacado por su labor personal.

También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el Colegio Libre de Estudios Superiores aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso de la Argentina.

---

El desarrollo alcanzado por el Colegio en sus diez años de vida y la conveniencia de darle una organización, decidió a su Directorio, constituido por los señores Juan José Díaz Arana, Roberto F. Giusti y Luis Reissig, a convocar a Asamblea a un grupo de profesores y amigos de la institución, para considerar su estatuto y la organización de su primer Consejo Directivo.

La Asamblea tuvo lugar el 14 de agosto de 1940 cumpliéndose en la misma los propósitos de la convocatoria. Se nombró secretario vitalicio del Colegio a su fundador señor Luis Reissig y se integró el Consejo Directivo y la Comisión Cultural.

Procura también el Colegio, en un nuevo esfuerzo, ligar su obra a todo el país y a toda América. Y más que su obra, sus principios, sus métodos y sus objetivos. Mediante filiales en la Argentina y por organizaciones similares en las demás repúblicas americanas, procurará el Colegio establecer una correlación de trabajo que permita considerar las más importantes cuestiones nacionales y continentales vinculadas a la cultura, que nos son comunes.

En esta segunda etapa cree el Colegio que está su obra de mayor trascendencia. Ahondar la investigación de los problemas nacionales, establecer su vínculo, descubrir directivas de progreso, encauzar una cultura argentina y vincular todo ello con lo que de igual manera se haga en otros países del Continente, significa contribuir a determinar puntos de relación que habrán de fijar las bases de una cultura, una economía, una educación, una unidad americanas.

05  
C839

AÑO XVIII

CURSOS

ENERO - FEBRERO

Volumen XXXVI

Y

MARZO DE 1950

"Año del Libertador  
General San Martín"

Nos. 214-215-216

CONFERENCIAS

Buenos Aires

# El pensamiento, las letras y el arte italianos en la cultura argentina

por ROBERTO F. GIUSTI

El tema que me propuso la Asociación de Cultura Argentino-italiana para la conferencia inaugural de las actividades del año tercero de su existencia,<sup>1</sup> no pudo ser elegido con más acierto, pues ninguno explicaría y justificaría mejor los fines que la Asociación se ha señalado: intensificar la relación entre ambas culturas.

Como el asunto es vasto y los elementos de juicio están muy desperdigados, en el breve espacio de una conferencia no me será posible sino desflorarlo. Mi ensayo será una sucesión de sondeos en distintas latitudes de la cultura argentina: ellos nos permitirán dibujar, no ya una carta completa de las influencias italianas, sino apenas un croquis, sin duda discontinuo; pero útil a nuevos investigadores dotados de más paciencia que yo.

Deseo ante todo precisar que al examinar la influencia del pensamiento, las letras y el arte italianos en la cultura argentina me referiré solamente a los influjos directos ejercidos por la gente itálica y las creaciones superiores de su espíritu en nuestra evolución social de país nuevo a lo largo de dos centurias.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.abirion.com.ar

1. La conferencia, patrocinada por dicha Asociación, fué leída en el aula del Colegio Libre de Estudios Superiores, cedida cortésmente, el 19 de abril de 1949. (N. del A.)

Debo subrayar esta advertencia, porque un periodista y escritor italiano, culto e inteligentísimo, Mario Mariani, me observó cierta vez, tratando conmigo este mismo asunto, que yo olvidaba, cuando circunscribía aquellas influencias a los que me parecían sus límites justos, que la Argentina fué conquistada y colonizada por España, y que la literatura y la lengua españolas son hijas de Roma, madre inmortal, y que por consiguiente... la nieta también es italiana.

No, yo no había olvidado nada, pero hay cosas que por sabidas se callan, y cuando no se callan son lindos temas para desarrollos retóricos a los que nunca me he sentido propenso. Lo sé: hablamos español y el español nació en el seno de la Romania, vasto imperio de la lengua del Lacio. Nuestras instituciones jurídicas y muchas formas de la vida civil están todavía vaciadas en el molde romano y en el que modelaron los grandes comentaristas italianos del derecho, sin referirme al nuevo espíritu que recibieron aquéllas de pensadores modernos tales como Vico, Filangieri y Beccaria, cosa que ya pertenece a nuestro asunto. La fe religiosa, que, como la lengua y la tradición, ata a tantos millones de argentinos, es la que Pedro y Pablo hicieron triunfar en el Palatino y todavía se expresa ritualmente en la lengua de Roma. Nuestra literatura, como cualquier literatura del globo, y nuestro pensamiento, corren todavía en gran parte por los cauces literarios y filosóficos abiertos por Grecia y Roma y están penetrados de infinitas reminiscencias ponderables e imponderables del saber y el arte antiguos. Una cultura, la "humanitas", valoración plena del hombre, nació hace tres milenios en la cuenca del Mediterráneo, y fueron Grecia primero y Roma tras ella los pueblos que le infundieron su espíritu inmortal. La llama de la "humanitas" todavía afortunadamente no se ha extinguido bajo la furia de los huracanes que soplan sobre el mundo. Aún brilla, aunque débil y oscilante. Reanimarla y devolverle su antiguo esplendor no es ni más ni menos que salvar la civilización en peligro. De ello hablaron en Buenos Aires en 1936 los escritores ilustres que participaron en la conversación del Comité de Cooperación Internacional de la Sociedad de la Naciones, entre quienes había argentinos, italianos, mejicanos, colombianos, uruguayos, españoles, portugue-

ses, ingleses, franceses, belgas, austríacos, todos concordantes en la necesidad de un nuevo humanismo; y ha pasado la guerra y todavía se habla de éste continuamente, a tuertas y a derechas. Ya veis como Roma vela en estas orillas del Plata, junto a la llama mantenida viva desde los días férreos del viejo Enio y los áureos de Cicerón y César, Horacio y Virgilio.

Pero si nos remontamos tan alto luego nos va a faltar tiempo para descender a la tierra. La cuestión concreta es ésta, limitada a sus términos estrictos: la República Argentina, poblada por millones de seres en cuyas venas corre sangre italiana, edificada en buena parte por el trabajo italiano, ¿en qué medida ha plasmado su cultura en moldes itálicos?; ¿cómo han contribuido la mente, las letras, el arte peninsulares a su formación espiritual desde los días de la independencia?

La inteligencia peninsular ha servido grandemente al país, así por su natural influencia irradiada por encima de los mares, como por la acción directa aquí ejercida por los hijos de Italia. Técnicos y profesionales ilustres en todas las ramas del saber teórico y de sus aplicaciones prácticas, talentosos artistas, sabios profesores, organizadores disciplinados y enérgicos, una magnífica escuela de música y de canto, un teatro dramático famoso, si no por sus obras, sí por sus insuperados intérpretes —de todo esto podría hablarse largamente. ¿Cómo olvidar cuánto deben nuestros matemáticos, nuestros físicos, nuestros médicos, nuestros juristas, a la literatura de esas ciencias, fecundadas por el genio itálico? La historia de las ideas argentinas registra, por ejemplo, la influencia ejercida por Filangieri sobre los hombres de la Revolución —Belgrano, Moreno—, lo mismo que la de los criminalistas de la escuela de Lombroso sobre nuestros penalistas y legisladores contemporáneos, o la de Benedetto Croce sobre las doctrinas estéticas. Esto es sabido. Fué un sabio italiano, Carta Molina, el que organizó en Buenos Aires la enseñanza de la física experimental y de las ciencias naturales, por iniciativa de Bernardino Rivadavia, quien lo trajo de Inglaterra, donde aquél se había asilado. Carta Molina tuvo por colaborador y ayudante al naturalista Carlos Ferraris, también expatriado, y le sucedió en la cátedra el eminente novarés Octavio Fabricio Mossotti, de la Universidad de Pavía,

otro perseguido y proscripto, llamado a Buenos Aires con el objeto de establecer un observatorio astronómico. Antes de ellos la física en las escuelas argentinas era una página de la filosofía escolástica; cuando, precipitado el país en la dictadura de Rosas, ellos lo abandonaron (en el caso de Mossotti para alcanzar más altos destinos), también fueron abandonados los estudios experimentales, que sólo habían de renacer después de la caída del tirano, por obra, en buena parte, de docentes peninsulares. Tales eran los tres profesores contratados en 1865 para reorganizar el Departamento de Ciencias Exactas: Bernardino Speluzzi, de la Universidad de Pavía, Emilio Rossetti, de la de Turín, y Pellegrino Strobel, de la de Parma. De ellos los dos primeros ocuparon largos años la cátedra, creando una legión de discípulos. Una autoridad en la materia, el doctor Herrero Ducloux, declara a Miguel Puiggari el "fundador" de la enseñanza de la química moderna en la Argentina, enalteciéndolo como un raro ejemplo de labor activísima y fecunda. Ni debo olvidar en el período precedente, al napolitano Pedro de Angelis traído por Rivadavia, y que, si bien luego servidor y plumífero de Rosas, y como tal justamente flagelado por Echeverría, contribuyó a la historiografía argentina con publicaciones meritisimas.

Sería tarea larga citar los nombres de los italianos que ilustraron posteriormente la enseñanza de las ciencias matemáticas, físicas y naturales en nuestro país o tuvieron destacada actuación científica en otros campos. Astrónomos como Porro, fisiólogos como De Grandis, cirujanos como Alejandro Tedeschi y Luis Lenzi, matemáticos como Candiani y Broggi, los hemos alcanzado los hombres de nuestra generación. En fecha más reciente han honrado nuestras cátedras universitarias filólogos como Benvenuto Terracini, matemáticos como Beppo Levi, filósofos como Rodolfo Mondolfo, y debo expresar aquí mi sentimiento de que el primero no haya encontrado en el seno de nuestra universidad las condiciones propicias a una larga radicación. Los más doctos maestros de latín y de griego que nuestra generación encontró a principios del siglo en la Facultad de Filosofía y Letras eran italianos o, como el doctor Rómulo Martini, habían formado su cultura en Italia. Se llamaban los

primeros, Pablo Tarnassi, Antonio Porchietti y Francisco Capello, nombres recordados todavía con afecto y veneración por quienes recibimos sus lecciones.

En un ensayo titulado *Una generación sin maestros* he descrito al maestro ejemplar, el que a la par de enseñar cosas, despierta inquietudes y estimula vocaciones, el capaz de inculcar en la mente de los jóvenes el concepto de la suprema dignidad y seriedad del saber, de la alta jerarquía de la inteligencia. No lo he inventado para proponerlo como modelo ideal a los jóvenes. He tomado de la realidad al maestro sabio, ingenioso y paternal, que nos hizo a muchos lo que hoy somos, más con sus disertadas charlas peripatéticas que con sus lecciones dentro del aula. Humanista del antiguo temple, latinista extraordinario, sabio helenista, entendido en muchas disciplinas, versadísimo en el pensamiento filosófico clásico y muy agudo en la discusión dialéctica, conversador infatigable y fecundo, todo esto fué Francisco Capello. Falleció más que octogenario en 1946.

Precisemos ahora aun más nuestro asunto. ¿Cuál ha sido la influencia del espíritu italiano sobre el nuestro, en cuanto nos ha llegado o nos llega a través de las obras literarias, fuentes de nobles meditaciones o de puras emociones? Repito que he de hablar de las influencias ejercidas directamente, y no de la irradiación de las letras latinas, o de las italianas desde la Edad Media, hacia todos los ámbitos de la cultura occidental y por consiguiente hacia nuestra cultura por los caminos más diferentes y entrecruzados. Inmensa ha sido ciertamente esa influencia múltiple: en cambio, es difícil cuando no imposible decir de ningún escritor argentino que haya sido formado enteramente por la cultura italiana. La literatura francesa fué en el siglo XIX hegemónica en el mundo. Reconozcamos que con harta razón, pues la literatura de la centuria pasada fué en Francia tan vasta y varia como brillante, acrisoladora y concentradora de las dispersas tendencias europeas, y como tal, orientadora del espíritu humano en todas las latitudes. Los elementos más vivaces de nuestra cultura literaria se los debemos a Francia. De Francia nos vino el romanticismo con Esteban Echeverría, y fueron Hugo, Musset, Lamartine, los poetas predilectos de la

juventud del Plata y de los proscriptos de la tiranía, junto con Byron y los románticos españoles. Cuando empezamos a tener una novela propia, ésta, si omitimos algún antecedente romántico, fué casi exclusivamente de filiación realista o naturalista francesa. Nuestros ensayistas y críticos se formaron sobre maestros franceses; gálica fué nuestra ironía, procedente de Renán o de Anatole France, con algún toque de humorismo británico; francesa preferentemente nuestra filosofía, sensualista a lo Condillac en los años de la Revolución, ecléctica a lo Cousin en la época romántica, positivista a lo Comte en las últimas décadas del siglo.

Al renovarse la lírica en el siglo presente con el llamado movimiento modernista, volvió a vivirse, después de un paréntesis de arte más inspirado en la tradición nacional, en el cauce de las influencias francesas. Se imitaba a Baudelaire (o al americano Edgar Poe, conocido a través de las traducciones francesas), a Heredia, a Verlaine, a Samain, a Laforgue y a los demás parnasianos y simbolistas, o directamente, o a través de quienes ya habían recogido y filtrado estas influencias, como lo hizo Rubén Darío.

Italia contó algo en este juego de influencias últimas, por obra de D'Annunzio. El Imaginífico ejerció una fortísima seducción sobre nuestros jóvenes escritores. ¿Cuál no lo imitaba poco o mucho, cuarenta, treinta y cinco años atrás? Difícilmente las nuevas generaciones podrán comprender la devoción estética que le profesó la nuestra. El novelista fué muy leído, la verdad sea dicha, más a través de las opacas traducciones publicadas por la editorial Maucci, o en las francesas excelentes de Hérelle, que en el texto original; también lo fué el lírico del *Canto novo* y del *Isotteo e la Chimera*. A su lectura se pobló nuestra lírica de jardines solitarios y misteriosos, de pasos lentos y silentes sobre las hojas de otoño, de murmurios de fuentes soñolientas, y de hermanitas buenas y de amores ambiguos. Sus versos tuvieron aquí traductores. También un drama suyo de la suprema madurez, *La nave*, fué vertido en Buenos Aires al verso castellano por don Alfredo Demarchi. El que había de erigirse más tarde en nuevo poeta civil de Italia (no me pronuncio sobre los aspectos políticos de su influencia), "l' orbo veggente", antes nos

había envuelto en la onda voluptuosa y musical de sus ritmos, deslumbrado con la riqueza suntuosa de sus imágenes graciosas, sensuales o terribles, fascinado con su señorial maestría en el arte y en el goce vital. Cada una de sus novelas, cada uno de sus dramas y libros de cantos, eróticos, satíricos, heroicos, jalonnaron fechas inolvidables en la historia de nuestras emociones. Por su influjo mirábamos los jóvenes en un deslumbramiento, la Grecia de Homero o de Platón, la Florencia de Lorenzo el Magnífico y de Marsilio Ficino. ¿Cuál de sus antiguos admiradores, y lo éramos todos, puede recordar hoy sin sentir renovarse aquella emoción, el estreno de *La Città Morta* o la publicación de las *Laudes*? Hoy, de todo esto apenas queda la adquisición de algunas nuevas experiencias estilísticas; pero su influencia sobre las letras argentinas de comienzos del siglo, también recibida indirectamente a través de ciertos escritores españoles, es fácilmente reconocible en excelentes prosistas y poetas argentinos.

Fué menor la influencia de Carducci. El gran poeta de las *Odas bárbaras* tuvo y tiene en la Argentina devotos y sinceros admiradores; pero imitadores, salvo por accidente y de algún rasgo aislado, ninguno. Poeta difícil, destinado a lectores de gusto exigente, Carducci ha sido para la generalidad, más un nombre respetado que un escritor leído. Sintieron devoción por él Osvaldo Magnasco —otro humanista de estirpe itálica—, Juan Antonio Argerich y Calixto Oyuela. También ha tenido aquí buenos traductores. No podría olvidar el nombre del más asiduo, Domingo Risso, ya fallecido, socialista de la vieja guardia, dueño de un corralón de maderas en Mar del Plata, más criollo que Martín Fierro, y sin embargo esmerado intérprete y traductor de poesías tan depuradas como *Miramar* y *Las fuentes del Clitumno*, por donde se ve por cuáles secretas vías se canaliza la cultura. Conviene también recordar que el muy famoso *Inno a Satana*, desdeñado por el Carducci de la madurez como “una chitarronata”, fué traducido con acierto por José Ingenieros, quien se disimuló, cuando publicó su versión en las páginas de la revista *Nosotros*, bajo un seudónimo cáusticamente intencionado.

En los días de la independencia tuvo en América apasiona-

dos lectores Hugo Fóscolo por su *Jacopo Ortis*, cuya traducción al castellano hizo el argentino José Antonio Miralla.

En aquel clima de los primeros decenios del siglo XIX, caldeado por la noble pasión de la libertad, Italia podía ofrecer a los americanos más de un alma ardiente al par de las suyas. Si Fóscolo los enfervorizaba con la elocuencia patriótica de su melancólico héroe wertheriano, Alfieri les proponía ejemplos trágicos de fiera dignidad y les encendía el corazón en el amor a la libertad y el odio a los tiranos. Juan Cruz Varela lo tomaba por modelo en una de sus tragedias de escuela clásica. El amigo y protegido de Rivadavia, y cantor de su obra de estadista vidente, después de haber compuesto en 1823 la *Dido*, de asunto virgiliano, daba a luz el año siguiente otra tragedia, *Argia*, inspirada en la *Antígona* y el *Polinice* de Alfieri, de acción dramática descarnada, de diálogo cortado y nervioso, pura acción y palabras restallantes. En un artículo reciente sobre el gran trágico de la libertad, he recordado que Esteban de Luca tradujo el *Filippo* y Juan Cruz Varela, en prosa, la *Virginia*.

Refugiado el poeta rivadaviano en Montevideo durante la tiranía, todavía pudo llorar antes de morir, imitando los coros del *Adelchi* de Manzoni, "el mísero orgullo de un tiempo que fué", por donde se ve que alcanzó a iluminar sus sienes algún pálido rayo de la naciente poesía romántica italiana.

Después los escritores del Plata siempre estuvieron alejados de los italianos contemporáneos suyos, quienes, a decir verdad, no podían interesarles tanto como los franceses, más firmemente adueñados de la vida. Quizás constituyó una excepción el hondo Leopardi; pero su difusa influencia sobre el pensamiento, inclinando a los jóvenes escritores al pesimismo, fué más tardía. No se niega con esto que en la cultura literaria de críticos como Juan María Gutiérrez, en la generación romántica, o como García Mérou, Cané y Groussac, en la del 80, entrara la lectura, más o menos reposada, de los mayores clásicos de Italia. La de Vico, posiblemente conocido en traducciones francesas, ha sido notada en Echeverría. Pero si hiciéramos el catálogo de las influencias notadas y notables, éste resultaría bastante breve. Los proscritos de la tiranía sazonaban con los ásperos y saludables tercetos de Dante, sus poemas, sus

polémicas, sus artículos. Pero usar epígrafes dantescos no obliga a leer la Divina Comedia. Mitre sí la leyó, y en 1889 se atrevía a la ardua empresa de traducirla. Valeroso intento, respetable, porque fué llevado a cabo con inteligencia, erudición y decoro. Pero la gloria de Mitre no reside en su traducción de la Comedia. Bien le demostraba entonces Osvaldo Magnasco, varón de sólida cultura latina, con severa crítica, que Dante es intraducible. La difícil si no imposible empresa ha sido repetida posteriormente con diversa fortuna por otros ingenios argentinos, entre ellos el doctor Antonio Luis Beruti, quien ha publicado una traducción del Infierno hecha con muy discreto acierto. En aquellos días ya distantes un joven literato, Calixto Oyuela, enamorado del arte clásico, buscaba y encontraba en los poetas y tratadistas italianos, inspiración y enseñanzas que llevó al verso y al libro didáctico. Oyuela admiraba a Carducci y amaba apasionadamente a Leopardi, cuyos cantos tradujo con austera conciencia artística. Ha sido ésta una experiencia casi solitaria.

Los ensayos de Leopardi han encontrado recientemente un traductor en Pedro Juan Vignale, traductor asimismo del poeta contemporáneo José Ungaretti, a quien conocí y traté en 1936 durante las memorables sesiones del Congreso Internacional del Pen Club, sin poderme explicar cómo conciliaba su fogoso carácter e impetuosas pasiones personales y políticas con el franciscano amor a los pájaros. Stecchetti era más accesible que Carducci al común de los escritores y lectores, y así fué bastante imitado, incluso, asómbrense ustedes, por el joven poeta santafesino Gustavo Martínez Zuviría. También encontró el autor de *Póstuma* esporádicos traductores, lo mismo que Ada Negri cuando estaba en boga la poesía social de la autora de *Fatalidad*. Páscoli ha sido gustado por pocos escogidos, quienes han asimilado, aunque muy de paso (esto ha sido dicho del mismo Lugones), algunos procedimientos puramente externos del poeta de *Myrica*. La verdad es que si hiciéramos el recuento de las poesías italianas traducidas por poetas argentinos, no formaríamos un volumen igual al que en las versiones de éstos a la lengua italiana ha publicado Folco Testena, amigo fiel y talentoso.

De los poetas posteriores a aquéllos, probablemente cono-

cidos a través de la antología de Papini y Pancrazi, podrían reconocerse aquí y allá algunas menudísimas briznas de su influencia, pero muy dispersas y extraviadas en medio de las influencias francesas. Del mismo Marinetti, tan sonado por ruidoso, apenas si cayó algún desenfado y uno que otro cohete chisporroteante en los versos de los jóvenes persuadidos hacia 1920 de ser futuristas. Recordando el desenfado poético de Marinetti, no puedo pasar por alto el filosófico y crítico de Giovanni Papini, cuya influencia se ha ejercido indudablemente sobre algunos publicistas jóvenes (o que lo eran), casi todos de derecha, quienes le han pedido la agresividad cruel de la "stroncatura" y el cristianismo retórico.

No debe buscarse tampoco influencias italianas por el lado de la novela, pues aun los más ilustres narradores de fines del siglo, Verga, Fogazzaro, Matilde Serao, han tenido aquí escasos lectores, y en cuanto a imitadores, aun cuando ya había nacido una novela argentina, que yo sepa, ninguno. No creo que Moravia, Alvaro, Svevo, Bacchelli y demás contemporáneos tengan hoy mayor suerte, si bien la obra de los dos primeros ha sido examinada con amor en la sala de conferencias y en el libro por el crítico argentino Antonio Aita. Paso por alto el éxito de libros como *Fontamara* de Silone, *Golía*, de Borghese, o el cínico, falso y brillante *Kaputt* de Malaparte, porque es literatura política circunstancial, destinada por fuerza al olvido. Por supuesto debe hacerse una excepción para Edmundo de Amicis, cuyo *Cuore* ganó un tiempo el corazón de todos los niños del mundo.

Otra cosa ha ocurrido con el teatro. Ya hablé de la influencia de Alfieri en los primeros decenios de nuestra vida independiente. El y Metastasio subieron repetidamente a las tablas de nuestros modestos coliseos durante largos años, desde la época colonial hasta la caída de Rosas. Llegó después el auge de las compañías dramáticas italianas. En el Buenos Aires de ochenta, cincuenta, cuarenta años atrás, Rossi, Salvini, la Ristori, la Pezzana, la Duse, Novelli, Zacconi, Teresa Mariani, Emma Grammatica eran actores y actrices familiares a todas las personas cultas, y con ellos otras actrices excelentes de comienzos de este siglo como la Vitaliani, Clara della Guardia, Gemma Caimmi y la deliciosa Tina Di Lorenzo. También es cierto que entonces

había un gran teatro europeo y ahora triunfa un rico cinematógrafo yanqui, el cual, sea dicho de paso, amenaza absorber los mejores elementos del nuevo cinematógrafo italiano, nacido durante la guerra con tan admirable y prometedora verdad y valentía. Las compañías francesas sólo empezaron a representar regularmente en nuestros escenarios, desde fines del siglo pasado, exceptuando la aparición famosa anterior, de Sarah Bernardt. Los grandes actores que he citado no eran intérpretes exclusivamente del teatro italiano moderno, por más que éste ofreciera valores apreciables como los de Cossa, Ferrari, D'Annunzio, Giacosa, Rovetta, Praga, Capuana, Bracco, Sabatino López, Antona-Traversi, Sem Benelli y tantos más, pues nos hacían conocer a través de su arte potente y de su idioma expresivo la dramaturgia universal en sus más altas expresiones: Ibsen, Tolstoy, Hauptmann. A sus interpretaciones debió el teatro rioplatense, al nacer con vida propia y efectiva, más de un impulso. Sin Novelli, sin Zacconi, sin Grasso (y agreguemos, para ser exactos, sin el Teatro Libre de Antoine) posiblemente Florencio Sánchez no habría sido el que fué. La influencia del teatro realista de Bracco es patente sobre este autor. En años más recientes hízose visibilísima sobre cuanto queda del teatro argentino, la influencia de Pirandello. Si ayer no más en nuestra escena no aparecía un solo personaje que no se preguntara de entrada si él era él o no era él, si vivía en la realidad o si vivía en la ficción, si estaba loco o si estaba cuerdo, cúlpese al ingeniosísimo autor de *Seis personajes y del Enrique IV*, aunque él podía haber dicho en su descargo que nunca se había quedado enredado y sin salida, tal como sus remedadores, en estos líos psicológicos.

Tal es más o menos el balance de los aportes literarios. En él no se advierte un haz de influencias que formen un foco de luz capaz de alumbrar y guiar una literatura. En verdad, los hechos no podían ser diferentes de como fueron, y hoy menos que nunca podrían variar su curso, porque Italia no ofrece (fenómeno que por lo demás se manifiesta en grado mayor o menor en otras naciones latinas) escritores profundamente originales y removedores. Ya no es la suya la sabrosa y fuerte literatura de los grandes siglos, que señoreó el mundo. Si lo

fuera, obligaría necesariamente a las "élites" a asimilar sus jugos universales, aun sin enajenar el propio espíritu nacional. Véase lo que le ha ocurrido a su cocina fuerte, sabrosa, original, y cómo la ha impuesto a todo el mundo. Esto no quiere decir que nuestra juventud, si fuese seriamente educada en el conocimiento de la lengua y literatura peninsulares, lo que mal puede hacerse en su corto y deficiente aprendizaje en la escuela secundaria, no habría de encontrar grandes y puras satisfacciones retemplándose en una literatura gloriosa, maestra secular de enseñanzas ilustres.<sup>2</sup>

Más decisiva y continua ha sido la influencia ejercida por arquitectos, pintores y escultores italianos sobre el desenvolvimiento de nuestro gusto estético y nuestras artes plásticas, aunque también en este campo el cetro se le ha caído a Italia de las manos para ser recogido por Francia y otras naciones.

La arquitectura religiosa de la colonia es toda o casi toda obra de italianos. Quienes más contribuyeron a darle significación estética son Juan Bautista Prímoli, fallecido en 1747, y su colaborador Andrés Blanqui (posiblemente corrupción de Bianchi), ambos de la compañía de Jesús. En Buenos Aires las iglesias de San Francisco, de San Telmo, del Pilar, de la Merced, son obras suyas. Inspirador directo o indirecto de estas construcciones ha sido el Gesú de Roma, tipo de iglesia jesuíta barroca que serviría de modelo a tantas otras españolas y americanas.

De Prímoli, "hermano incomparable e infatigable", dijo el padre Gervasoni que era a la vez "el arquitecto, el inten-

---

2. Asiste Italia a un renacimiento de la novela por obra de algunos notables narradores. Cité a Moravia, Alvaro, Svevo y Bacchielli. Deseo agregar dos nombres más: el de Carlos Levi, autor de la bella y fuerte narración *Cristo si è fermato ad Eboli*, merecedora de ser recomendada a todos los escritores que aspiran a reflejar las costumbres del campo o de la montaña, y el de José Berto, cuya novela de la guerra, *Il cielo è rosso*, ya traducida al castellano, también es ejemplar. Menos me persuaden Pratolini, Vittorini y otros que hoy ocupan con su nombre gacetas y escapes.

dente y el albañil". Y agregaba el cronista: "Tiene necesariamente que ser así, porque los españoles no entienden jota de estas cosas". También concluyó Prímoli la iglesia de San Ignacio y levantó la catedral de Córdoba, considerada el monumento más importante del virreinato con sus dos estilos superpuestos de la fachada, el renacimiento italiano y el barroco, y la no menos famosa de Alta Gracia. Suyos son también, de 1719, los planos del Cabildo de Buenos Aires, el edificio más importante del virreinato en el orden civil. Otros nombres de jesuitas arquitectos y constructores procedentes de Italia, pueden agregarse a los anteriores en la época colonial. Uno es el del hermano José Brasanelli, fallecido en 1728, hombre múltiple, arquitecto, pintor, escultor y hasta entendido en cirugía; otro el de Angel Camilo Petragrossa.

Antes de tenerse una escuela de arquitectura verdaderamente argentina, los más importantes edificios públicos del país y sus más lujosas viviendas privadas fueron hechas hasta entrado el siglo actual, por extranjeros, entre los cuales en primer término están los italianos. Se llaman éstos: Giambattista Arnaldi, Nicolás Canale, Juan Antonio Buschiazzo, Carlos de Morra, Víctor Meano, —autor este último de los planos del Congreso y del Teatro Colón—, Gino Aloisi, Luis Broggi, y callo más de un nombre. Enlazándose con la lejana tradición de los hermanos Prímoli y Bianchi, el espíritu creador y renovador de Italia está presente, lo mismo en las obras que en las enseñanzas, en toda la arquitectura argentina moderna.

Cosa semejante puede decirse de la pintura. Cuando en Buenos Aires, en los comienzos del siglo XIX, residían apenas unos cien italianos entre cerca de cuarenta mil habitantes, el mejor pintor de la época, desde antes de la revolución, a quien se encomendaban los retratos oficiales de mayor compromiso, era el romano Angelo Campone. Campone, o Campogneschi, además de ilustrar el arte local con su pincel diestro y valiente, enseñó con fruto en Buenos Aires las bellas artes.

Recordemos ahora una figura excepcional en nuestro medio, unánimemente ensalzada por los entendidos: la del ingeniero Carlos Enrique Pellegrini, padre del ilustre estadista que

fué presidente de la Nación. Era saboyano de origen. Había nacido en 1800. Estudiaba en la Universidad de Turín, cuando la represión austríaca de los movimientos revolucionarios en que participó lo obligó a huir al destierro, para escapar a la horca o a las mazmorras del Spielberg. Concluye sus estudios en París y parte luego para la Argentina. Tenía veintiocho años cuando llegó a Buenos Aires. Su sangre era italiana; su nacionalidad también lo fué hasta 1860, en que la Saboya pasó bajo el dominio de Francia. Falleció en 1875. Su talento múltiple de dibujante, pintor, litógrafo y arquitecto, se manifestó en numerosas obras durante su larga y fértil residencia en el Plata. En los centenares de retratos y composiciones varias que de él nos quedan, revive todo nuestro pasado, sus figuras próceres, sus salones, sus tipos característicos. De ahí que la obra de este ilustre italiano tenga, además de indudable valor artístico, una trascendencia histórico-social unánimemente reconocida.

No gozó de menor aceptación en el mundo social porteño el pintor Lorenzo Fiorini, llegado a Buenos Aires por el mismo tiempo, en 1829, y muerto asesinado por instigación de su mujer, en 1855: pintor de real significación, de penetrante psicología y técnica expresiva, cuya abundante capacidad de trabajo está ampliamente documentada en la iconografía porteña de la época de Rosas. Asimismo excelente retratista fué su contemporáneo Gaetano Descalzi, autor de un retrato famoso del tirano, fino y sugestivo, que hoy puede verse en el Museo Histórico. No menos celebrado, hasta por autoridades como Mitre y Sarmiento, fué Ignacio Manzoni, talentoso y fecundo pintor romántico llegado al Plata por primera vez ya más que cincuenta años en 1851, él también emigrado político, viajero incansable durante una existencia que se prolongó prodigamente más allá de los noventa años. La lista es larga. Pellegrini construyó el primitivo teatro Colón, en la esquina de Reconquista y Rivadavia. Lo decoró otro italiano, Baldassarre Verazzi, nacido en 1819 y fallecido en 1886, el cual ejerció aquí la docencia durante varios años, hasta su alejamiento del país en 1861. Porque conviene advertir que el paso o la residencia de artistas italianos de mayor o menor prestigio, no sólo quedan recordados por obras pictóricas propias que ilustraron el arte local, sino por

la docencia que muchos de ellos ejercieron despertando vocaciones y estimulando talentos. Así fué cómo Sarmiento encomendó a José Aguyari, distinguido acuarelista veneciano incorporado a la sociedad argentina en 1871, la creación de una Academia de Bellas Artes, malograda por la lentitud con que procedió el maestro italiano en cumplir el honroso encargo recibido del presidente civilizador en las postrimerías de su gobierno. Otros pintores italianos residentes en Buenos Aires largo o breve tiempo registra la crónica del arte argentino. Son Novarese, Carlos Penuti, Nicolás Panini, Gaetano Gallino, Francisco Romero, maestro y guía de muchos, el cotizado marinista Eduardo de Martino, Epaminondas Chiama, y ya más cerca de nosotros, Decoroso Bonifanti, simpático y bondadoso animador, además de talentoso pintor (en cuyo taller se formaron Antonio Alice y Cupertino del Campo), los recordados maestros Casella y Moretti, y aquel creador indiscutible que fué Reinaldo Giudici, lombardo, nacido en 1833, llegado niño al Plata, maestro inolvidable de varias generaciones durante siete lustros en la Sociedad Estímulo de Bellas Artes y en la Academia homónima. Consagrado por su cuadro *La sopa de los pobres*, existente en nuestro Museo, Giudici, artista cuyos lienzos figuran en las principales galerías de Europa, es un valor auténtico del arte argentino. O bien con escultores de mérito: Víctor de Pol —autor de la cuadriga que corona el Palacio del Congreso, entre otras obras valiosas que embellecieron nuestra ciudad—, José Arduino, Garibaldi Affanni, Juan de Pari; o bien grabadores, como el turinés Alfonso Bosco, director un tiempo de la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, artista cuya técnica perfecta alcanzó resonancia europea y dejó aquí discípulos de la calidad de Malharro y Canale; o bien dibujantes, como Mario Zavattaro, original intérprete del alma y las costumbres argentinas, encarnadas en los tipos populares. Todavía debo agregar a estos nombres, algunos más de artistas nacidos en Italia e incorporados definitivamente al arte argentino: el consagrado de mi viejo amigo Alberto Rossi, hijo de un decorador de residencias aristocráticas llegado al país en 1892 cuando el niño contaba apenas trece años; el de Pompeo Boggio, otro buen amigo y colega mío, fallecido en 1938, celebrado pintor de nuestros

tipos autóctonos; y el de Dante Ortolani, artista múltiple, pintor, decorador y arquitecto, naturalizado argentino como los anteriores: los tres, expertos docentes de su arte. Rossi, antes de establecerse definitivamente en Buenos Aires, fué a estudiar a su ciudad natal, Bolonia. Estudiaron, en cambio, aquí, Octavio Fioravanti, pintor y escultor, y el pintor Antonio Pedone, reputados artistas, ambos nativos de Italia. Se formaron en las escuelas de allá o completaron en ellas su cultura artística, gran número de plásticos, entre los cuales algunos ilustres. Básteme recordar entre los pintores al costumbrista criollo Martín Boneo, uno de los tres primeros becados en Europa bajo la presidencia de Mitre, a Sívori, Della Valle, Ballerini, Schiaffino, Emilio Caraffa, Della Carcova, Collivadino, Ripamonte, Alfredo Berisso, José Luis Pagano, Héctor Nava, Antonio Alice, Atilio Terragni, Raúl Mazza, César Caggiano, Ceferino Carnacini, Alfredo Guttero, Emilio Pettoruti, y entre los escultores, a Cafferata, Zonza Briano y Dresco, como habéis oído todos de sangre y apellido italianos, cuando no de delatora pronunciación gringa. He excluído de la lista los artistas argentinos de ascendencia italiana que se formaron en otras escuelas de Europa; pero, en verdad, ¿cuáles no han hecho más temprano o más tarde la peregrinación de los museos de Roma, de Florencia, de Nápoles, de Milán, para enriquecer su cultura artística e histórica y perfeccionar sus procedimientos técnicos? Otros, en cambio, aun no siendo de ascendencia italiana, se educaron allá, becados o por propia elección. Básteme citar a los pintores Cesáreo Bernaldo de Quirós y Fray Guillermo Butler y a los escultores Lucio Correa Morales y Honorio Leguizamón Pondal, notorios valores los cuatro del arte argentino.<sup>3</sup>

Soy enemigo de los catálogos, por su aridez y porque importan siempre la omisión injusta aunque involuntaria; pero al referirme a la influencia ejercida por Italia directa o indirectamente sobre el arte argentino, no podía callar las breves listas

3. Para escribir la parte de este ensayo relativa a la influencia italiana en las artes plásticas argentinas he tenido por principales obras de consulta *La pintura y la escultura en Argentina* de Eduardo Schiaffino (Ed. del Autor, Bs. As., 1933), y *El arte de los argentinos* de José León Pagano (Ed. del Autor, Bs. As., 3 ts., 1937, 1938, 1940).

anteriores pues así como la historia de nuestra literatura se explica principalmente a la luz de las letras francesas, la de las artes plásticas hunde sus raíces antiguas, y no las menos vigorosas, en la pintura y escultura italianas.

Recorreríamos un camino paralelo si historiáramos los progresos del gusto y el arte musicales en la Argentina, nacidos de la poderosa irradiación del teatro lírico romántico o verista y cultivados en la escuela de maestros italianos locales o por argentinos que perfeccionaron sus estudios en la península.

Esta historia no cabe en los límites de una exposición sumaria que ya toca a su fin. ¡Cuántos tesoros de puros goces estéticos enriquecieron el alma de los porteños, cuántos nobles sentimientos y delicadas fantasías se la embellecieron, desde los días ya lejanos en que se les reveló la música de Cimarosa y de Rossini, a través de más de un siglo, en noches recordadas por nuestros antepasados con orgullo y ternura, por virtud de las creaciones musicales de Italia y del arte de sus cantantes famosos!

Todos sabemos que el gusto de las élites hoy se orienta en otras direcciones, hacia la música francesa, alemana y rusa, si no es hacia el jazz norteamericano. También confieso que en mi opinión la ópera, con la cual delirábamos en nuestra juventud y todavía despierta en mí nobles emociones, es un género musical en su crepúsculo. Pero no miremos al presente. La ópera italiana llena con su esplendor el siglo XIX. Los argentinos siempre se gozaron con sus melodías y las filigranas del "bel canto". Cuando se hojean las páginas ya amarillentas de los periódicos de antaño, surgen de ellas como enjambres alados los ecos de las memorables veladas de los antiguos coliseos en los cuales los porteños educaron su gusto y afinaron su sensibilidad. Si este país se cuenta por universal consenso entre los que más saben valorar la música, respondan por qué el antiguo y el nuevo Colón, y la Opera aún hoy añorada de la calle Corrientes, y todos los famosos teatros de Buenos Aires donde resonaron las armonías de Rossini, Donizetti, Bellini, Verdi, Catalani, Mascagni, Giordano, Puccini, concertadas y gobernadas por la batuta de directores eminentes, y donde se escucharon las voces divinas de los más gloriosos cantantes de

Italia. Y fueron esos mismos directores, un Mugnone, un Toscanini, un Mancinelli, quienes también nos descubrieron las magnificencias y secretos del arte wagneriano. Podría escribirse un libro acerca de los maestros italianos que formaron en escuelas particulares y en conservatorios la técnica y el gusto de tantos ejecutantes nuestros, y sobre los compositores argentinos que, como Panizza y Gaito, se educaron en la península, o sobre los que, valga como ejemplo Pascual de Rogatis, no obstante haber nacido allá, han enriquecido la música americana con inspiraciones brotadas de motivos autóctonos.

El tema es seductor, pero pediría más tiempo. Debo despedirme de vosotros.

Las influencias históricas y culturales no se aprecian en la balanza. Pero su peso en ciertos casos es tan manifiesto, que el análisis de los hechos puede servir, si no a medirlo sí a discriminarlo, a hacerlo más consciente.

Todo lo que os he referido, mirando las cosas a vuelo de pájaro, lo sabíais. Acaso me reprocharéis que he callado por olvido o voluntaria omisión, apremiado por el tiempo, más de cuanto he dicho. Los argentinos han sido plasmados de tal manera y a tal extremo por la gran madre latina, que nuestra historia cultural será siempre muy incompleta cuando no la confrontemos página tras página con la historia de la cultura italiana. Como en este terreno aborrezco el espíritu de campanario, el provincianismo mezquino y jactancioso, y me siento universalista, no abomino de ninguna influencia civilizadora como hoy está de moda hacerlo, si bien celebro que la Argentina vaya abriéndose su lugar al sol y adquiriendo una fisonomía espiritual propia. Pasarán los siglos, y sin embargo, en esa fisonomía siempre leeremos rasgos inconfundibles de la estirpe latina que tuvo por hogar a Roma y cuya descendencia somos.

Tampoco hay contradicción entre la ambición americana de emanciparse de tuteladas extrañas despersonalizadoras, y la aspiración de Italia a extender por el mundo el conocimiento de su arte y sus letras y aun a recobrar el rango soberano que su cultura ocupó en otros siglos. Una cultura, por independiente y original que sea, se integra con elementos de las demás. Esta es una verdad que sólo pueden desconocer los que pretenden

convertir los países en Robinsones colectivos que se basten a sí mismos en todo y para todo. Y bien: sepan los italianos aquí presentes y sus hijos, los que han sido educados en el amor a la patria de sus padres, lo que deben hacer. Procuren que sus escuelas de lengua, puestas bajo la advocación del máximo poeta, irradien su influencia más allá del limitado círculo en que hoy cumplen su labor utilísima, tal como lo hacen las escuelas semejantes inglesas, norteamericanas y francesas; multipliquen sus institutos de estudios; hagan tenaz propaganda por el libro impreso y barato, no sólo contemporáneo sino clásico; esfuércense por recobrar el terreno perdido o en ganar el anhelado, en esta competencia vital entre las diferentes culturas.

Sé, y perdonadme esta reflexión pesimista final, que la civilización europea ha sido sometida y lo está, a pruebas crueles, aún no acabadas. Si hay esperanza de resurrección —no me atrevo a predecir por cuáles caminos, pues los ignoro— Italia (lo sabemos por su notable esfuerzo actual en los muchos aspectos del trabajo y la cultura) ocupará siempre un lugar destacado, de vanguardia, en el mundo. Todo cuanto se haga por afianzar su espíritu, en la península y fuera de ella, será robustecer su posición de nación rectora. Los que la aman cumplan su deber de hacerla conocer, y por consiguiente amar, por todos los medios a su alcance. La historia, más que con empresas espectaculares se hace día a día, por sencillos actos de fe, voluntad y constancia.

NOTA FINAL. — Ya en prensa este ensayo, releí la encuesta abierta en 1928 entre unos pocos escritores argentinos por *La Fiera Letteraria* de Milán sobre la cuestión entonces batallona del meridiano intelectual, y, por derivación, de la influencia ejercida por la cultura italiana sobre la nuestra. Las respuestas, publicadas contemporáneamente en la revista *Nosotros* (Nros. 225-226; 227) serán siempre de provechosa lectura, a pesar de que algunas fueron superficiales y evasivas, y otras partieron de equivocados planteos. Merece conocerse la brevísima que dió Leopoldo Lugones: "En cuanto a la influencia italiana... no guarda relación con la importancia del elemento itálico entre nosotros, y esto depende de los italianos mismos. Permítame presentarme al respecto como una excepción. He buscado y sufrido la influencia de la cultura italiana, con el mayor provecho para mi vida intelectual. Si no temiera hacer una frase decorativa, diríale que mi santísima Trinidad espiritual la forman Homero, Dante y Hugo".



## Italia: cantos rodados

por LUIS REISSIG

Un viaje mientras se hace, y el mismo viaje cuando se relata difieren a medida que pasa el tiempo. No es un problema de fijación y de memoria, pues esto podría solucionarse con el registro material de los hechos, sino un problema de valoración. La valoración puede coincidir con la captación inmediata; y en este caso, hecho percibido, hecho juzgado. Pero la valoración requiere un proceso, que suele ser largo, de confrontación, de choque de opiniones, de depuración de conceptos y conclusiones provisionales. Si un viajero llevara consigo un equipo transmisor de radio y comunicara instantáneamente cada cosa que le fuera interesando, ¿sería tal relato preferible a uno posterior, cuando hubiera discernido y discriminado?

Yo creo que no es superior uno al otro. Son valoraciones distintas. Cambian con el tiempo y la persona. Todos hemos leído libros de viaje, cartas de familiares y de amigos que relatan excursiones; y si hemos visitado luego esos mismos lugares, nos hemos dicho: "¡qué distinto de lo que creía!" Además, en el momento de fijarlos con la estilográfica, todo parece interesante; pero a medida que pasa el tiempo, ocurre con muchos de ellos lo que con los cantos rodados recogidos en la corriente: llenos de matices cuando están húmedos; deslucidos cuando el diáfano manto del agua se evapora. Por eso me pregunto: ¿no serán mis "hallazgos" más que cantos rodados que han perdido lo único interesante que tenían: el resplandor?

Quizás sea así, y por eso los saco a la luz como simples cantos rodados de la vida cotidiana de una Italia que vi.

A mi retorno de Italia, la pregunta: “¿qué tal la vida en Italia?” fué la de todos. Se me preguntó si estaba muy destruída, si había alimentación suficiente, si había mucha miseria. Las preguntas acerca de sus bellezas fueron muy posteriores y escasas.

Para el turista, la vida en Italia es muy agradable, sobre todo si lleva dólares o francos suizos. (Nuestros flacos pesos argentinos se cotizan mejor en Génova, porque es puerto de embarque para América.) Para tal transeúnte, Italia es casi un paraíso, pues además de su belleza, de encontrarse como en su casa, cualquiera que sea el origen del turista, tiene de sobra para el placer de los ojos y del paladar y para la buena inversión de su dinero: la alimentación es excelente; en las tiendas hay de todo: calidad de primera y precios inferiores a los nuestros. Aquí es opinión generalizada que somos el único pueblo del mundo que come bien y en abundancia. Cuando en 1946 volví de los Estados Unidos, dije que allí se bebe en cantidad y calidad la mejor leche del mundo. Amigos argentinos se sonrieron. Y ahora digo: que el tipo de carne de “vitello” —de ternera— que se come en Italia —eso sí, por quienes tienen “quattrini” (pesos) para comprarla— es de calidad equivalente al tipo de carne de novillo de que tan orgullosos estamos; que sus pescados y mariscos son más variados y sabrosos; sus productos de confitería, incomparablemente de mejor factura y calidad; no digamos sus vinos, aceite, hongos, helados, y hasta su pizza y su fainá.

Muchos italianos me han dicho: “nuestro problema básico es: o comemos o nos vestimos”. Holgadamente las dos cosas no le son posibles a la inmensa mayoría de la población. Ocurriría aquí lo mismo si en lugar de trabajar fuera del hogar casi todos los miembros de una familia —como hasta ahora— sólo trabajarán uno o dos para todos, como es corriente en Italia, debido a la desocupación. El número real de desocupados es impreciso, pues aunque muchos figuran como tales en los registros para recibir un subsidio, desempeñan de incógnito tareas temporarias. La muchachada que pulula en todos los barrios es una prueba a la vista de la abundancia de brazos sin empleo. En Nápoles es impresionante. Tal muchachada constituye uno de

los graves problemas de la Italia de hoy, y se puede correr el riesgo de que se la utilice si apareciera un nuevo Mesías.

La inflación, el alza en el costo de la vida, los salarios insuficientes, las dificultades respecto a la vivienda, la escasez de ciertos tipos de materias primas; en una palabra: el no vivir a satisfacción con lo que se trabaja y lo que se gana no es historia nueva. En cuanto a esto están bien baqueteados los italianos; pero la imagen que tenía de la Italia actual por algunos amigos con quienes conversé antes de la partida, me había hecho suponer que sería algo serio proveerse allí de lo necesario para el vivir corriente, aun para el viajero con dólares. Esto es sencillamente falso.

Viajeros consuetudinarios me decían: "de todos los países de Europa, el que más pronto se ha rehecho es Italia". Si nos atenemos a las reconstrucciones, esto es cierto en comunas ricas como Génova y Milán, sin ser nada del otro mundo. No es exacto en el sur, donde los bombardeos parecen cosa de ayer. Si nos referimos a las provisiones: ropa, comestibles, bebidas, podemos asegurar que asombra la cantidad, calidad y variedad. En lugar de decir que se ha rehecho, deberíamos afirmar que ha levantado cabeza. Cada región ha buscado fuerza en sí misma, y para ello ha contado con su propia y buena mano de obra local y con una numerosa población campesina, sucesora de generaciones cuyo arraigo data de siglos.

Los cambios en las condiciones de vida del pueblo medio italiano han sido siempre muy lentos, no porque a los italianos no les gustase vivir mejor, sino porque no han podido vivir mejor. La mayoría del pueblo ha vivido y vive con salarios insuficientes y no puede acumular bienes. Nuestra base económico-social está formada por clase media y pequeña burguesía; en Italia por clase media y asalariada. La composición misma de las ciudades italianas lo denuncia: no es frecuente el barrio residencial, al que se llega por gradaciones: desde las zonas de clase media, pequeña burguesía y gran burguesía, hasta la aristocracia. La gran residencia asoma, de improviso, en medio de casas de inquilinato. El gran señor, visitado por todo el mundo, comprador él mismo, fué desde antaño el centro de atracción

de tenderos y artesanos. Ayer, como hoy, adonde va Vicente va la gente.

Este apeñuscamiento para vivir se destaca bien nítido en nuestra primera visión de Italia; sobre todo cuando se ha querido, como en mi caso, recorrer a pie, de día y de noche, sus numerosas callejuelas, que son a la vez centrales. Es tal la congestión de habitantes en las viviendas, que basta un hecho cualquiera que llame de pronto la atención en la calle, para que literalmente salten los ocupantes como uvas desprendidas de su racimo.

Esta desproporción entre la población y sus fuentes económicas es la raíz de las continuas migraciones desde Italia. Las tres Américas, Canadá incluido, por supuesto, son el punto de mira. Las colonias italianas en Africa no han interesado nunca al grueso de la inmigración. La experiencia americana es más rica y ofrece más esperanzas. No obstante, la huída en masa, a cualquier precio, que algunos se imaginaron, no se ha producido, ni es tampoco el sentir medio de la emigración en potencia. En Italia muchos viven estrechamente, pero viven. Más vale un pájaro en mano que ciento volando, piensan. Las dificultades que han encontrado muchos inmigrantes en América los han tornado prudentes. Quieren seguridades. No van a tontas y a locas. En América se gana mucho, pero se gasta mucho. Esta es la reflexión que se hacen. Venir a "hacer la América" ha pasado ya a la categoría de cuento de hadas.

La Argentina necesita el aporte italiano, e Italia necesita vías de salidas para su exceso de población. Nuestra política inmigratoria debe ser cada vez más una política progresista, si queremos aprovechar de lo más calificado de la inmigración italiana. La radicación de familias de un buen nivel cultural y social debe ser nuestra preocupación principal. Una inmigración es, ante todo, una inmigración de seres humanos.

Italia puede proporcionar una excelente inmigración, porque el artesano italiano —de campo y de ciudad— es uno de los mejores del mundo. Y esa artesanía puede ponerla también en función de la educación de sus hijos, y del medio ambiente en que él y sus hijos conviven. ¿Qué dió ese alto nivel a la Nueva Inglaterra, que tanto influyó en el pujante desarrollo de los

Estados Unidos de Norte América, sino aquellas familias que emigraron de las Islas Británicas con toda su parentela, muebles, vestidos, libros, herramientas, educadores, técnicos, administradores, industriales, comerciantes, que pusieron su habilidad y su tesón al servicio de la comunidad que se constituía?

Conversaba una tarde, en Roma, con el representante de una de las más grandes empresas cinematográficas de los Estados Unidos, radicado allí desde hacía un par de años. Me refería su plan de filmación de películas ítalo-americanas, a rodarse en la ciudad del Cine —en Cinecittá— en las afueras de Roma. Me parecieron monstruosos, en cuanto a la distorsión de la calidad y humanidad del cine italiano, sus cálculos y proyectos de películas con actores americanos, algunos de los cuales habían llegado a la península. Pero en cambio me dijo algo que quiero repetir: "Nos interesa filmar en Italia porque es más barato que en Estados Unidos; aunque pagamos al obrero más que una firma italiana, siempre pagamos menos que en Hollywood, por las diferencias de salario y de cambio; pero sobre todo, le aseguro, no hay en los Estados Unidos técnicos y obreros en cinematografía de tan alta calidad como aquí en Italia". Y era Hollywood quien hablaba.

Otro día, en Sorrento, mientras esperábamos la partida del vaporcito que debía llevarnos a la maravillosa isla de Capri, fuimos a curiosear por sus callejuelas. Buscábamos una pequeña caja de música, pero nos detuvimos a conversar con un calderero que, junto a la puerta de su oscuro taller, martillaba celosamente una olla de cobre. Por un momento siguió trabajando; tenía el orgullo de su oficio, que seguramente cumplía muy bien. Luego, suspendió su trabajo; levantó la cabeza. "Bon giorno". "Bon giorno". Dejó el caldero; dejó el martillo. Vino hacia nosotros. "Americani?". "Americani". Mientras trabajaba, su boca estaba bien cerrada, su concentración en la tarea era completa. Buen artesano, cumplía bien su oficio. Pero habló. Habló de su permanencia en los Estados Unidos, en Filadelfia, antes de "la otra guerra"; su venida como voluntario, su retorno definitivo. Sí, se ganaba mucho en Filadelfia, pero todo lo había sentido allí como exterior a él mismo; mucha cosa de fábrica, sin personalidad; vida sin personalidad, en suma. En

cambio, en aquella callejuela, en aquella casa oscura, en aquel martillar horas y horas, años y años, había un ritmo, un calor de vida. Y Sorrento era también Sorrento.

El grado de civilización y de cultura a que llegó en su ascensión histórica el pueblo italiano está reflejado en su artesanía. Sus grandes obras de arte, incluso aquellas que por motivos religiosos parecen diluirse entre nubes, trasuntan más al paciente artesano que al genio, al hombre concreto más que al semi-abstracto. Angeles, Madonas, Santos, la Divinidad misma son los contemporáneos de carne y hueso que vivían como todo el mundo y con todo el mundo. No son la voz de los cielos sino de la tierra; no son el espíritu sino la carne; no llevan divinas y diáfanas vestiduras sino las mejores telas de los mejores fabricantes y tiendas de entonces; y aun en el desgarramiento de los vestidos o los rostros, son la tierra misma, porque el testimonio de la fe, en la pintura, en la escultura, en el grabado, en la arquitectura, en todas las artes, es por sobre todo, en el magnífico artesano italiano, el testimonio de su artesanía.

¿Por qué el artesano italiano sobresalió como el más grande artesano de la antigüedad?

En primer término, el Imperio Romano fué la mayor concentración de pueblos de la antigüedad en un Estado. A la muerte de Marco Aurelio había sesenta y cinco millones de ciudadanos romanos. Roma, en su apogeo, tuvo alrededor de un millón doscientos mil habitantes. Pero al poder de masa se agregaban el factor civilización y las fuentes de recursos provenientes de todos los puntos del Imperio, que se volcaban en las ciudades italianas, especialmente en Roma, que era el centro de su poder político, administrativo, financiero. Italia fué el gran mercado, el mayor centro de producción y de consumo del mundo; la caja fuerte. Recibía de sus provincias inmensas cantidades de materias primas, y para saldar su balanza comercial tenía que valerse de su industria, de su comercio y de su dinero. Como tenía todo el poder militar en sus manos, se apoderaba de todas las fuentes de metales preciosos. Tenía, además, una industria de todos los tiempos: el impuesto. La banca, el comercio, la industria y el fisco fueron las eminencias grises del Imperio. Un verdadero ejército civil superó en eficacia a las legiones, pues

mientras éstas no hicieron otra cosa que saquear, parasitar o destruir, los manufactureros y traficantes, al mismo tiempo que defendían sus intereses personales y de clase, ordenaban las bases económicas del Imperio. Ochenta mil italianos encontró Mitridates comerciando en el Asia. Las ciudades guardaban en un templo los patrones de pesas y medidas, pero en lugar de confiarlos a la custodia del dúctil Mercurio, preferían la del poderoso Hércules.

Esa inmensa concentración de hombres y de cosas, venidas de todas partes del mundo: Galia, Grecia, China, India, Babilonia, Fenicia, Egipto, convirtió a Italia en un gran centro consumidor y manufacturero. Eso atrajo, por imperiosa necesidad de vivir y por afán de progreso, a millares de los más hábiles artesanos, mercaderes, financistas, intelectuales y artistas de todo el mundo, que tuvieron, así, un gran campo de acción. Esa inmigración dejó renovados y abundantes frutos; y aún hoy, cuando Italia es sólo una débil y delgada sombra de lo que fué en los días del Imperio, se los advierte. La gran escuela de mercaderes que fueron las viejas repúblicas italianas constituyeron a justo título un timbre de gloria; y esas escuelas, sin bancos y sin pupitres, hechas de gestos, de miradas, de cuentas y de balanzas, de palabras bien dichas y bien pesadas, han dejado huellas indelebles en la vida del pueblo. El comerciante italiano es habilísimo; frente a él, el norteamericano es un niño que corre por la pradera, al que sólo el hada-dólar es capaz de salvar de los constantes peligros que lo acechan o lo asaltan.

El artesano italiano, fruto postrero de los mejores artesanos del viejo mundo, conserva todavía la capacidad de hacer del detalle lo esencial. Sus antecesores, es decir, los que fijaron modos de actuar y rumbos en la educación artesana, trabajaban para minorías. A esa concentración en menor campo y a la necesidad de sobresalir en pocas unidades de trabajo más que de contentar al millón, se debió su constante perfeccionamiento. A mayor concentración mayor calor humano.

Recoger en Italia cantos rodados no es recoger una piedra cualquiera. Su vida presente en un hecho minúsculo es también expresión de su pasado; en lo histórico-social, porque sus clases económicas sobreviven a través de diversas variantes.

Italia es una gran masa de pueblo de clase media como toda comunidad europea de viejas y grandes ciudades formada por obreros, empleados, artesanos y campesinos; una minoría de burguesía latifundista, que hace trabajar la tierra bajo el régimen de aparcería; y una minoría más reducida de oligarquía financiera comercial e industrial. En lo histórico-cultural porque lo que Italia gana hoy en cultura no es cuenta aparte de lo que ganó en un par de milenios. Los italianos pueden estar en desacuerdo con el régimen político, económico y social de sus reyes, emperadores, príncipes, duques y cónsules de la antigüedad, pero todos sienten y no repudian —seguramente admiran— el poderío de aquella civilización, el alto nivel de su cultura, la fuerza y armonía de sus monumentos, su genio constructivo, su capacidad para gobernar, su manejo de las masas, el edificio coherente de sus leyes, que todavía mandan. Sus pintores, sus músicos, sus oradores, sus políticos son rememorados y citados. El Coliseo, el foro, los museos, el panteón, las iglesias, las catacumbas, todas sus ruinas forman parte de la vida cotidiana; son, todavía, unas más que otras, instituciones que conforman y determinan. Y tan penetrado se vive de todo lo que rodea, que es explicable la facilidad con que un transeúnte, detenido por una pregunta nuestra, relata, como puede, el hecho por el cual se le requiere. Generalmente responde a preguntas como ésta: “¿Qué es, qué representa esto?” Admito que en la respuesta haya invención, repetición incontrolada y hasta fantasía; pero aun así revela que alguna vez el objeto de nuestra curiosidad le ha interesado; y tal interés prueba su vínculo afectivo con el medio. Este vínculo afectivo es el que me ha dado que pensar, con frecuencia, cuando he recorrido calles y calles, flanqueadas por viviendas lóbregas, y me he dicho: “¿viven aquí únicamente por necesidad? ¿Les costaría dejar la vivienda, el barrio, los amigos y hasta el pedacito de cielo que apenas ven?” Yo me inclino a creer que la mayoría preferiría la casa moderna, con buen baño y buena cocina, frente a una calle amplia, soleada; pero creo con más fuerza todavía que ninguno se alejaría sin nostalgia, si cerca de su vivienda, acaso frente a la misma, hubiera sido espectador u observador de algún expresivo testimonio del pasado. Más de

una vez he penetrado en alguno de esos estrechos corredores de Venecia, especie de *vicolo*, donde hasta las bicicletas parecen elefantes en tránsito, y he llegado, de pronto, a un patio o plazuela, donde hay una fuente, puertas, muchas ventanas que son, a la vez, tendederos de ropa, mirador del mundo, pulmón de la casa, alegría de las muchachas enamoradas; y en algún tiempo, lugar de peligro para el paseante desprevenido que se atrevía a transitar de noche y recibía un recuerdo pestífero. Yo mismo, que he nacido y vivido en una ciudad moderna como Buenos Aires, de calles sosas pero ventiladas, de casas insípidas pero sin la ruina de los siglos, he comprendido que así nomás, desaprensivamente, nadie se va de un lugar que, además de la roña, tiene la fuerza de los siglos. Y si en lugar de tener solamente un patio con la vetusta casa, se vive en la vecindad de la Fontana de Treve, y si se la puede ver diariamente, aunque más no sea que pasando de largo, entonces declaro que del agua de la fuente brota todos los días un raudal de razones para quedarse. Lo digo por mí mismo, también; porque ninguna otra fuente de Italia ha tenido para mí esa penetración de sosiego, de eternidad, de alegría diáfana. Las fuentes de Roma fueron hijas, en primer término, de una necesidad de la urbe, pues había que traer agua para abastecer a la población, pero su estilo, su simbolismo, su arte, en suma, son ya propios de la artesanía. ¿Quién puede resistir a la dulzura de su canto, de su gracia, de sus líneas, de su encuadre? En Roma todo parece ajustado: los siglos que han pasado y los segundos que corren; los inquilinos de hoy y los palacios de antaño. Muy rara vez se quiebra esa armonía. Lástima que esta quiebra se produzca precisamente frente a Piazza Venezia, con el adefesio del monumento a Víctor Manuel II. Tan luego dando su cara pánfila a esa maravilla del **cinquecento** que es el Palacio Venecia, frente al cual se ha cometido el otro sacrilegio del **Palazzo delle Assicurazioni Generali de Venezia**, que se le asemeja como un asno a una paloma. En cualquier lugar, en cualquier rincón de Italia hay todos los días una razón justa para detenerse: museos, bibliotecas, palacios, plazas, callejuelas, patios, monumentos, arcadas, portales, puentes, efigies. ¿Qué es lo que no ha construido el po-

der constructor de un pueblo conciso, claro, abundante de sustancia, cálido como el romano? En mi entrada a Europa, que fué por Lisboa, visité el Monasterio de los Jerónimos, gloria del Renacimiento lusitano y del poderío económico del rey don Manuel. Arquitectura de gran arte, testimonio de la sumisión del creyente y de la voluntad monacal hecha piedra. Pero, ¡qué frialdad, qué ausencia de intimidad, de recogimiento! Como si una piedra pómez nos frotara el pensamiento con la intención de borrar de él toda mácula, mejor dicho: toda huella de vida. En cambio, cuando he visitado en Italia palacios, tribunales, ergástulos, he comprendido, sí, toda la soberbia, la injusticia, la corrupción y la ignominia que habían alojado; pero ¡cuánto calor humano albergan todavía!

Mi primera impresión de Italia fué la de un conjunto heterogéneo que no se interesa ni se esfuerza por ser homogéneo. Lo vivo está constituido por elementos regionales aún dentro de un ideal o creencia común. Incluso en lo más extendido por toda Italia, la religión católica, hay materia para pensar qué tienen de común los santos y madonas de Florencia con los de Nápoles, que hacen los milagros más despampanantes, y qué ocurriría si de la noche a la mañana mudáranse como por arte de magia, de un lugar a otro creencias y supersticiones. La indignación recíproca ocasionaría más daños que la lava del Vesubio.

Italia es una serie de unidades regionales, que por vivir próximas en una península angosta y casi aislada, hablar la misma lengua sin perjuicio del dialecto local, estar asociadas por intereses económicos, sociales, culturales y políticos, consienten en constituir lo que se llama la nación italiana. Estos intereses comunes están apoyados y son estimulados por el comercio, la industria, las vías de comunicación, los libros y revistas, el cine, la radiotelefonía, el teatro, la administración pública, las escuelas, la Universidad, la Iglesia, los partidos políticos; pero a su vez, las fuerzas regionales no permanecen pasivas, como una cultura inferior frente a otra superior, sino todo lo contrario: no cesan de influir con su matiz, su estilo, su acento; porque esas fuerzas regionales son, para decirlo directamente, las verdaderas fuerzas nacionales.

La fuerza localista de la vida italiana está sostenida por todas sus clases sociales, aunque en el proletariado de fábrica y en el capitalismo industrial este soporte sea más débil que en la clase media, el artesano, campesinos y pequeña burguesía. Estas últimas cuatro clases, ideológica, social y económicamente conservadoras, constituyen la inmensa mayoría de la población italiana.

La enseñanza que se recoge en sus viejas y grandes ciudades: Roma, Venecia, Florencia, es la de una continuidad de siglos. Sus actuales habitantes tienen cotidianamente preocupaciones semejantes a las nuestras, por la comida, el vestido, el salario, las enfermedades, los placeres; pero es evidente que un florentino, por ejemplo, tiene una experiencia humana muy rica en matices y en contenido.

Hay en Florencia muchos elementos visuales, orales, de tradición antiquísima, que ilustran, sugieren, ensanchan el espíritu, aunque haya otros que lo encojan. Cuando un florentino se asoma al Arno, ya desde los balcones de la *Galeria degli Uffizi*, ya desde el parapeto que está a su ribera, o desde sus puentes, puede recoger una poderosa sensación de vida. La reconstrucción de los puentes de Florencia, destruidos o semidestruídos por los bombardeos, fué un problema que apasionó a buena parte de la población florentina, porque muchas generaciones, incluso la presente, habían asociado pasajes de su existencia a la de los puentes.

La mano y la palabra son las dos grandes herramientas del pueblo italiano. Cada unidad geográfica tiene su estilo, es decir, su artesanía y su lengua. Considerados en general, sus modos de vivir son abiertos, expansivos, cálidos. Si tomamos como línea media de comparación a nuestro pueblo, ruidoso pero reservado, o al pueblo norteamericano, llano pero poco comunicativo, se aprecia la diferencia que hay entre los tres. Así como a un argentino es difícil sacarle una palabra a boca de jarro, a un italiano se le saca con relativa facilidad, a poco andar, todo lo que lleva dentro. Sus deseos de contar, de hacer partícipe de su manera de pensar, de ver y de sentir son evidentes. Usa hasta los cinco dedos de cada mano como tenazas para sujetar y mostrar sus propias palabras. Quien

más disputa en Italia es la mujer. Esto viene de una vieja educación campesina y de viejas clases proletarias; en ambas, por necesidad imperativa de ajustar las salidas a las entradas, la mujer fué y es el eje y la administradora, lo que le da práctica de dominio en la defensa de sus intereses y derechos. En muchas familias italianas que se radicaron en la Argentina pudo observarse esta persistencia de la mujer administradora, que terminaba cuando la elevación económica de la familia la hacía innecesaria, o por lo menos no tan indispensable. El marido que entregaba todo su sueldo a la mujer, y luego recibía lo que ella creía necesario para "vicios" y gastos personales, era muy corriente. Como lo es en casi todos los países, pues sólo cuando llega el superávit en el balance familiar el marido toma las riendas, si bien es posible que sea la mujer quien se desboque. No quiero decir que la mujer italiana esté permanentemente con el platillo y la balanza: según una estadística de 1948 y a pesar de la inflación y la carestía de la vida, ella gastaba por semana en revistas donde el romance tiene un lugar destacado, sesenta millones de liras, es decir, un millón de pesos argentinos al cambio actual.

Después de Roma, de Venecia y de Florencia, mi gran curiosidad era conocer Nápoles. En relación a cantidad de personas conocidas y tratadas aquí, de origen peninsular, los napolitanos estaban en evidente mayoría. Vendedores ambulantes, puesteros de mercados, barberos, sastres, zapateros, es decir, muchos proveedores de mercaderías esenciales eran napolitanos. También ha habido en nuestra población muchos calabreses y sicilianos, pero por sus ocupaciones o su menor espíritu comunicativo, no nos fueron tan familiares como su locuaz ex vecino del Vesubio.

En mi primera mañana de Nápoles fuí directamente al mercado. Las calles por donde iba, el tranvía que tomé, me mostraron a verdaderos sosías de viejos conocidos. La bulla, los gestos, los ademanes, todo lo recordaba. Era, evidentemente, la línea media de Nápoles la que había dejado una profunda huella en barrios de la Argentina. Cuando se estudie bien, se verá que es mucho más de lo que parece. El genovés le disputa con éxito su preeminencia en el orden familiar, den-

tro de las cuatro paredes, y en la alta región de las finanzas y los negocios; pero en la calle el napolitano le lleva la delantera. Cuando desemboqué en el mercado, la débil bulla que escuché de niño era allí la de un fuerte repiqueteo de campanas. Ir a Nápoles y no visitar uno de sus grandes mercados populares es ignorar a Nápoles. ¡Qué fuerza, qué colorido, qué valioso examen de vísceras para conocer el estado de salud de una población! Frituras, naranjas, tabaco de los más diversos orígenes y recolecciones; mariscos, santos y vírgenes, rateros en fuga, flores, medias usadas, carnes de primera. ¡Qué espectáculo tan lleno de vida! La vida a raudales. Nunca vi tantas mujeres encinta como en Nápoles. Ni tantas mujeres litigando. El patio del Palacio de Justicia fué para mí un espectáculo inolvidable; como si se tratara de un cuadro vivo de novela picaresca. Acostumbrado a nuestro tieso, pulido, ceremonioso, callado Palacio de Justicia, el patio del de Nápoles me pareció un tablado. Numerosos grupos, unos en espera, otros en la contienda verbal, como si allí mismo, a la luz del día, se ventilara justicia. Abogados y procuradores, amanuenses, notarios, litigantes, discutiendo, explicando, dando o recibiendo las últimas instrucciones. Contrastes violentos en la vestimenta de profesionales y clientes, en el aire de importancia o de elocuencia. Y dentro, las salas atestadas, con las partes y con curiosos, en los juicios orales. "Las partes" no son solamente las que están delante de la baranda sino también una buena porción del público. Cada cual tiene lo que podemos llamar con propiedad "su barra". Juicios la mayoría de poca monta, como de actores de provincia, en los que el pretor, fiscales, defensores, escribientes, despachan el asunto como el cura de las grandes parroquias un sepelio de tercera clase. Pero vistos y escuchados por una romería de espectadores que van también al Palacio de Justicia como al teatro. Mas, ¿solamente por el espectáculo? Es bien cierto que al napolitano, al italiano en general, a todos gusta el espectáculo. Y en cuanto a los procesos, forman para el napolitano medio, parte de la vida cotidiana. Cuando visitamos Nápoles se ventilaba el proceso Lo Verso. Se acusaba al doctor Lo Verso de haber envenenado a su mujer con sublimado de mercurio para

casarse con la enfermera. Mis últimas noticias fueron que las pruebas periciales y testimoniales lo condenaban. Un crimen de tantos. Pero los periódicos, los bandos habían dado a aquel proceso vulgar toda la categoría de un acontecimiento. ¿Fué condenado el doctor Lo Verso? Lo ignoro. Del proceso Lo Verso, como de otros que con frecuencia llenan las páginas de los grandes y pequeños cotidianos de las ciudades italianas, es fácil deducir que si bien tales publicaciones no tienen otro fin para el periódico que el de aumentar su valor comercial al conseguir más avisos y más lectores, o valorizar su influencia política según el tema y el medio en que son leídos, lo cierto es que mantienen vivo, en buena extensión de la masa, un sentimiento de justicia; primitiva, si se quiere. Sé muy bien que hay muchas otras cosas para orientar y canalizar la educación por la justicia, y que los crímenes no son lo más adecuado; pero hay que reconocer que el nivel de conciencia no ha llegado a un punto alto en el hombre, que todavía se mueve por grandes y gruesas pasiones; y entre un pueblo que se apasiona por un acto de justicia, aunque éste sea sobre temas del bajo fondo, y otro que se encoja de hombros, pase lo que pase, prefiero a aquél; porque aquél vive, es una posibilidad educativa, está despierto; y el indiferente, el conformista, el que come y calla, no pasa de ser en la historia un lavaplatos.

Un napolitano que quiere mucho a su pueblo y que es uno de los grandes directores del cine italiano, me decía: "hay que comprender bien al napolitano: haga lo que haga, siempre siente pasión; hasta cuando roba". No tengo de los napolitanos una información tal como para decir sí o no a lo que el amigo "regista" me declaraba; pero sí puedo afirmar que en ninguna ciudad de Italia encontré un guía de museo tan enamorado de su oficio como en Nápoles. Parecía tener el don de hacer hablar a los cuadros y a las estatuas. Fué por él que me impresionó profundamente, vista de perfil, la sonrisa de un busto de Julio César. ¡Qué contraste con su boca serena y severa, vista de frente! Aquella sonrisa de Julio César, de un César dominante, sin soberbia, llena de fuerza y de ironía, como en el instante de sorprender y descubrir el corazón humano, fué para mí una nueva lección de la historia.

Si se me preguntara cuál de las ciudades de Italia me ha parecido más bella, dudaría entre Roma y Florencia. Pero ¿qué quiere decir bella? ¿Por su arquitectura, sus calles, sus espacios libres, sus habitantes, sus museos, sus tiendas, sus universidades o bibliotecas? Es difícil precisarlo, porque todo depende de nuestro modo de sentir y de querer, y del instante que vivimos. Por eso digo —con las limitaciones de mi propio gusto y ánimo— que Florencia es bella, entre tantas cosas, por su finura y su armonía de los contrastes, tanto a pleno sol como a media luz; su encanto recogido, sus viejos puentes, su **Palazzo Vecchio**; y a un paso, la villa de Fiésole, que Anatole France tomó como escenario de su cálida y suave novela **La Azucena Roja**. Pero Roma es Roma, con toda la fuerza de la república y del imperio, con todo el peso de su organización política; de su campiña, que trasunta tiempos no del todo idos; su vieja Vía Appia, como abierta al infinito, flanqueada de trecho en trecho por tumbas, como aquella majestuosa de Cecilia Metela. Roma, la de **Piazza Colonna**, nudo de encontronazos políticos que la celere —la policía motorizada— resuelve rápidamente gracias a sus rápidos jeeps, tocando bocina, a empellones o a garrotazos. **Piazza Colonna**, donde el dólar encuentra buen cambio bajo las arcadas y donde la población, nativa o extranjera, muestra cotidianamente sus mezclas diversas. Roma, la de las escalinatas y pendientes, madre, a mucha honra, de las primeras grandes carreteras, acueductos y cloacas. La de las iglesias y palacios; la de la **Fontana di Trevi** y de la **Piazza Esedra**, y la de **Piazza Navona**, la más armoniosa en la pureza y magnitud de sus líneas. Y el **Lungo Tevere**, que nos lleva como de la mano en su caminata sin deseos de término. Cuando comparo la monótona Buenos Aires con aquel paraíso de descubrimientos y redescubrimientos, comprendo muy bien la incesante peregrinación de hombres y de mujeres de todo el mundo a Roma, y comprendo muy bien por qué la población de Buenos Aires, que no tiene en qué solazarse, se pregunta con ansia todos los domingos: “¿a qué cine vamos?”

Para estar llena de encanto, Roma no puede solamente apoyarse sobre la geografía de sus siete colinas, sino sobre los restos poderosos de su viejo imperio económico y político,

que saqueó y fué, a su turno, saqueado. Roma despojó a las ciudades griegas de sus estatuas. Los generales vencedores competían unos con otros entrando a Roma, en el desfile del triunfo, con su carga inmensa de mármoles labrados, que luego sus grandes burgueses compraban, o bien adquirirían — vieja costumbre— mediante robos administrativos. ¿Quién no ha saqueado a quién en el suceder de los siglos? Toda nueva clase, todo nuevo Estado se levantan siempre sobre los despojos de los que los han precedido. Palacios e iglesias tienen en sus entrañas, y aun a la vista de todo el mundo, testimonio de pasadas rapiñas. Destrucciones y mutilaciones. ¡Los bárbaros! Pero no sólo los bárbaros, sino también lo que genéricamente se dice, con sorna, desde hace tiempo, “los Barberini”. El Papa Urbano VIII, de la familia Barberini, hizo construir su Palacio con buen aporte de mutilación y de rapiña. Por eso dicen en Roma hasta los cocheros, desde el pescante de su carrozzella, a cada grupo de turistas que llevan de paseo, al enfrentarse con una de las tantas ruinas: “lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini”.

Estar frente a la realidad es la sensación que se recoge del contacto con el pueblo italiano. Puede gustar o no gustar, parecer tosca, mediana, limitada, pero tal sensación existe. El gusto por la vida es lo más fuerte que he podido percibir de ese pueblo. En un mosaico veneciano, fijado a la pared de una modesta tienda de la calle comercial del Lido —el balneario próximo a San Marcos— leí lo siguiente: “Oggi male; domani bene; piglia il mondo come viene”. Tomar las cosas como son: ¿no estaba inscripto allí un ideal de conducta, una lección?

A medida que se acercaba la fecha del retorno comprendí y sentí más a Italia. Mientras escribo estas líneas me parece estar de nuevo allí; me parece estar parado frente al monumento al poeta Gioachino Belli, en el Trastevere, al que los muchachos del barrio le han jugado siempre la mala pasada de arrebatarse el bastón de hierro que sus manos simulaban aprehender; o sentado en uno de los muros que rodean el foro Trajano, sereno y claro, entre hombres silenciosos y criaturas bullangueras; o pelando las primeras castañas calientes

de la temporada, o comiendo higos de tuna en plena calle. Recuerdo también el último domingo en **Trinitá dei Monti**, desde donde se domina uno de los más bellos panoramas de Roma; el último vistazo al **Castel Sant'Angelo**, poderoso y leve; y el "hasta la vuelta" a lo que me fué familiar. Siento a Italia como una cosa de familia a la que queremos y a la que, por aparente contraste, nos creemos con algún derecho a decirle una pequeña verdad. Acaso sea muy difícil expresarla en una sola oración; pero la que más siento que se le aproxima es ésta: "Tu grandeza, Italia, no está en tu historia, ni en tus monumentos, ni en tu literatura, ni en tu arte, con ser extraordinariamente bellos; ni en tu industria, ni en tu comercio, sino en tus hijos y en los hijos de tus hijos. Eres, ante todo, un valor humano; y tu imperio será el de tu lengua, tus costumbres, tus pasiones y tus ideales, vertidos y propalados a todos los pueblos del mundo."

Conferencia pronunciada en el Colegio Libre el  
13 de Julio de 1949.



# Psicoanálisis y Budismo

## I. EL COMPLEJO DE EDIPO Y LOS GANDHARVAS

por VICENTE FATONE

1. — Cuando ya llevaba veinticinco años de investigaciones psicoanalíticas, Freud se detuvo a meditar sobre el mito que Platón hace exponer a Aristófanes en *El Banquete*. Tres eran, según ese mito, las especies de hombres: machos, hembras y andróginos; estos últimos habían sido partidos en dos por Zeus, y desde entonces cada mitad deseaba unirse a la otra; por ello se buscaban y se estrechaban con tanta fuerza: querían restablecer un antiguo ser, convertirse de dos en uno. El amor no era la simple búsqueda del placer sexual, sino el deseo de reintegrarse a la antigua unidad. Nadie se hubiera negado a que Hephaistos lo soldase a su otra mitad uniéndolo a ella para toda la vida; cuando llegase el momento de pasar al reino de Hades, seguirían siendo uno en vez de dos, unidos en una sola muerte. En el ansia de volver a unirse, las mitades son capaces de estrecharse hasta morir de hambre y de inercia, y cada una se niega a hacer nada sin la otra.

Es curioso que Freud, utilizando la información que le suministró el profesor vienés H. Gomperz, haya aceptado, “en contra de la opinión corriente”, la existencia, en lo que se refiere a ese mito, de influencias indostánicas sobre el pensamiento platónico, aunque sin descartar la posibilidad de que ciertas afinidades intelectuales hubiesen llevado a los pensadores griegos y brahmánicos a las mismas concepciones. Freud remite, para mostrar la coincidencia de esas concepciones, al pasaje de la Brihad Âranyaka Upanishad (anterior en varios

siglos a El Banquete), donde el filósofo Yâjñavalkya dice<sup>1</sup>: "Pero él no tenía ninguna alegría; pues no tiene ninguna alegría cuando está solo. Entonces deseó un segundo. Era, en verdad, grande como una mujer y un hombre estrechados. Hizo que su Sí se dividiese en dos partes; así nacieron el esposo y la esposa. Por ello este cuerpo del Sí se parece a una mitad; eso es, en verdad, lo que explicó Yâjñavalkya. Por eso ese espacio vacío está colmado por la mujer".

Freud invocó estos dos mitos cuando se hallaba empeñado en la crítica del llamado "principio del placer", que hasta entonces había sido considerado por su psicoanálisis como rector de la evolución de los procesos psíquicos. Según ese principio, toda evolución se produce en virtud de una tensión desagradable y se cumple de manera que ese estado sea substituído por otro agradable, que consiste en una distensión; al desagrado corresponde un aumento de la cantidad de energía psíquica, y al agrado una disminución. El "principio del placer" no sería sino la tendencia del aparato psíquico a mantener el más bajo nivel posible, o el más constante, de la cantidad de excitaciones. Ese principio se resolvería, pues, en la tendencia a la estabilidad, ya enunciada por Fechner, y según la cual hay una relación directa entre estabilidad y placer y entre inestabilidad y displacer.

Cuando el instinto de conservación exige la aceptación de un dolor, el principio del placer cede ante el "principio de la realidad"; es la única manera de salvar las dificultades que el mundo externo ofrece para la satisfacción inmediata del placer. En los impulsos sexuales esa "educación", que posterga el placer, es más difícil de lograr; la substitución del principio del placer por el de la realidad sólo se efectúa en las sensaciones poco intensas. Además, puede haber, entre los distintos impulsos, incompatibilidades que no hagan posible su

1. Freud cita la traducción de Deussen, *Sechzig Upanishad's des Veda*, p. 393. Pero el mito brahmánico se remonta a una época anterior a las Upanishads, pues aparece ya, aunque oscuramente, en un himno rigvédico (X, 129), donde se dice que en el principio sólo era el Uno, sin nadie fuera de él, y que ese Uno, por la fuerza del deseo, se dividió en dos, macho y hembra.

satisfacción conjunta; entonces se entabla entre ellos una lucha (que recuerda la de los posibles de Leibniz en su aspiración a la existencia): los vencidos quedan condenados a no participar en las síntesis superiores de la personalidad y a mantenerse en un nivel inferior, donde la satisfacción directa del placer está vedada. Pero aquí (a diferencia de lo que sucede con los posibles de Leibniz) puede producirse una satisfacción indirecta, por substitución; y el principio del placer seguiría, de esa manera, rigiendo la evolución psíquica. Sin embargo, junto a ese principio del placer y por encima de él, en la vida psíquica se advierte, según Freud, una "tendencia a la repetición", un "eterno retorno de lo idéntico", cuyo ejemplo más convincente es el de la "fatalidad" que parece perseguir a ciertos individuos: sus relaciones amorosas, a pesar de las diversas vicisitudes por que pasen, desembocan siempre en la misma situación; sus amigos, o quienes deberían estarles más agradecidos, terminan por abandonarlos y traicionarlos y pagan con odio y rencor sus afectos y sus favores. Todo eso sería el reflejo de un pasado olvidado que conserva un fuerte dinamismo y tiende a reproducirse; manifestación, en definitiva, de tendencias reprimidas: empecinamiento en la búsqueda de situaciones que no hacen sino repetir aquella primera situación en que las tendencias quedaron insatisfechas. La tendencia a la repetición está "más allá" del principio del placer y se presenta como siendo "más primitiva, más elemental y más impulsiva" que él.

Introducida esta "tendencia a la repetición", esta "fatalidad", este "eterno retorno de lo idéntico", no puede extrañar que Freud haya ido haciendo lo que Santayana describió como "largo rodeo hacia el nirvana". Un primer paso de ese rodeo fué el que Freud dió al tratar de establecer la relación entre los impulsos instintivos y la tendencia a la repetición. Un instinto —dice Freud— no sería sino una tendencia, propia del organismo, a reproducir y reestablecer un estado inferior al que el organismo tuvo que renunciar debido a la acción de fuerzas externas perturbadoras. Los instintos traducen, pues, no el dinamismo sino la inercia de lo orgánico; son regresivos —nostálgicos, podríamos decir—: proceden como los peces que

para depositar sus huevos emigran hacia zonas semejantes al habitat primitivo que se vieron obligados a abandonar. Los instintos se manifiestan en la tendencia a "reproducir lo que ya existió". Una historia psíquica resultaría, según esto, algo así como una serie de variaciones sobre un único tema: la parábola del hijo pródigo. "Una vida uniforme, en condiciones inmutables": a eso se reduce toda la aspiración del ser vivo elemental. Los instintos no son fuerzas de progreso o evolución: lo único que buscan, por caminos viejos o nuevos, es la consecución de un "antiguo fin", la vuelta al "punto de partida"; y la llamada evolución no es sino el camino o la serie de caminos por los que se intenta el regreso a la realidad inicial. Extremando ese pensamiento, Freud no vaciló en enunciar esta paradoja: el fin a que toda vida tiende es la muerte; desafiaba, así, aquella definición sensata, pero no muy útil, según la cual la vida es el conjunto de fuerzas que resisten a la muerte. Los "guardianes de la vida", denominados instintos, no fueron, en un comienzo, sino "satélites de la muerte". Prescindiendo de los análisis bizantinos en que por momentos se entretiene Freud (como el del ritmo alterante en que unos instintos tienden al logro rápido del objetivo de la vida y otros desandan lo andado para volver a andarlo), la función de esos satélites parece siempre consistir en la repetición de una satisfacción primitiva.

Empeñarse en seguir distinguiendo entre instintos del yo, que tenderían a la muerte, e instintos sexuales, que tenderían a la prolongación de la vida, no modificaba fundamentalmente la situación, ya que la vida que se prolonga sigue repitiendo el "eterno retorno a lo idéntico": la tendencia a la muerte. La oposición neta entre esos instintos tuvo que ser reconocida como insuficiente por el mismo Freud. La libido narcisista (que no se dirige a un objeto externo sino al yo) obligaba a atenuar esa oposición o a darle otro carácter; y el sadismo y el masoquismo (los otros dos polos del amor dirigido, respectivamente, al objeto o al yo) mostraban que el Eros, aparentemente destinado a conservar la vida, podía tender a destruirla. Y después de discutir las consecuencias, para la vida, de la unión sexual, Freud termina por hablarnos del principio del nirvana. Hay instintos de muerte, nos dice; y una de las razones principales que obligan a

aceptarlos es el convencimiento de que la vida psíquica tiende a suprimir la tensión interna provocada por las excitaciones. Esa tendencia a la supresión de la tensión interna es, precisamente, lo que Barbara Low había llamado "principio del nirvana".

Los instintos de muerte debían ser aceptados, según Freud, en virtud del descubrimiento de la tendencia a la repetición. Pero esa tendencia a reproducir una situación antigua, ¿aparece también en el instinto sexual? ¿Qué situación antigua es la que quieren repetir dos seres que se unen sexualmente? Es ahora, ante la necesidad de contestar a esa pregunta, cuando Freud recurre al mito de Aristófanes y de Yâjñavalkya, que permitía explicar el instinto sexual como la tendencia a restablecer un estado anterior. Los que se unen quieren, sencillamente, volver a la androgenia primitiva; quieren volver a ser lo que antes fueron: uno, y no dos; quieren recuperar su primitiva realidad perdida. Freud reconoce que se trata de una hipótesis fantástica, y declara que si se atreve a invocarla es porque "satisface la aspiración que tratamos de colmar" y porque responde a esa pregunta "que espanta a los profanos y que los mismos especialistas no se hallan en condiciones de contestar". Hecha esta invocación, desconcertante en quien aspiraba a que el lenguaje psicológico fuese substituído por una terminología "lógica y química", era forzoso detenerse y hasta proceder a un examen de conciencia científica. Freud llegó a dudar de que tuviese sentido publicar ese trabajo en que, por querer ir "más allá del principio del placer", había retrocedido hasta encontrarse con un mito brahmánico y con el nirvana budista.

El escándalo inicial provocado por las primeras publicaciones psicoanalíticas podía resultar insignificante comparado con este escándalo final. ¿Quién hubiera podido prever que, partiendo del complejo de Edipo, se llegaría, mediante el "largo rodeo", al principio del nirvana? La expresión "principio del nirvana" era mucho más adecuada que lo que Freud y Barbara Low sospechaban; porque así como la tendencia a la repetición no era una aspiración al anonadamiento, la búsqueda del nirvana no es, a pesar de las ligeras interpretaciones occidentales, una búsqueda de la extinción. En los dos casos se trataba de la recuperación de una situación que había sido perturbada; la

tendencia a la repetición y la búsqueda del nirvana eran, igualmente, una reintegración a la realidad inicial. Lo desconcertante era que la escabrosa leyenda del hijo de Yocasta se convertía, *ad usum delphini*, en la amable leyenda del hijo de Mâyâ. El príncipe tebano que después de descifrar el enigma obtiene en premio una esposa podía convertirse, según la nueva versión, en el príncipe nepalés que después de abandonar a su esposa obtuvo en premio el desciframiento del enigma. Pero había algo aun más desconcertante, que Freud no sospechó: partiendo del complejo de Edipo, él había terminado en el nirvana; pero los budistas, partiendo del nirvana, terminaron, hace quince siglos, en algo muy semejante al complejo de Edipo. El psicoanálisis y el budismo habían hecho el mismo largo rodeo, aunque en sentido inverso. Veamos en qué consistió lo que podemos llamar el "largo rodeo hacia el complejo de Edipo".

2. — El budismo primitivo no era sino una técnica para alcanzar la "serenidad superior" de que habla Freud y para recuperar el estado original de que también habla Freud. Como en todas las escuelas indostánicas, de lo que en el budismo se trataba era de emigrar del ciclo de las existencias y de conducir el cuerpo a su última muerte. El nirvana, momento final del itinerario, no era la simple extinción ni el anonadamiento que en él vieron los primeros intérpretes occidentales. Los textos budistas más antiguos se dedican a polemizar contra las escuelas contemporáneas que ofrecían con sus técnicas la obtención del reinado de la nihilidad: "Equivocadamente, bajamente, falsamente, infundadamente algunos ascetas y brahmanes me acusan diciendo que el asceta Gotama es un nihilista y predica la aniquilación, la destrucción y la no-existencia de lo existente. Eso es lo que yo no soy, eso es lo que yo no afirmo. Hoy como antes, monjes, yo anuncio una sola cosa: el dolor, la destrucción del dolor". El budismo primitivo combate de la misma manera a quienes afirman la existencia de una realidad substancial que permaneciese idéntica a sí misma; quienes eso afirman son combatidos, en los textos primitivos, bajo la denominación de "eternalistas". El itinerario del budismo no promete, originalmente, ni la eternidad ni el anonadamiento. La concepción del yo como una serie en fluxión, cada uno de cuyos momentos está

determinado por el anterior sin que a través de ellos subsista ninguna entidad, condujo al budismo a generalizar el método que la ciencia médica de la época aplicaba al diagnóstico y cura de las enfermedades. La famosa fórmula de "las cuatro nobles verdades" estaba tomada de la medicina: "el dolor, la causa del dolor, la supresión del dolor, el camino que conduce a la supresión del dolor". Los Sâmkhyasûtras comienzan con una fórmula semejante, y los primeros comentaristas reconocen su origen médico. A Buddha se le llama el mejor de los médicos, y en los diálogos de Milinda su doctrina es comparada con una farmacopea. No se exageraría si se dijese que el budismo quiere presentarse como una psicoterapia. Aquella su concepción según la cual todo estado del individuo está determinado por estados anteriores, y su afirmación de que cada uno es hijo de sí mismo, le hizo orientarse en la búsqueda de procedimientos que acelerasen o neutralizasen la acción del pasado. Los estados anteriores debían "madurar", según la expresión corriente en los textos; pero esa maduración podía ser ayudada, de manera que se produjese cuanto antes, y para eso servían la doctrina y las prácticas budistas; o podía ser neutralizada mediante, por ejemplo, la confesión que el budismo organiza en sus comunidades, fiel al principio ya expresado entre los brahmanes de que un pecado confesado "se convierte en verdad", es decir, deja de producir efectos.

El budismo original, empeñado en la búsqueda de la supresión del dolor, se abstuvo de formular hipótesis o de adelantar teorías acerca de la naturaleza del último momento del itinerario practicado por los ascetas, o sea del nirvana, que aseguraba la paralización del samsara o flujo de la existencia. Ninguna hipótesis o teoría sobre ese nirvana facilitaría lo que se buscaba, que era emigrar del ciclo de las existencias y poner fin a la "espantosa trinidad" del dolor, la vejez y la muerte. Todo lo que había que hacer era esforzarse por verse libre de los efectos del pasado, del karma, acelerándolos o neutralizándolos. Pero el budismo posterior no se resignó a dejar sin respuesta los interrogantes teóricos; surgieron así las distintas escuelas y las dos sectas rivales del "pequeño vehículo" y del "gran vehículo": la primera de ellas, más fiel a la actitud abs-

tencionista primitiva, insiste en las cuatro nobles verdades del dolor y en la concepción de la serie de las doce causas determinantes de la existencia. Vejez, enfermedad y muerte (1), están determinadas por el simple hecho del nacimiento (2), que es propio del reinado de la existencia (3) sostenida por el alimento (4); el alimento es exigido por el apetito o sed (5) que está a su vez determinada por la sensación (6); ésta resulta del contacto (7) con los objetos, función de los sentidos (8); esos sentidos resultan a su vez de nuestra condición de seres dotados de "cuerpo" y "nombre" (9), que supone una conciencia (10) determinada por los residuos o predisposiciones (11) que en nuestra existencia anterior ha dejado la ignorancia (12). El "gran vehículo", sin abandonar esos dos temas que pueden con seguridad considerarse como esenciales al budismo, prefiere acentuar el carácter positivo de algunas ideas y símbolos que también figuraban en la doctrina inicial. Llega así a la afirmación de la "budeidad" propia de todos los seres y persigue un ideal salvacionista en que el asceta, aun pudiendo reintegrarse al nirvana que no es sino su propia realidad original, prefiere, para ayudar a los seres en la difícil obra de la salvación, postergarlo indefinidamente. Esto determina una más rigurosa especulación acerca de la naturaleza de esa budeidad (todos somos Buddhas) y del nirvana (nuestra esencia es el nirvana mismo), y un mayor refinamiento en el análisis de los procesos necesarios para descubrirlas. Se va constituyendo, así, lo que puede llamarse una psicología de lo profundo, donde no se prescinde ni de los sueños ni de los instintos sexuales que tanta importancia tuvieron y siguen teniendo en el psicoanálisis, y donde va a adquirir importancia primordial, especialmente entre los tibetanos, la práctica de los mandalas o círculos cuya coincidencia con los dibujos de los esquizofrénicos alentaría en la forma que luego veremos las investigaciones de Jung.

Para la relación posible del nirvana con el complejo de Edipo, la concepción budista que más interesa es la que se refiere a la llamada existencia "intermedia" y al problema concreto del nacimiento de un nuevo hombre. En un antiguo texto budista se decía que para que se produjese un nuevo hombre era necesaria, además de la unión de la pareja, la

presencia de un gandharva. Ya en los himnos védicos los gandharvas aparecían como "genios" o deidades relacionadas con las ceremonias nupciales y con la fecundación. En los primeros días del matrimonio, el gandharva disputa al esposo la esposa; es a él a quien ésta pertenece. Genios erotómanos, los gandharvas están relacionados con la fertilidad en general y son invocados por los esposos que desean progenie; pero, al mismo tiempo, se muestran hostiles y agresivos. La concepción del gandharva como músico o cantante celeste a quien acompaña su esposa, la apsaras bailarina, es tardía y pertenece a la literatura épica; la concepción del gandharva como espíritu hostil es, en cambio, muy antigua, y pertenece a la época indo-iraniana, pues con ese carácter aparece la figura de Gandarewa en el Avesta. Un detalle —que interesa porque el budismo tardío ha de utilizarlo para explicar cómo el gandharva sorprende a la pareja a la que debe presentarse— es la etimología del nombre. En el Rigveda (X, 123, 7) se dice que el gandharva lleva una vestidura olorosa; y en el Atharvaveda (XII, 1, 23) se dice que el olor (gandha) de la tierra se eleva hacia él.<sup>1</sup>

El budismo, que en un momento dado comprendió la necesidad de explicar qué sucede en la pausa existente entre una muerte y un nuevo nacimiento, recurrió a la antigua concepción de los gandharvas, que uno de los textos canónicos más antiguos consideraba indispensables para la gestación de un nuevo ser. Algunas escuelas sostenían que la serie de las existencias podía ser discontinua y no necesitaban, entonces, llenar el lapso entre una y otra existencia; otras escuelas afirmaban la continuidad de la serie y no podían admitir aquella pausa, ni sostener, sin verse ante complicaciones de difícil solución, que inmediatamente de extinguirse una vida surgía otra que la heredaba. Se recurrió, por eso, a la concepción del ser "intermedio" entre dos existencias, que en los textos posteriores se identifica con el antiguo gandharva. Ese ser intermedio (antarâbhava), que es discutido y hasta negado dentro de la misma literatura canó-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

1. Los principales pasajes védicos en que se hace referencia a los gandharvas pueden verse en Macdonell, *Vedic mythology*, p. 136 y s.

nica,<sup>1</sup> tiene su semejante en las concepciones brahmánicas del "cuerpo sutil" o transportador (âtivâhika) considerado necesario para la transmigración e imaginado en el Mahâbhârata a la manera de un Pulgarcito. La existencia de ese gandharva o ser intermedio o cuerpo sutil, que sirve para llenar el tiempo y cubrir la distancia que separa a dos existencias propiamente dichas, es discutida detenidamente en esa especie de *summa*, "cofre" o "tesoro" de comentarios de la doctrina (Abhidharma-koça), que compuso en el siglo V de nuestra era el monje Vasubandhu. El ser intermedio, explica ese texto, comienza en el lugar donde se produce la muerte; es un ser que va en busca del lugar de su nacimiento; tiene, según algunos, la forma que habrá de caracterizarlo en su próxima existencia, pero es transparente; sus órganos están perfectamente desarrollados y si se trata de un futuro hombre sus dimensiones son "las de un niño de cinco a seis años"; el de un futuro Buddha tiene ya en el cuerpo las marcas que habrán de distinguirlo; el elefante que penetró en el flanco de la madre del fundador de la doctrina es una "invención", pues no se habla de él en los textos canónicos, y si alguna existencia tuvo fué la de "un sueño" de la futura madre. Según el reino a que como criatura ha de pertenecer, el ser intermedio está, por su impudor, desnudo, o, por su gran pudor, vestido. Es invisible, excepto para los seres intermedios de igual o superior jerarquía. Lo penetra todo, por la fuerza del karma, y ni siquiera los Buddhas pueden detenerlo; se alimenta de olores, y de ahí su nombre (gandha: olor); olores que serán los buenos o los malos, también según la jerarquía del ser intermedio, y que lo guiarán hacia el lugar de su nacimiento. Tiene una duración limitada, que según algunos es de siete días y según otros de siete veces siete días. Mientras tanto, está a la espera de que se den las condiciones exteriores que hagan posible su nacimiento; algunas escuelas sostienen que si esas condiciones no se dan (pues "las vacas no se unen en la estación de las lluvias, ni los perros en otoño, ni los osos pardos en invierno, ni los caballos en verano"), tendrá una existencia por lo menos muy semejante

1. Katthâvatthu, VIII, 2.

(en vez de vaca, búfalo; en vez de perro, chacal; oso gris en vez de oso pardo; asno en vez de caballo).

¿Y cómo se produce, por fin, la llamada reencarnación? El texto de Vasubandhu da, como respuesta, esto: El ser intermedio "turbado por la pasión, va, por deseo de amor, al lugar de su destino". "Ve el lugar de su nacimiento, aun desde lejos, ve a su padre y a su madre unidos. Su espíritu es turbado por el efecto de la complacencia y de la hostilidad. Cuando es macho, está poseído por un deseo de macho hacia la madre; cuando es hembra, está poseído por un deseo de hembra hacia el padre; e, inversamente, odia ya sea a su padre, ya sea a su madre, a quien contempla como a un rival, como a una rival... El espíritu así turbado por esos dos deseos erróneos se adhiere al lugar donde están unidos los órganos, imaginándose que es él quien se une"<sup>1</sup>

Nos hallamos, al final de este proceso, con el famoso complejo de Edipo. Así como Freud hizo su largo rodeo hacia el nirvana partiendo de ese complejo, los budistas hicieron un largo rodeo en sentido inverso: partiendo del nirvana, fueron hacia el complejo de Edipo<sup>2</sup>. El texto de Vasubandhu tiene una claridad que permite la asociación con las ideas de Freud sin las interpretaciones forzadas tan habituales en estos casos. Hay, además, entre ese texto de Vasubandhu y las ideas de Freud una coincidencia que obliga a conceder a la semejanza una importancia aun mayor que la que se advierte inmediatamente: en su largo rodeo, el momento crítico que le obligó a Freud a introducir el inesperado "principio del nirvana" fué el problema de la procreación; y en su largo rodeo en sentido inverso, lo que obligó a los budistas a introducir el inesperado "complejo de Edipo" fué también el problema de la procreación.

---

1. Cito siguiendo la monumental traducción de De la Vallée Poussin. (L'Abhidharmakosa de Vasubandhu, París, Geuthner, 1923-1931, 6 volúmenes). Vol. III, p. 50.

2. En mi libro *El budismo "nihilista"* (La Plata, 1941) señalé, incidentalmente, esa impresionante semejanza. Últimamente ha llamado la atención también sobre ella el profesor Tucci, hoy la autoridad mundial máxima en budismo. Véase *Il libro tibetano dei morti*, p. 38 (Milán, Bocca, 1949).

3. — Las escuelas budistas que admitieron la existencia de los seres intermedios se preguntaron en seguida si era posible que esos seres evitasen el nuevo nacimiento. Surgió así, especialmente en los medios tibetanos, toda una literatura relacionada con los gandharvas; y al mismo tiempo se intentaba descubrir las prácticas a que esos gandharvas debían someterse para no ir en busca de una matriz. Para ello se recurrió, sin preocuparse mucho por la coherencia doctrinal, a ideas y técnicas propias de las diversas escuelas budistas, de la religión indígena del Tibet, del shivaísmo y hasta del maniqueísmo<sup>1</sup>, sin excluir, naturalmente, el taoísmo. La reducción de todo lo real a vacuidad; la teoría de la “conciencia receptáculo” (âlayavijñâna), fundamento de toda conciencia particular y algo así como un subsuelo donde se gesta la vida mental; la convicción de una androgenia original y el simbolismo francamente erótico de dioses y demonios unidos a sus respectivas esposas que no son sino otro aspecto de ellos mismos; la escrupulosa preparación de círculos o mandalas cuyos diversos sectores, figuraciones, líneas y colores sirven de apoyo y de guía para los difíciles procesos de concentración, de meditación y de éxtasis capaces de liberar del ciclo de las existencias; las letanías mecánicas, los conjuros, los conocimientos médicos, la interpretación de los sueños, todo eso y mucho más —la región de las madres, la búsqueda de la flor maravillosa— terminaron por formar un conglomerado cuya mejor expresión, para el estudio de las relaciones entre psicoanálisis y budismo, puede hallarse en las instrucciones dadas por los tibetanos al ser intermedio, amenazado, por su karma, de volver a conocer el nacimiento, la enfermedad y la muerte. El gandharva de las

---

1. Tucci se detiene a mostrar cómo habría sido posible esa influencia, que permitiría explicar muchas ideas tibetanas que parecen no tener relación con la India. La religión indígena del Tibet (Bon po) recibió desde la región de Gilgit, próxima al mundo iránico, elementos que se incorporaron al gran sincretismo lamaísta. La creencia en el juicio de los muertos y en el desdoblamiento de la conciencia, que acusa y defiende al enjuiciado habrían ido del Irán al Tibet por ese camino. (Véase *El libro tibetano dei morti*, p. 45).

primeras concepciones budistas se convierte en el bar do<sup>1</sup> tibetano. Las instrucciones recitadas al oído del difunto para que su bar do eluda la nueva existencia a que el karma acumulado lo condena tienen, especialmente por su relación con la práctica de los mandalas o círculos, numerosas semejanzas con las ideas y métodos de la psicología analítica de Jung. Pero en este caso las semejanzas no son casuales, como sucedía en el de los dos largos rodeos entre el nirvana y el complejo de Edipo. Jung, espíritu de curiosidad temeraria, ha estudiado y analizado los textos budistas, o de inspiración budista, que se refieren a los seres intermedios, a la práctica de los mandalas, a la búsqueda de la flor maravillosa, y ha hallado en ellos, como veremos, no sólo una confirmación de las ideas que ya había sostenido y sugerencias para otras nuevas, sino también palabras con que exponerlas y métodos con que aplicarlas en su ministerio de "curador de almas".

1. Bar do" es la traducción tibetana literal de "antharâ bhava" (entre-ser).



## Educación para el desarrollo económico

por ROBERT KING HALL

Hace exactamente una semana los representantes de los Estados Unidos, Canadá e Inglaterra se reunieron en Washington D.C. para discutir la presente crisis económica del Imperio Británico. Fué uno de los momentos más críticos de los cuatro años que han pasado desde que la rendición del Japón puso formalmente fin a la Segunda Guerra Mundial. Ninguna de las reuniones de los líderes militares aliados durante la guerra, ni ninguna de las reuniones de los diplomáticos que se realizaron desde su terminación, ha sido tan ansiosamente seguida por el resto del mundo. Tampoco ninguno de los momentos de la guerra estuvo tan cargado de peligro como lo estuvo éste. Es que naciones que habían sufrido pero sobrevivido a las luchas militares de la Segunda Guerra, enfrentaban su posible extinción producida por la lenta sangría de la derrota económica. El Imperio Británico que, hasta no hace más de diez años fué el más grande de la historia del mundo, enfrentaba la certeza de una mayor disminución de su poder y su prestigio y la posibilidad de una completa bancarrota y un caos no menor que el experimentado por una nación derrotada en la guerra. Difícilmente hay una nación en el mundo occidental que se haya visto libre de la siniestra amenaza económica que ha sido la consecuencia de la guerra militar.

En este cuadro de tensión económica, los Estados Unidos proponen iniciar un enorme programa educacional de ayuda para el desarrollo de las naciones económicamente retardadas. El veintitrés de enero del corriente año, en su discurso anual titulado **Estado de la Nación**, el Presidente Harry Truman

anunció que los Estados Unidos estaban preparados para extender sus servicios educacionales y técnicos, sobre una base de cooperación, a tales naciones y a su pedido, con el propósito de llevar adelante un plan de desarrollo económico.

A primera vista tal proposición pareció eminentemente práctica y altamente filantrópica. La argumentación que le servía de base era más o menos la siguiente. Económicamente, las naciones retrasadas no pueden dar el enorme paso que significa ir de una economía basada en una agricultura pre-científica y una producción pre-industrial a la economía de un Estado moderno, a no ser que importen los instrumentos necesarios y obtengan el adiestramiento indispensable para usar dichos instrumentos. Dado que la mayoría de los Estados poco desarrollados no pueden permitirse la inversión de las grandes sumas necesarias para la realización de tales proyectos de rendimiento a largo plazo, es indispensable que dichos Estados sean ayudados de alguna manera para que puedan satisfacer las inversiones iniciales. Hay diferentes modos por los cuales esto puede hacerse; por ejemplo, el de préstamos privados o el de inversiones de capitales foráneos sometidos a un plan de pagos por dividendos o bien por regalías. Tal financiación de tipo privado debe incluir, naturalmente, un beneficio que, en el caso de la mayoría de los países económicamente poco desarrollados, tiene que ser más bien alto debido a que se trata de un beneficio pagado a un capital que corre un riesgo, pues no se trata de inversiones seguras. En muchos casos el riesgo por correr es tal, que prácticamente no hay fondos privados disponibles para tales empresas. En otros y aun en los menos extremos, en los que solamente existe un beneficio substancial, la única fuente lógica de donde puede provenir la ayuda es la de un gobierno extranjero. Este tipo de ayuda es impuesto por razones diplomáticas por lo menos en grado equivalente a las razones comerciales que pudieran existir.

¿Cuáles son los motivos que llevan a una nación a ayudar económicamente a otra en su desarrollo económico? ¿Por qué un país industrializado se pone a industrializar deliberadamente a un país vecino? ¿No llevaría esto a la creación de un

competidor que disminuiría los posibles mercados compradores de los productos de la propia industria?

Los motivos filantrópicos son ridiculizados frecuentemente por los cínicos, pero sin embargo, nunca debieran ser subestimados. El espíritu de ayuda al vecino menos afortunado es siempre muy fuerte en todas las personas y lo es en forma muy particular en el pueblo de los Estados Unidos. Solamente una razón filantrópica puede explicar el hecho de que se envíe la cantidad fantástica de más de un millón de paquetes mensuales, de un costo de más de cien pesos argentinos, a Alemania. Esos paquetes son enviados por ciudadanos privados de los Estados Unidos a ciudadanos privados de Alemania, desde el final de la guerra, y la corriente de envíos se mantiene activa todavía. No son la consecuencia de una campaña de propaganda ni tampoco el resultado de un programa oficial de ayuda ni siquiera forman parte de la caridad privada organizada. Son nada más que la simple expresión de la buena voluntad individual y del espíritu de caridad del pueblo común.

Agregado al motivo filantrópico encontramos el poderoso motivo político. El Japón, por ejemplo, nunca fué capaz de producir dentro de sus islas más del 65 % de los alimentos que su población de pre-guerra, constituida por setenta y dos millones de personas, necesitaba. El resto de los alimentos necesarios debía ser importado y pagado con el producido de productos de fabricación. Después de su rendición, el 2 de septiembre de 1945, los japoneses se vieron enfrentados al problema de la propia alimentación, que ahora era infinitamente más difícil. En efecto, en primer lugar, la población de las islas había aumentado hasta unos ochenta millones de personas, debido al número de niños nacidos durante la guerra y a las repatriaciones producidas desde otros países del Pacífico. Además, intensificando la carencia de alimentos que necesitaba este aumento de la población, se añadía el factor de la disminución del rendimiento del suelo. El Japón de la pre-guerra obtenía el 91 % de los fertilizantes que su suelo necesitaba de la industria química de los nitratos. El 9 % restante provenía del contenido de las letrinas o sea de las heces humanas producidas por la población. Durante casi diez años, comenzando con la

guerra con China en 1937, el Japón derivó su producción total de nitratos hacia la fabricación de municiones. Al finalizar la guerra el suelo estaba lavado y empobrecido, y era incapaz de producir ni siquiera tanto como rendía antes de la guerra. El resultado de esto ha sido que, durante los cuatro años transcurridos desde su rendición, las naciones aliadas —y casi exclusivamente los Estados Unidos— han tenido que suministrar al pueblo japonés los alimentos necesarios para mantenerlo durante un tercio de cada año. De ahí, pues, que se haya producido un drenaje constante de los fondos de los Estados Unidos, lo que, en última instancia, ha recaído sobre la economía privada y el standard de vida de los ciudadanos americanos, que han dado lo suficiente para mantener a ochenta millones de personas durante cuatro meses de cada año. El motivo que impone el restablecimiento de una economía japonesa estable —cosa posible únicamente por medio del restablecimiento de sus industrias y la recuperación de sus mercados exteriores— es pues una fuerza de compulsión perfectamente comprensible.

La lista de tales políticas económicas de ayuda, inspiradas en razones políticas, podría ser multiplicada indefinidamente. El costo de la ayuda aérea dada a Berlín fué de más de 10 millones de pesos argentinos por día, nada más que en concepto de gastos de operación, es decir, sin incluir la dirección, la inversión de capitales, ni el valor imponderable de las vidas humanas. Esa fué, también, una inversión provocada por razones políticas. La totalidad del Plan Marshall de ayuda a Europa y al Medio Este, se basó en el supuesto del restablecimiento de una economía saneada y de la capacidad para bastarse a sí misma de Europa. También aquí el motivo fué, principalmente, de orden político, basado en la idea de que el comunismo florece en la miseria y que el mejor medio para combatir su desarrollo es elevar el estándar de vida de las masas deprimidas.

Pero también hay un tercer y gran motivo para llevar a los Estados Unidos a adoptar la política de extensión de ayuda financiera y técnica a los países amigos. Tal sería el de la creación de mercados por medio de la elevación del estándar de vida —e incidentalmente del poder adquisitivo— de los ciudadanos, considerados individualmente, que pertenezcan a

esos países de economía poco desarrollada. Es un medio fácil y aparentemente lógico el utilizado por los enemigos de los Estados Unidos: atribuir tal actitud a hipocresía, aduciendo que, en la realidad, lo que los industriales y el gobierno quieren es exactamente lo contrario, es decir, mantener a las demás naciones imposibilitadas para desenvolver su potencial industrial, de manera que se protegerían así los mercados existentes para los productos americanos. Esta acusación, lo creo así, no resistiría ni siquiera un análisis superficial. Solamente los pueblos que tienen un estándar de vida relativamente alto pueden permitirse la adquisición de productos de fabricación americana. Cuando el Brasil comenzó su asombrosa industrialización, bien al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, industrialización que actualmente produce el 80 % de las rentas nacionales, lo que es un aumento del 400 % en nada más que seis años, tal proceso fué ayudado inmensamente tanto por los recursos privados de los Estados Unidos como por recursos gubernamentales. La industria americana no perdía mercados al crear tal competencia, en realidad estaba creando mercados. El empobrecido y mal nutrido "caboclo" en los "surtãos" del noreste del Brasil, no era un comprador de productos americanos. En cambio el trabajador industrial de São Paulo, cuyo estándar de vida es enormemente más elevado, cosa posible sólo gracias a los salarios que se pagan en esa región industrializada, ése sí es un comprador de los productos americanos.

Éste no es un ejemplo aislado. El mejor mercado para los productos americanos es el del pueblo mismo de los Estados Unidos, pueblo que antes de la guerra consumía más del 85 % de los productos del país. El segundo mercado en importancia es el del Imperio Británico, que es la segunda nación más industrializada del mundo y que es el mayor competidor industrial de los Estados Unidos. No es una paradoja sino un razonamiento económico frío lo que hace de esto una política básica de los Estados Unidos, urgiéndolo a aumentar la producción industrial y la eficiencia de Inglaterra en este período de crisis.

El razonamiento es aproximadamente el siguiente. La economía de Europa Occidental —con todas las implicaciones políticas y sociales, así como también por el hecho de ser mer-

cado constante para los productos americanos— no puede sobrevivir a no ser que la industria británica sobreviva. La industria británica no puede sobrevivir a no ser que continúe produciendo. Actualmente, y por mucho tiempo, las importaciones necesarias que Inglaterra debe realizar tendrán que incluir una enorme cantidad de artículos americanos, ya sea como materia prima o bien como productos manufacturados. Para importar estos productos, los ingleses tendrán que equilibrar la balanza comercial con igual valor de artículos exportados o bien pagar la diferencia en alguna moneda que los Estados Unidos necesite. En los últimos tiempos esto se ha reducido a pagar en dólares. Gran Bretaña puede obtener tales dólares nada más que por medio de una continuada serie de préstamos —lo que no resuelve la crisis económica sino que realmente la intensifica— o si no, por medio de un aumento de ventas en mercados que puedan pagar en dólares. La industria británica puede aumentar sus ventas solamente si puede competir exitosamente con la industria que provee a dichos mercados en la actualidad, o, de lo contrario, creando un mercado completamente nuevo. Para competir en los mercados que pagan en dólares la industria británica debe mejorar su calidad, bajar sus precios y hacer sus ofertas más atractivas. En una palabra, debe competir con la industria americana. Para crear mercados enteramente nuevos debe ayudar a elevar el estándar de vida —y de ahí el poder adquisitivo— de pueblos que en la actualidad son demasiado pobres para comprar productos manufacturados de costo elevado.

Si estos tres grandes motivos que justifican la extensión de ayuda financiera y apoyo técnico a otras naciones amigas son verdaderos —esto es, si se basan en razonamiento económicamente sano y no son meras afirmaciones de propaganda hipócrita, como lo han sostenido nuestros enemigos— el programa anunciado por el Presidente Truman como “punto cuatro” de su discurso del año 1949, **El Estado de la Nación**, entonces será a la vez realista y urgente. Como ya lo dije antes, a primera vista parece ser a la vez práctico y filantrópico.

La reacción inmediata de muchas naciones que sintieron que ellas podrían ser la receptoras lógicas de tal ayuda no fué,

sin embargo, ni práctica ni filantrópica. Por supuesto que estoy hablando como un observador completamente desprovisto de carácter oficial y hablo también sin conocer los diversos proyectos que aún no han sido completados o hechos conocer. Pero, como tal observador no oficial, pienso que los planes que muchas naciones están preparando son grandiosos y completamente divorciados de la realidad.

Cierta proporción de ellos son meros intentos oportunistas para obtener una participación tan grande como sea posible de cualquier dinero que sea distribuido. He oído a miembros oficiales responsables de más de un país, afirmar abiertamente que es el deber de los Estados Unidos prestarles ayuda, y, al mismo tiempo, proclamar la amenaza de que si tal ayuda no llegase la pedirían a los comunistas, minando de esta manera la solidaridad de las naciones democráticas. Repito nuevamente que hablo como ciudadano privado y no oficial, pero dudo muchísimo que los Estados Unidos se hayan impresionado en lo más mínimo por tal amenaza o interesado por los planes de desarrollo que tales países se proponen. Esas personas esperan obtener ganancias políticas por medio de la negociación de un tratado de ayuda técnica o bien cosechar provecho personal por la ejecución de parte del programa de construcción. Su lealtad comprada sería más bien un riesgo que un beneficio.

Sin embargo se han ideado planes sinceros en mucha mayor cantidad que los anteriores, aunque creo que están pobremente orientados. El simple hecho de crear industrias y levantar fábricas tendrá muy poco efecto permanente sobre el desarrollo económico de un país a no ser que esas industrias y fábricas estén íntimamente conectadas con las necesidades reales y las potencialidades reales de una sociedad. El mundo está lleno de industrias antieconómicas e improductivas que han sido creadas en lugares y bajo condiciones tales que posiblemente no pueden respaldar un esfuerzo de esa naturaleza. Esas creaciones han surgido para satisfacer el orgullo personal de algún líder político o para servir de monumento a las aspiraciones nacionalistas de una nación. Las inversiones de capitales en estas creaciones más que una pérdida completa, son, en realidad, una fuente continua de gastos que deben ser cubiertos

por medio del aumento impositivo sobre la parte productiva de la economía. Siendo así ellas no producen la elevación del estándar de vida individual —que es el objetivo de un verdadero plan de desarrollo— sino que en realidad lo disminuyen. Pienso que es muy poco posible que el apoyo americano —provenga del gobierno o de fuentes privadas— sea destinado para tal tipo de industria parasitaria que solamente puede operar con pérdidas o debido a subsidios abonados por medio de impuestos.

Presumo que, de pasada, debería por lo menos mencionar aquellas industrias que no dan provecho o beneficio y que son justificadas, frecuentemente, porque constituyen una necesidad militar, es decir, una fuente segura de aprovisionamiento en el caso de una guerra. Este es un argumento que ha sido seriamente usado en el pasado. Hoy es un anacronismo completo, excepto en los excesivamente raros casos de naciones industriales que están tan adelantadas que difícilmente serán participantes de ningún "punto cuatro" de un programa para el desarrollo económico. Es cierto que cuando las naciones se constituyeron como Estados soberanos, sus fronteras fueron determinadas principalmente por razones étnicas, políticas, estratégicas y geográficas, razones que tienen poca relación con la organización de la industria moderna. También es cierto que debido a esta más o menos casual formación, algunos poderes modernos se han encontrado desprovistos de los recursos necesarios para mantener sobre bases de provecho a ciertas industrias que son esenciales para el funcionamiento de la máquina militar. La falta de una industria de goma natural en los Estados Unidos en el momento en que estalló la Segunda Guerra Mundial es un ejemplo notable del caso. Pero la tradición clásica de crear industrias no-provechosas, no-eficientes y no-compensadoras, que deben ser subsidiadas para que puedan responder a tales posibles demandas futuras, constituye una política desastrosa para cualquier país pequeño o económicamente poco desarrollado. Tales industrias son un lujo que sólo pueden permitirse las naciones grandes y ricas. En una guerra moderna toda industria y toda capacidad de producción son "esenciales". Ninguna nación pequeña puede, posiblemente,

esperar mantener una industria diversificada sobre una base de no-provecho. La mejor solución es la de una alianza política con Estados vecinos de modo que se obtenga la organización de sus recursos económicos sobre la base de bastarse a sí mismos y satisfacer sus propias necesidades.

Pero volvamos a esos proyectos económicos que son realmente provechosos y que realmente contribuyen al desarrollo económico de una nación. ¿Es posible determinar cuáles son las características que harían deseable un proyecto de esa índole, considerado desde el punto de vista americano establecido en el "punto cuatro" del plan de ayuda? Dejando a un lado los proyectos que económicamente están destinados a no producir rendimientos, seguramente deben existir numerosos posibles desarrollos económicos que puedan llevar a una elevación del estándar de vida individual en algunas de las sociedades menos favorecidas.

Creo que la solución se encuentra en la delimitación de cuáles son los objetivos finales del programa y los planes similares de desarrollo económico que gozan de la cooperación y ayuda americana. Su objetivo no es primordialmente el de crear industrias ni tampoco el de aumentar meramente las rentas nacionales. Su propósito es el de elevar el estándar de vida individual.

Fundamentalmente hay dos medios diferentes por los cuales el individuo puede alcanzar un alto estándar de vida. El primero reside en una más favorable distribución de la riqueza real de la nación. El segundo es el de aumentar la producción de los bienes de riqueza, lo que, a su vez, se refleja en una entrada neta mayor para cada individuo, aun cuando la parte proporcional del total que le corresponda permanezca inalterada.

El primero de estos dos métodos para elevar o mejorar el estándar de vida individual es visto como algo atractivo y de obtención inmediata por muchas personas. En efecto, es tan atractivo que es la base de la filosofía política y económica no sólo de los comunistas y los socialistas sino también de muchos sinceros demócratas liberales que creen en el "estado de prosperidad" en nuestra misma sociedad. No cabe la menor duda de que en muchas culturas una distribución más equitativa de

la riqueza debiera haberse producido. Nadie que haya visto, como me ha ocurrido a mí, cómo seres humanos comían al estilo de los caballos el indigesto grano caído en el suelo frente a la casa de un hombre cuyas rentas anuales ascendían a más de cuarenta millones de pesos, puede poner en duda esa necesidad. Pero sospecho que la mera reforma de la proporción en las participaciones no es ni una solución completa ni tampoco tan completamente deseable. Baso este juicio sobre dos factores. Ni aun en el país más rico que exista hay riqueza suficiente como para proveer a todas las personas del estándar de vida que consideramos deseable. Eso no se lograría ni aun dividiendo por partes iguales dicha riqueza total entre todos los miembros de esa sociedad. Y la división del capital productivo en muy pequeñas porciones controladas individualmente, lleva casi inevitablemente a métodos de producción ineficientes.

Una división de la riqueza total de una sociedad en partes iguales parece ser, a la observación superficial, lo más equitativo y democrático. Naturalmente, en la realidad, es simple insensatez. Inmediatamente se produciría una nueva concentración de la riqueza, ya sea por la formación de fortunas privadas como ocurre en los sistemas capitalistas, ya por el establecimiento de cooperativas o bien por el desarrollo de la propiedad gubernamental. México y algunas partes de China han realizado experimentos subdividiendo grandes posesiones individuales y redistribuyéndolas a los campesinos en pequeñas parcelas. En todos los casos el mal éxito acompañó a las tentativas. Tales pequeñas parcelas de tierra no permiten la aplicación de métodos de producción en larga escala. Para cualquier estudiante de los métodos de cultivo en estrechas franjas utilizados en el Medio Este, método que se aplica desde hace siglos, desde los tiempos bíblicos, y que ha llegado al extremo de que algunas veces un individuo será el dueño nada más que de una parte de la producción de un solo árbol de un bosquecillo, para ese estudioso, digo, el fracaso de un sistema basado en la continuada subdivisión de la tierra aparecería como inevitable. En el campo de la industria son también igualmente aparentes los desastrosos resultados de la excesiva división

del capital productivo. Las características esenciales de la producción en masa son la especialización de las operaciones y la aplicación de la fuerza a la técnica de la producción. Es evidente que, a no ser que exista una concentración del capital productivo y a no ser que se fabrique gran cantidad de unidades similares, no sería posible ni la especialización de las operaciones ni el uso de la fuerza en gran escala.

El segundo de los dos métodos fundamentales para elevar las entradas netas de un individuo —a través del aumento de la productividad de la sociedad de modo que, aunque la proporción que le corresponda no varíe, la suma total sea mayor— es un método tan viejo como la historia.

El método tradicional fué simplemente el de la agresión militar. La nación más poderosa o arrogante o ambiciosa conquistaba a su vecina, dividía los despojos, rebajaba el estándar de vida del pueblo vencido, y, paralelamente, elevaba el estándar de vida del pueblo vencedor. Por supuesto, también había pérdidas. Algunas eran debidas a la destrucción que acompaña a la guerra, otras se debían a la poco equitativa distribución de los despojos y otras correspondían a la productividad disminuída del pueblo esclavizado. Sin embargo, la constante esperanza de la obtención de una ganancia neta fué la que llevó a los pueblos a embarcarse en empresas tan trágicas y amorales. Cuando un individuo hacía la guerra contra la sociedad se la llamó piratería, mientras que cuando se trataba de la guerra de una nación contra otra se la denominó conquista.

El crecimiento de los imperios modernos y de los carteles internacionales difiere muy poco, en substancia, de las guerras cruentas. Las armas usadas en dichos casos son políticas y económicas, pero se basan esencialmente en el concepto de aumentar los propios ingresos dañando o disminuyendo los del vecino. Tales incrementos en la productividad de una nación no tendrán ninguna relación con los planes de desarrollo económico bajo el plan del "punto cuatro". Es seguro que los Estados Unidos no se prestarán a llevar adelante un proyecto de tal clase ni ayudarán tampoco a las naciones que persistan en una política tan amoral y villana.

Creemos que hay un método mejor para aumentar la productividad de una nación, y, por tal medio, elevar el estándar individual de vida. Creemos que ese aumento puede lograrse por medio de técnicas perfeccionadas y gracias a la aplicación de energía no humana. Examinemos primero esta última posibilidad.

Las sociedades primitivas dependían nada más que de la energía del hombre, o, en casos excepcionales, de la energía provista por un limitado número de animales domesticados. Existían algunas pocas máquinas primitivas —la palanca, el plano inclinado, la cuña, la rueda y el eje, la polea— máquinas que permitían una relativamente más eficiente aplicación de la energía que ejerciendo nada más que la fuerza bruta. También hubo intentos primitivos para utilizar el poder del agua obteniendo la energía potencial de las caídas de masas de agua entre dos niveles diferentes de la corriente. Pero, esencialmente, la sociedad dependía de la energía humana. Para aumentar la riqueza de una nación el pueblo engendraría más niños, partiéndose del supuesto de que mayor número de manos harían más trabajo y de que más hombres podrían trabajar el suelo con más intensidad y se obtendrían, por lo tanto, mayores cosechas. Hasta cierto punto esto era verdad, sin duda, y los mayores beneficios eran realmente un mayor beneficio neto, puesto que habían sido capaces de aplicar una técnica mejor. Pero la sociedad que intentó continuar aplicando este método por largo período de tiempo, llegó a un desastroso círculo de super-intensivo cultivo del suelo. Se necesitaban más manos para el trabajo, de ahí la necesidad de que nacieran más niños para ser forzados al trabajo. Pero con las manos para trabajar llegaron también las bocas nuevas que había que alimentar, y se llegó así a tener que subdividir las tierras más y más para ser también trabajadas cada vez más intensamente. China y ciertas otras partes de Asia dependientes del cultivo del arroz son la última respuesta que da ese tipo de política. Una familia china constituida por un término medio de cinco personas, que además debe ayudar a alimentar a los habitantes de las ciudades, debe obtener sus alimentos de una superficie de tierra cultivable de menos de una hectárea; en

el Japón la superficie de tierra que le corresponde es menos de dos tercios de hectárea. Para trabajar la tierra con intensidad suficiente como para elevar su producción, se necesitan más manos, deben nacer más niños, hay que alimentar más bocas y el círculo vicioso se hace cada vez más estrecho.

Ninguna de las naciones que ha seguido esta política ha logrado jamás elevar sus entradas netas o elevar materialmente su estándar de vida. Entre los economistas para quienes es familiar el contacto con las tierras inagotables y las riquezas de países tales como el Canadá, la Argentina y los Estados Unidos, está de moda el decir que no hay límite teórico para la capacidad de producción de alimentos en el mundo. Pero para aquellos que conocen íntimamente los países del Lejano Este, dependientes en su economía del cultivo del arroz, tal afirmación parece una imaginativa super-simplificación. En buena parte del oriente la agricultura ha alcanzado, realmente, la etapa hidropónica, es decir, de cultivos en medios líquidos con fertilizantes. Los productos son cultivados en fertilizadores producidos sintéticamente y mantenidos en suspensión en solución acuosa. El suelo que existe realmente es apenas poco mayor que el tanque que contiene esos elementos. Sin embargo ninguna nación en Oriente ha sido capaz de elevar su estándar de vida a no ser que fuese adoptada por una sociedad industrial y por el sometimiento del vapor y la energía hidro-eléctrica al dominio del hombre. Gracias a la energía las manos del hombre son multiplicadas diez, cien, mil veces, mientras que su boca consume solamente una fracción más de lo que el primitivo campesino. Esta es una ganancia neta que permite una elevación real en el estándar de vida.

Por lo tanto, debemos buscar la aplicación de la energía y la adopción de nuevas técnicas para aumentar la productividad total, es imperativo que cada nación que planea intentar este programa de desarrollo estudie cuidadosamente cuáles son los procesos de una producción aumentada. La riqueza nacional proviene, fundamentalmente, de dos orígenes —la producción agrícola y la producción industrial— y no de los varios servicios domésticos que tienen por objeto satisfacer las necesidades del pueblo, ni tampoco de las pequeñas indus-

trias caseras que no producen sino para un mercado local. ¿Cuáles son los elementos esenciales de estas dos fuentes principales de producción?

La producción agrícola depende de cinco elementos. El primero es la tierra, incluyendo su fertilidad, ya sea ésta natural o provista por medio de fertilizantes. La tierra puede ser propiedad del hombre que la trabaja, o pertenecer a un dueño ausente de la misma, o ser de una cooperativa, o bien del Estado. Representa un capital. Agregada a la tierra debe haber agua, ya proveniente de lluvias, ya provista por irrigación artificial. Se necesita la semilla. Debe haber herramientas, que representan, comúnmente, alguna forma de energía, ya mecánica, ya animal. También debe existir trabajo diestro, o sea el hombre que realmente labra la tierra. Es evidente que en los primeros cuatro de estos elementos la educación no puede hacer sino poco más que preparar la mente del pueblo para que acepte los nuevos y mejorados métodos. Puede producir un clima socialmente favorable para una mejor política de producción. Pero en cuanto al último de los cinco, o sea el trabajador diestro, la educación puede hacer muchísimo.

Ni los instrumentos perfeccionados, ni un método científico, ni un plan para aumentar la producción tendrán ni una partícula de influencia hasta que el hombre que labora las tierras haya sido informado, convencido, y haya adoptado realmente las prácticas perfeccionadas. Las semillas híbridas serán rechazadas y se usarán en cambio las viejas semillas de bajo rendimiento; las maquinarias agrícolas adquiridas por cooperativas quedarán sin ser usadas o serán destruidas rápidamente por el abuso de ellas; los planes de rotación de cultivos y los proyectos de conservación del suelo serán abandonados, a no ser que el agricultor que debe poner todo eso en acción haya sido reeducado.

Hay muchas maneras de hacer esto: por medio de misiones educacionales que van de un lugar a otro, como en México; gracias a programas de educación rural, como el Movimiento de Educación de las Masas del doctor James Yen, en China; por la acción de las cooperativas y de la educación de los adultos,

como en las *Volks Hoch Schule* de Dinamarca; por medio de estaciones experimentales, como en Piricaba en el Brasil; o por medio de las agencias locales de agricultura, como ocurre en el Medio Oeste de los Estados Unidos. Pero, si la producción debe aumentarse, hay que reeducar al agricultor. Este es un desafío a la educación. Y éste es el punto en que debe atacar cualquier nación que espere aumentar su producción agrícola a través de un plan económico de desarrollo, plan ayudado por el programa del "punto cuarto".

La producción industrial también depende de cinco elementos. El primero es el capital, ya sea en forma de dinero o bien bajo la forma de propiedades reales, tales como planta industrial, herramientas y depósito de materiales. Este capital puede provenir de fuentes privadas, de corporaciones por acciones o de fondos gubernamentales. Pero cualquiera sea el sistema económico o político, el capital es esencial. Debe existir una fuente de materias primas, incluyendo una fuente de energía, ya se halle en el país o bien tenga acceso directo al mismo. Se necesitan medios de transporte, tanto de las fuentes como hacia los mercados. Es necesario que exista una jefatura, o sea el elemento indispensable de administración y de dirección técnica, al cual frecuentemente se le da por descontado o se lo mira muy por encima por personas que no han tenido larga e íntima experiencia en las complejas exigencias de la competitiva industria moderna. Y, finalmente, debe existir una fuente de trabajadores adiestrados. Una vez más, los primeros tres elementos son de tipo tal que no tienen otra conexión directa con la educación sino la de formar un marco social receptivo para las reformas técnicas y sociológicas. Pero en cuanto a los dos últimos, la administración y el trabajo, la educación puede aportar una contribución real, y tal vez la mayor.

La educación para la dirección procederá en nuestro complejo mundo moderno, de las universidades. Pero el cuerpo de científicos, administradores, técnicos y economistas que se graduarán en estas instituciones servirá solamente como la materia prima y no será el producto acabado que la industria exige. La dirección industrial puede desarrollarse únicamen-

te por medio de larga experiencia. Es relativamente fácil construir una fábrica con la ayuda contratada fuera del país, comenzar la operación de la misma contando con el núcleo de un equipo de técnicos foráneos e ir tomando gradualmente la dirección completa de la planta utilizando para ello personal que se ha adiestrado localmente. De cualquier manera esto debe hacerse. Pero es una debilidad fatal el creer que esto puede hacerse rápidamente. He visitado docenas de plantas instaladas en cuatro continentes y he visto fábricas modernas operando a pérdida, las maquinarias deteriorándose lentamente, el margen de provecho que se había establecido por una dirección eficiente, anulado, y la industria degenerando lentamente en un pasivo que debe ser sostenido por subsidios provenientes de los impuestos, o bien abandonado.

Hay dos grandes errores que cometen frecuentemente las naciones que se hallan en proceso de desarrollo económico al subestimar las exigencias de la dirección. El primero es el no alcanzar a comprender que la industria moderna exige especialización real. Ya no basta con emplear a un ingeniero, ni siquiera a un ingeniero electricista. Debe tratarse, por ejemplo, de un especialista en un tipo particular de motores eléctricos. Y puede tratarse de un ingeniero proyectista, o de producción, o de mantenimiento. Ninguna universidad puede enseñar estas habilidades hasta el nivel exigido por una industria competitiva. Es práctica que debe adquirirse por medio de larga experiencia y aprendizaje en una industria en marcha eficiente y después que el candidato haya completado su práctica teórica básica.

El segundo error es pensar que una nación puede estimar ajustadamente la futura demanda de técnicos y entonces producir exactamente el número y la variedad de personal necesario. Este es el corazón del sistema francés. Intenta investigar las necesidades sobre la base de las demandas existentes y entonces prescribe rígidamente el exacto adiestramiento que cada estudiante deberá recibir. El proceso educacional es reducido a una serie de vallas que deben ser pasadas, obstáculos ideados para eliminar a todos los que excedan el número de graduados requeridos, que se presume son de la me-

jor calidad debido a su exitosa resistencia al proceso eliminatorio. No es éste ni el momento ni el lugar para intentar establecer los méritos del sistema educacional francés considerado como un todo, pero no cabe duda de que no está ideado para producir la cantidad, el tipo y la orientación que impone la dirección de la industria moderna.

Las grandes industrias americanas, británicas —y en grado menor la japonesa y la alemana— durante el período de la preguerra, estaban basadas en la preparación de técnicos en número mucho mayor que el requerido por un previsible futuro inmediato. Solamente entonces pudo ser promovida allí la aguda demanda de mejoramiento de procesos y la enorme cantidad de investigadores e ingenieros requerida por una industria vivaz y competitiva. En general se reconoce, actualmente, por ejemplo, que el fracaso asombroso de Alemania para mantener su posición de supremacía en el campo de la fisión atómica durante la guerra, se debió no a inherente carencia de capacidad del pueblo, sino simplemente al hecho de que no había en el país el número necesario de científicos para trabajar en ello y que, bajo la presión de la guerra, otros proyectos de investigación parecían ser más apremiantes. Las demandas insatiabiles de la industria moderna pueden ser destacadas a través de un episodio que ocurrió a comienzos de 1942, en un momento en que el desarrollo de las campañas militares parecía ser muy crítico para los Estados Unidos y los aliados. En ese momento crítico, el peligro más serio que corrían los Estados Unidos, según opinión de los consejeros del presidente, no era la amenaza militar sino el hecho de que no había en el país más de mil ochocientos científicos en el campo de la física. Este número hubiera causado vértigos en muchas sociedades, pero era críticamente bajo para una cultura industrial compleja.

El desarrollo de un cuerpo de trabajadores adiestrados destinados al cumplimiento de los proyectos industriales involucrados en cualquier plan de desarrollo económico, es muy amplio en objetivos pero muy simple teóricamente. Hay dos funciones esenciales diferentes de las en que la educación puede prestar su ayuda. La primera es la de la preparación y mejora-

miento de las habilidades técnicas. La segunda es la de la movilización de un segmento de la sociedad que, normalmente, se considera improductivo.

Dos son los métodos ampliamente utilizados en todos los planes de educación para ejercitar en habilidades técnicas. Todo programa de ejercitación es, en último análisis, una composición de estos dos elementos, mezclados en diversas proporciones y modificados ligeramente para adecuarse a cada caso individual. Ellos son: el método de práctica formal en talleres, clases de estudio y laboratorios de las escuelas; y el método de práctica de aprendizaje en las industrias mismas. La mayoría de los países, aun los menos desarrollados, tienen algún sistema organizado para ejercitación técnica en las escuelas. Desgraciadamente, muchos de esos sistemas son copias serviles de las escuelas técnicas que sirvieron adecuadamente las necesidades de las industrias existentes en Alemania o en Francia, pero que son demasiado limitados y demasiado rígidos para satisfacer las exigencias de una industria que se está desarrollando rápidamente en un país poco desarrollado. Por suerte ahora existe un prototipo de una escuela mucho mejor —para decirlo con más exactitud, una escuela combinada con aprendizaje— y que ha llenado brillantemente las necesidades de la industria diversificada y en rápido crecimiento del Brasil. Esta es el SENAI, o Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial.

El SENAI fué creado en 1942 y construyó su primera escuela al año siguiente, acompañando, por lo tanto, en forma paralela, el crecimiento explosivo de la industria brasileña producido durante la Segunda Guerra Mundial. En los siete años que han transcurrido desde entonces, esas escuelas suman noventa y seis y podemos decir que están entre las mejores, por su equipo de personal y local, entre las escuelas técnicas del mundo. Están administradas por siete consejos compuestos, en las siete regiones industriales del país, por representantes de la industria y del gobierno designados desde los campos de la educación, el trabajo y la industria. Estas siete regiones industriales son casi completamente autónomas; se mantienen ligadas entre sí de una manera muy suelta por medio de una oficina central nacional, con sede en Río de Janeiro, oficina encabe-

zada por el doctor Faria Goes, el que, aunque es un empleado federal perteneciente al personal civil, es empleado y pagado como ciudadano privado. Cada región establece sus propios planes y sus propios programas — los que pueden diferir de escuela a escuela y los que pueden ser cambiados en cualquier momento en que la industria local exija nuevo tipo de habilidades. El equipo de esas escuelas no sólo es moderno, sino, además, exactamente el mismo que se utiliza corrientemente en las industrias locales. El grado de perfeccionamiento que se exige de los estudiantes está establecido por la industria local — que será el mercado donde ellos podrán desarrollar sus habilidades. Los estudiantes trabajan la mitad del tiempo en las fábricas y estudian en las escuelas la otra mitad. Se encuentran bajo la disciplina del taller respectivo y son pagados por la fábrica por todo el día de trabajo, ya estén en la escuela o en la fábrica. Se realizan todos los esfuerzos necesarios para desenvolver un sentimiento de prestigio, a la vez que el reconocimiento de un estado, hacia los trabajadores manuales hábiles, y el programa va mucho más allá del simple adiestramiento en habilidades técnicas, pues intenta orientar a los estudiantes con respecto a las demandas sociales de una sociedad industrial. El programa es financiado, en su totalidad, con un impuesto del 1 % sobre los sueldos, establecido por ley nacional, pero cobrado localmente y administrado por los consejos industriales de cada región.

La segunda función en que la educación puede servir bien al propósito de proveer de adecuado número de trabajadores adiestrados, es la de movilizar a los segmentos no productivos de la población. Muchas regiones del mundo cuentan todavía con poblaciones nómades, cuyos modos de vida no permiten ni la industrialización ni siquiera formas intensivas de agricultura establecida o fija. Si la educación puede estabilizar a estas tribus vagabundas — como ha sido hecho brillantemente con las tribus del Khizistan, en el sur de Persia, tribus que ahora están empleadas en trabajos de la Anglo-Iranian Oil Company — la productividad nacional aumentaría enormemente sin que la población hubiera también aumentado. De igual manera, si la educación prepara al público para que acepte el empleo de las

mujeres en la industria productiva, y prepara también a los individuos para satisfacer las demandas industriales, también se aumentaría enormemente la productividad de una nación del mismo modo que antes, es decir, aumentando el número de manos productoras sin aumentar paralelamente el de bocas que consumen. En muchos países latinos, y en casi todos los países islámicos, la inmensa mayoría de la población femenina ha quedado confinada, en el pasado, a las tareas agrícolas, a las pequeñas industrias caseras o a una o dos profesiones aceptadas socialmente, como lo es la enseñanza. Turquía, después de la revolución de 1923 y bajo la dirección de Kemal Ataturk, ha demostrado que una sociedad puede cambiar tales costumbres básicas en el término de una generación.

Brevemente creo que debo mencionar un hecho obvio pero frecuentemente olvidado. El programa del "punto cuatro" y todos los otros programas cooperativos para el desarrollo económico de los países industrialmente retrasados, que tienen posibilidad de recibir ayuda desde los Estados Unidos, son y serán, inevitablemente, aventuras cooperativas. Los Estados Unidos no tienen —y creo que con seguridad tampoco lo harían si los tuviesen— capitales suficientes o técnicos bastantes para resolver esos problemas por sí solos. Muchos de los planes que se están haciendo sobre la base de que los Estados Unidos proveerán los fondos en forma ilimitada serán seguramente rechazados, o cortados drásticamente. La suma de dinero que se considera puede disponerse ahora —y estoy hablando de la suma máxima que podría ser autorizada por el más benevolente de los Congresos del país— es mucho menor de la que sería necesaria para realizar todo el trabajo en un solo importante país de Latino-América o del Medio Este. Cuando este dinero se distribuya entre todas las naciones peticionantes se verá que cada proyecto individual recibirá una relativamente modesta suma.

Teniendo en cuenta esto es evidente que cualquier programa exitoso tendrá que ser primordialmente iniciado en la nación peticionante. La ayuda americana servirá meramente como estímulo, como la levadura en la masa. Si esta suma de dinero no está destinada a malgastarse, los proyectos en que

se invierta deben ser realmente cooperativos en el sentido de que están unidos directamente al desarrollo económico de la nación. La ayuda técnica americana debe centrarse con precisión en tales proyectos, puesto que está destinada a provocar un aumento demostrable de la producción. En mi opinión, sería una política desastrosa de cortos alcances, por ejemplo, destinar dichos fondos al desarrollo de un programa contra el analfabetismo, o en reformas idealísticas de la escuela secundaria clásica partiendo de la base de que tales adelantos sociales producirían, por sí mismos, y como resultado final, un aumento en el estándar de vida.

Pero si el dinero se destina y se gasta para ayudar al desarrollo de programas concretos iniciados localmente, el efecto será mucho mayor, en mi opinión, que el de levantar solamente el estándar de vida. Demostrará que los esfuerzos cooperativos entre las naciones pueden ser llevados adelante y que, de esta manera, se dará a miles de ciudadanos que participarían en tales programas una experiencia práctica en este esfuerzo cooperativo internacional. El futuro de nuestra civilización —y no solamente el estándar de vida— depende de que este resultado sea alcanzado exitosamente.

Conferencia pronunciada en el Colegio Libre, el 13 de setiembre de 1949.



# La Escuela Rural Patagónica

por EMILIO HERACLIO LUNA

Visión panorámica de la Patagonia. — El habitante. — El niño patagónico. — El latifundio. — El comerciante. — Las tareas del campo. — La escuela frente a los problemas. — El maestro. — Soluciones.

Hablar de la escuela rural sin trazar, por lo menos rápidamente, el panorama que puede apreciarse más allá del valle del Río Negro, sería subestimar un factor importante, y nos llevaría a una apreciación ligera de las cosas.

Y pretender hablar de la escuela rural de esa región argentina tomando como elementos los aspectos eminentemente escolares, sin profundizar lo relativo a las condiciones de la vida y las circunstancias económicas de la población, sería carecer de honestidad, soslayar realidades que nos urgen con toda la fuerza de los hechos probados.

El Río Negro con su clima benigno, sobre todo en el valle inferior, muy poco diferente del clima del litoral, es algo así como un oasis de despedida para quien va internándose hacia el sur. Comienza en seguida la estepa patagónica, de clima continental y suelo arenoso, castigada por la erosión y los vientos: el paisaje está constituido ahora por largas extensiones de gramíneas, vegetación espinosa y arbustos empequeñecidos por la sed, pues las lluvias sólo alcanzan por año una altura de cincuenta a cien milímetros. Cerca de la costa atlántica, costa ciclónica por lo general, aparece alguna que otra laguna salada y son frecuentes también las cuencas sin salida, como la del Valcheta, por ejemplo, que se ahoga en las arenas. Las

napas acuíferas se encuentran a gran profundidad, circunstancia que determinó, en la búsqueda desesperada de agua potable, el hallazgo de yacimientos petrolíferos en Comodoro Rivadavia.

Sólo se altera la monotonía casi desolada a medida que nos internamos hacia el oeste, donde el agua se encuentra a menor profundidad y las primeras ondulaciones nos indican que nos acercamos a la Precordillera y finalmente a la Cordillera misma, después de un largo viaje en el que han desfilado ante nuestra vista muchas pequeñas estaciones, reductos donde el hombre —el jefe de estación o el peón de la misma— poseen a pesar de todo una quintita cultivada con amor y sacrificio. Las hondonadas y vallecitos constituyen las tierras escogidas de esa región y se han formado gracias a los ríos Limay, Chico y Chubut, lo mismo que más al sur, ya en Santa Cruz y Tierra del Fuego, los ríos Deseado, Gallegos y Santa Cruz contribuyen a fertilizar esas regiones.

No voy a referirme por cierto al sur argentino de la propaganda turística, a la región angosta y egoísta de los bosques australes, porque sobre ella y sus escuelas ya conocen demasiado, como plácido recuerdo, los veraneantes despreocupados y risueños. Quiero hablar de la Patagonia ignorada deliberadamente en su trágica existencia, de la escuela perdida en rincones que los mapas a veces ocultan, en medio de los vientos constantes y periódicos, en la verdadera región ciclónica.

Veamos, por empezar, las características del habitante de las regiones sureñas. El hombre de campo es, por lo general, el indígena; el tehuelche de elevada estatura, y el araucano, descendiente de la famosa tribu de Caupolicán; abunda también el mestizo. El habitante blanco es, por lo general, salvo contadas excepciones, el hombre que fué llevado ciegamente por la posibilidad de enriquecerse y estableció allí las llamadas casas de acopio de frutos del país, o también los que obtuvieron tierras mediante concesiones oficiales y contando con mano de obra ultrabarata, que fué y sigue siendo el arma secreta donde apuntalan su omnipotencia feudal las grandes compañías europeas que poseen toda una red de estancias en los territorios del sur.

Es así cómo los comerciantes de la Patagonia, unidos a los fuertes estancieros, son una parte integrante de una formación económica que lógicamente se transforma en manifestación social.

Las tierras que mejores perspectivas ofrecen o que están situadas a lo largo de valles y hondonadas, los campos pastoriles, han sido concedidos en usufructo, en propiedad algunas veces, a compañías que se han transformado en dueñas y señoras de la región y son los verdaderos amos de los indígenas y de todos los humildes a quienes utilizan, no como peones asalariados, sino como siervos medievales.

Por lo general se les asignan sueldos míseros que nunca llegan a cobrar en efectivo, porque deben comprar lo que necesitan en las proveedurías y almacenes de las mismas estancias que, por supuesto, les cobran el doble o el triple del valor real de los productos. Claro que estas grandes compañías y estancias tienen sus gastos, que ellos creen generosos; por ejemplo, el hecho de permitir que dentro de sus dominios el peón construya su choza, donde se hacinan en una existencia vegetativa los hijos y la mujer, junto a todos los animales domésticos.

Como las tareas rurales son allí periódicas, no a todos los peones les está permitido vivir dentro del campo de la estancia: únicamente pueden hacerlo aquellos a quienes los señores necesitan todo el año, vale decir, los que están a mano para todo trabajo sin reparar en horarios ni en descansos personales. El resto de la población vive un poco más allá de los límites "intocables" del gran o los grandes señores, lo que equivale a afirmar que las tierras fértiles son un privilegio de esa minoría oligárquica a la que no es posible, desde ningún punto de vista, atribuir un papel progresista.

Veamos entonces en qué condiciones vive el resto de la población indígena. Con un llamado permiso precario de ocupación, o con el simple calificativo oficial de intrusos, el grueso de los habitantes debe resignarse a ocupar tierras que por ahora nada tienen de aprovechables. Posiblemente las estadísticas del Cuarto Censo General de la Nación arrojen cifras capaces de hacer creer a los desprevenidos habitantes del litoral que

los pobres indios y mestizos, que los desafortunados blancos de la Patagonia poseen tierras suficientes como para dedicarse a actividades útiles y provechosas.

Pero durante nuestro recorrido pudimos comprobar que las quince, veinte o veinticinco hectáreas que suelen ocupar son en su mayoría otras tantas hectáreas de pedreras y profundos arenales en uno de cuyos ángulos está la choza que ocupa el dueño con su familia. En el fondo del ranchito descubrimos grupos de niños semidesnudos —sea cual fuere la temperatura—, envueltos en humo y ceniza, ansiosos de un pedazo de pan y mirando con desconfianza y temor al recién llegado, mientras sus padres contestan con monosílabos a las preguntas que se les formulan. De esos ranchitos salen todas las mañanas, rumbo a la escuela, montando un enjuto caballo o recorriendo a pie las distancias, grupos de niños que concurren obligados por las autoridades. El director y los maestros contemplan el espectáculo regresivo de esos hogares que surgen en el arenal, entre cerros áridos y pedregosos, donde el indígena apenas si puede criar algunas cabras, y por excepción una que otra oveja; poco o nada le queda para la siembra, en los casos en que siente predisposición para ello.

Es así cómo la escuelita, ubicada en medio de esa árida pobreza, se encadena también al triste sistema. A veces cuesta creer en la ingenuidad o en la ignorancia de quienes debieran comprenderlo.

El indígena que no puede vivir con sus cabras o sus pocas ovejas, tiene que dedicarse a la caza de animales cuyas pieles vende al comerciante, quien ha sistematizado el subterfugio y el engaño como la manera más fácil de cumplir el objeto que lo llevó a la Patagonia.

Todos los años abre un pequeño crédito de comestibles al poblador que cuenta con la fianza de algunas ovejas: pero ocurre que al indígena se le exige el doble o el triple de los precios ya extorsivos que se cobran a las personas consideradas distinguidas o civilizadas. El paisano entrega los cueros de sus animales y de los que consigue cazar, pero jamás se le abona con dinero, sino que se le acredita en la cuenta a precios míñsculos, engañándosele, por lo común, en el valor y el peso.

Cuando se halla presente en el instante de la operación algún maestro o autoridad escolar, el comerciante insiste en atenderlo inmediatamente para dejar el campo libre para sus procedimientos. El resultado es que antes de finalizado el año queda cubierto el crédito del paisano y el comerciante tiene las redes tendidas para quedarse con los pocos animales de aquél. A partir de ese momento, los hijos, que ya concurrían desnutridos a la escuela, lo hacen ahora desesperados y hambrientos, dispuestos a ingerir cualquier cosa que tenga apariencia de alimento. Esa es la realidad.

Se dirá que el poblador podría vender sus cueros y pieles a quien le ofreciera mejores precios, y adquirir los artículos de primera necesidad de la misma manera. Pero, ¿quién sino el comerciante o el fuerte estanciero posee un camión en aquellas regiones? ¿Quién transporta los productos?

Así están distribuidos los resortes de la vida en ese pedazo de Argentina y así presionan las "fuerzas vivas" sobre la escuela, porque lo hacen sobre el niño. Por otra parte, el latifundio está sustrayendo a un mejoramiento intensivo lo mejor de las tierras patagónicas, en beneficio de las castas concesionarias o propietarias.

Viejos maestros de la Patagonia cuentan que cuando recorrían, no hace muchos años, aquellos valles y estepas con sus escuelitas ambulantes, fueron varias veces testigos de que no siempre se recurrió a la maniobra para despojar al indio, sino que, a veces, los que osaban resistir el abuso pagaban con su vida la decisión de conservar su tierra. Sobre los cimientos de esa tragedia se han montado las grandes compañías monopolistas que poseen hoy las estancias y las vidas de nuestro sur. Los niños que concurren a la escuela son muchas veces hijos de paisanos a quienes detenía el comisario, con el visto bueno del mayordomo o el comerciante, para hacerles construir forzosamente los caminos que los señores precisaban para su desenvolvimiento. Se da también el caso del peón que no sabe cuánto gana, que desde hace quince o veinte años trabaja en un establecimiento y "cada vez que quiere arreglar cuentas encuentra al patroncito ocupado".

Las escuelas tienen que luchar, en primer término, con el ausentismo, cuyo índice elocuente nos lo dan los promedios mensuales y anuales de asistencia. La ley de Educación Común faculta a los directores para usar de la fuerza pública en caso de que los padres se nieguen o se muestren remisos a enviar a sus hijos a la escuela.

Ello es lógico y necesario cuando la resistencia está determinada simplemente por obstinación o con el fin de explotar al menor. Pero cuando se trata de niños hambrientos y desnutridos, cuando la inasistencia responde a causas de tal gravedad, no es posible atenerse rígidamente a la ley escrita. De nada valen las leyes, si no se determinan antes las condiciones materiales que hagan posible su ejercicio.

Hay muchos niños que concurren a la escuela atraídos más que todo por la perspectiva del insuficiente comedor escolar que, con partidas exiguas, no es más que un paliativo, adecuado para que no se recurra a las propias fuerzas. Además, esos niños tienen hambre durante todo el año, pero los comedores escolares funcionan solamente durante los meses de clase, es decir, de setiembre a mayo. Agréguese el hecho de las grandes distancias de los radios escolares.

Los territorios de Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, tienen 788.141 kms. cuadrados con 268.000 habitantes. La población se concentra en la costa atlántica y en la zona forestal de la cordillera; el centro de los territorios, así como la precordillera, nos ofrece el espectáculo pavoroso de la despoblación. Por más equidistante que la escuela quiera establecerse, siempre dista leguas de los hogares de los niños, quienes tienen que atravesar ríos, subir lomas, desafiar arenales, recorriendo cinco, seis, hasta diez kilómetros para llegar, a veces ateridos de frío, otras castigados por el huracán, hasta la escuela que los espera también vacilante, con sus paredes de barro, su piso de tierra y muchas veces su techo agujereado.

Al llegar con más deseos de dormir que de escuchar, los niños empiezan a disputarse los bancos o los sectores de tablón que hacen las veces de asientos.

Entonces, sobre un pizarrón que a veces existe, y otras no,

y en este caso hay que dibujar sobre la pared, empieza el desarrollo de las clases, es decir, de las lecciones que corresponden a los mismos programas y a la misma amplitud y orientación didáctica que los establecidos para la Capital Federal. Quería destacar ese hecho simplemente. Es posible que no se haya considerado decoroso el redactar programas de enseñanza específicamente destinados a niños desnutridos, soñolientos y semidesnudos.

Apenas responden los niños a las preguntas que se les formulan, y arrancarles una sonrisa es tarea de titanes. A veces terminan por dormirse en la clase. Juegan muy poco durante los recreos y jamás se observa en ellos esa alegría espontánea tan propia de la edad.

Difícilmente el maestro logra un promedio eficiente de asimilación, pues a los elementos anteriores debemos agregar el hecho de que casi nunca han visto un pueblo, un tren, un barco, ni siquiera una revista, salvo los casos en que les es regalada por el maestro.

A ello agreguemos las dificultades para conseguir con qué dar cumplimiento a los programas oficiales.

Los niños, por regla general, resultan perezosos, pero esto no puede extrañarnos por una circunstancia fundamental: las tareas del campo patagónico son eminentemente periódicas; el niño se acostumbra a ver trabajar a sus padres, en el sentido más aceptable del vocablo, durante las épocas de las señaladas y las esquilas, únicamente. Como tarea que consideran anexa habría que agregar algún cultivo de verduras. El resto del año, salvo uno u otro arreo, el paisano hace la vida del fogón.

De cada cincuenta alumnos que ingresan a primer grado, treinta llegan a primero superior; quince a segundo; diez a tercero; seis a cuarto; tres o cuatro a quinto; uno, dos o ninguno a sexto grado.

A menudo es necesario recorrer largas distancias para instar a los padres a que envíen a sus hijos a la escuela. Narraré una experiencia personal:

Llegamos a un rancho, como tantas otras veces; nadie respondía a nuestro llamado, a no ser una jauría amenazante;

nos fuimos acercando lentamente. Desde la puerta pudimos observar a un grupo de niños, junto a su madre, alrededor de un fogón. Esta apenas respondió a nuestro saludo, mirándonos con mal disimulada desconfianza. Comenzó a contestar, como de costumbre, con monosílabos. Mientras tanto, destacándose del grupo de sus hermanitos, una niña de diez años se había acercado al fogón y cubría, como si lo hiciera distraídamente, un tarrito colocado encima.

Observando con cuidado, a fin de no herir la dignidad de la niña, comprobamos que en el tarrito se cocinaban los alimentos de toda la familia. La niña sentía vergüenza de su cena, ante sus maestros.

Y nosotros, esgrimiendo el arma legal de la concurrencia obligatoria a clase, acabábamos de arrancarle a la madre la promesa de que los niños habrían de concurrir a la escuela, distante nueve kilómetros.

Otras veces, al llegar a una choza en busca de alumnos, el maestro suele encontrarse con que en el fondo del rancho, entre unos cueros, yace un niño devorado por la fiebre. Los familiares miran al maestro como esperándolo todo de él. Este, que no dispone de los conocimientos ni de los medios para tratar al enfermo, suele intentar remedios improvisados, que a veces surten efecto y otras, las más, son ineficaces. En este último caso, y de no mediar la coincidencia de una de las rápidas giras que, una o dos veces al año, realizan médicos oficiales, el niño muere sin asistencia médica. Los pueblos están muy distantes los unos de los otros y quien tiene un medio de transporte domina y subyuga al resto de la población.

Hay que destacar que la escuela no ofrece el confort necesario para que la salud del niño esté protegida, mientras permanece en el aula.

Se han establecido alrededor de algunas escuelas las llamadas aldeas escolares, es decir, pequeñas agrupaciones de viviendas cerca de la escuela, a fin de salvar el inconveniente de las grandes distancias.

Pero ¿qué medios de vida o qué posibilidades de trabajo y de superación tienen estas aldeas? Absolutamente ninguno.

¿Cómo pretender entonces que los programas monstruosos sean cumplidos por la escuela rural patagónica?

La escuela puede ser reflejo de actividades útiles; la escuela del trabajo es la que al fin ha de imponerse; entendiendo por escuela del trabajo aquella que vaya demostrando cómo el hombre, en la lucha por adaptar los elementos naturales a sus necesidades, va contribuyendo a enriquecer sus propias facultades.

Hablemos ahora del joven maestro un tanto inexperto, del litoral o de las ciudades, que al ser designado en la zona rural de la Patagonia, al iniciar su carrera, debió trasladarse lejos de su hogar, y llegó a la escuela, a caballo, o en carro de bueyes, o en camión. Es decir, debió adaptarse a todas las dificultades desde el primer instante.

Si le ha tocado no lograr pensión, el propio maestro debe construir su rancho o pagar para que se lo construyan. Cuando el comerciante o el estanciero, este último muy raras veces, otorgan pensión al maestro, le cobran precios que consumen su sueldo.

El maestro no tiene más remedio que someterse, salvo que decida ponerse en pugna con todos.

Observa el trato que se da a los peones, pero si reacciona o hace algún comentario en defensa del peón, se le va aislando. Si quiere reaccionar en defensa de su magra economía, corre el riesgo de quedar desprovisto de todo lo necesario, aparte de que, en el caso de una enfermedad, nadie se ocuparía de él. Por otra parte, los únicos que pueden traerle desde el pueblo una carta de los suyos, un diario, una revista, son justamente aquellos que lo esquilman. Muchas veces se lo presiona al maestro para incitarlo a que juegue.

Para desarrollar las clases se carece por completo de elementos ilustrativos. No hay en esa región un folklore musical, como ocurre en el norte, de manera que el maestro tiene que ingeniárselas para que los niños canten.

Si el inspector de escuelas, que concurre a lo sumo una vez

al año, necesita datos sobre la escuela y el maestro, se los pide al comerciante o al estanciero.

Lo más doloroso para el maestro es no poder prestar la ayuda que le piden los paisanos y gente humilde en general en los casos de enfermedad. La Escuela Normal no nos ha dotado de conocimientos suficientes para realizar una curación, y allí se carece de los elementos más rudimentarios.

Frente a esos problemas y a esas dificultades, es necesario recordar que el sueldo inicial de los maestros es de 300 pesos; y que maestros con veinte años de servicios en el sur, apenas si perciben 450 pesos mensuales.

El educador cuyos hijos deben cursar estudios secundarios tiene que separarse de ellos, con el consiguiente desequilibrio económico.

Es necesario que la Patagonia cuente con fuentes de trabajo.

Para que la escuela esté rodeada o vinculada a ambientes de trabajo deben crearse lavaderos y desmotadoras de lana, con la ventaja consiguiente de los menores fletes por el menor peso.

Al hombre no lo elevaremos solamente con escuelas hogares; para preparar futuros siervos de las estancias no necesitamos escuelas hogares.

Las aldeas escolares deben ser suplantadas por cooperativas agrícolas, lo que supone el aprovechamiento de las tierras con una irrigación adecuada, todo lo cual es incompatible con el latifundio actual.

Es necesario que, con criterio orgánico, se vayan construyendo las defensas forestales contra los vientos.

Pero no olvidemos que no se puede contemplar a la vez intereses anárquicos y realizar una obra de beneficio común.

Por otra parte, las maderas de las cordillera, aptas para la fabricación de muebles y de papel, están ofreciendo también una solución.

Los ricos yacimientos de petróleo con que cuentan muchas regiones patagónicas deben transformarse, cuanto antes, en fuentes de progreso y de trabajo, semilla para grandes pueblos y ciudades, nudos de una red de caminos y carreteras.

Digamos también, en homenaje a la verdad, que la no concesión de los derechos políticos a los territorios, no obedece al olvido ni a la casualidad. Ello no es más que un reflejo de los intereses de una oligarquía semifeudal, para la cual el sufragio sería una concesión demasiado peligrosa e inquietante.

A veces los niños preguntan en las clases de instrucción cívica por qué no se vota en los territorios. Claro que para responderles es un poco difícil hacerles comprender que los territorios argentinos, sobre todo los del sur, todavía están esperando el soplo de los hombres de Mayo.

Conferencia pronunciada en la filial Rosario del Colegio Libre de Estudios Superiores, el 9 de setiembre de 1948.



# El Instituto Actuarial Argentino

## I

El 16 de octubre del año 1949 quedó fundado el Instituto Actuarial Argentino. Esa fecha no fué determinada por circunstancias accidentales debidas, sencillamente, al azar, Fué cuidadosamente elegida. Es que ese día se cumplían 30 años de la fundación del Instituto Argentino de Actuarios, desaparecido hace algún tiempo y cuya continuidad desea representar la nueva Institución.

Pero, al evocar los ya lejanos días de 1919, los que, después de haber actuado en aquella fecha, hemos sobrevivido hasta los actuales agitados momentos, no podemos menos de sentir una honda satisfacción al ver cómo ha cambiado el ambiente; cuánto ha progresado, entre nosotros, la profesión actuarial.

En 1919 nuestra Facultad de Ciencias Económicas —muy joven aún— no había creado la carrera de actuario. Ejercían la profesión en el país algunos técnicos extranjeros —sin título habilitante los más de ellos— y algunos estudiosos argentinos que, sobre la base del curso de matemáticas financieras y actuariales del segundo año de contadores de la Facultad, habían levantado, por cuenta propia, otro edificio de más vastas proporciones, cuya solidez dependía, sobre todo, de las luces personales y de la contracción al trabajo de cada cual.

Los fundadores del Instituto eran, apenas, siete y, de ellos, cinco extranjeros: Guillermo A. Tappen, ingeniero alemán que desempeñaba funciones de actuario en la extinguida compañía de seguros "La Previsora"; Luis Caffarini, sub-actuario de la misma empresa, formado en la vida al lado de aquél; el Dr. Hugo Broggi —que entre nosotros no requiere presentación— actuario de "El Comercio", diplomado en Alemania y autor de uno de los pocos buenos libros de cálculo actuarial existentes a la sazón; René Level —procedente, como Tappen, del campo de la ingeniería cuyos estudios había cursado en su país natal, Francia, y ex-actuario de "La Positiva"—compañía hoy, también, desaparecida—, y, por fin, Walter Rutsche, actuario alemán compañero de estudios del Dr. Broggi, y que tuvo a su cargo la jefatura de la sección vida en "La Germano Argentina" —otra compañía de seguros que ya no existe. Profe-

sionales argentinos no había sino dos: el Dr. Argentino Acerboni recientemente graduado en Ciencias Económicas con una tesis brillantísima, y que, a poco de obtener su título, fué nombrado actuario de "La Inmobiliaria", y el que estas líneas traza, que actuaba, entonces, como actuario asesor de "La Germano Argentina".

Algún tiempo después —en julio de 1922, para mayor precisión— se incorporaban al Instituto tres jóvenes profesionales argentinos. Dos de ellos eran: Antonio Arbelaiz y Alberto Guerizoli, que se habían iniciado como auxiliares de Tappen en "La Previsora" y que pasaron, por fin, el primero, a reemplazar al propio Tappen en sus funciones, el segundo a desempeñar el cargo de Inspector de Justicia. El otro joven —de breve y brillante paso por la profesión— era el malogrado Benjamín Harriague, actuario de "La Anglo Argentina" y "La Continental".

## II

El Instituto creó una publicación, los "Anales"; pero, por falta de medios materiales y de colaboración sólo llegó a publicar tres números, muy espaciados en el tiempo.

Muchas gentes se preguntaban: ¿qué es un actuario? La falta de difusión de los principios básicos del seguro y la costumbre de llamar así a ciertos funcionarios judiciales tendía a acentuar la confusión... En la conferencia que, inaugurando la labor cultural del Instituto dió, en la Facultad de Ciencias Económicas el 18 de mayo de 1920, su primer presidente, Sr. Tappen, se esforzó por disipar todo equívoco y puntualizar las funciones del actuario. Hoy esos esfuerzos serían innecesarios. A pesar de que, todavía, quedan algunos pseudo-técnicos —muy pocos, por fortuna— que hablan con desdén de los titulados actuarios, el ambiente está hecho, y, desde mucho antes de que se dictase el estatuto profesional —2 de marzo de 1945—, las gentes discretas y razonables saben lo que es y lo que significa nuestro título, y la garantía moral que representa la firma de un actuario al pie de un informe o de un balance técnico.

Y cuando, el día trece de octubre último, se reunió la Asamblea Constituyente del nuevo Instituto Actuarial, estaban presentes cuarenta y cuatro diplomados, la inmensa mayoría de ellos argentinos.

## III

¿Cómo se realizó el milagro? Como todos los milagros, a fuerza de voluntad. Cuando, en 1926, se reformó el plan de Estudios de la Facultad de Ciencias Económicas se previó en él la implantación de la carrera actuarial y se crearon las materias básicas indispensables.

Muchos creyeron que se trataba sólo de una aspiración digna de

ser tomada en cuenta cuando las circunstancias lo permitieran. Pero las circunstancias lo permitieron en seguida. En marzo de 1929 se iniciaban los estudios con un plantel de ocho aspirantes, todos ellos calificadísimos intelectualmente, y algunos de los cuales desempeñaban —o habían desempeñado— funciones técnicas. Eran ellos: Antonio Arbelaiz, José Barral Souto, José Botti, Alberto Guerizoli, Benjamín Harriague, Angel M. E. Pícoli, Daniel Rivera y José Yocca.

Los profesores —el Dr. Argentino Acerboni y el autor de estas líneas— no tenían, ni podían tener, por supuesto, el título que ostentarían más tarde sus alumnos. Sólo podían repetir con el Dante:

“Vagliami il lungo studio e il grande amore”

No por jactancia —la vanidad, ridícula siempre, lo sería doblemente a mi edad— sino como indicación de la seriedad con que se encaraban los nuevos estudios, quiero señalar un hecho. El programa de Biometría preparado por mí en 1929 coincidía, en su parte especial, no sólo en las líneas generales sino también en el orden de presentación de los distintos temas, con el índice del libro que publicó tres años más tarde, en 1932, René Risser: *Applications de la Statistique a la Demographie et a la Biologie*, formando parte del tratado de Cálculo de las Probabilidades dirigido por Emilio Borel. Naturalmente, Risser no conocía mi programa; se trataba de una mera coincidencia, pero muy significativa.

#### IV

Nuestro Instituto tiene un nombre distinto del que ostentaba su predecesor. ¿Por qué esa diferencia si hemos querido —y ya se ha visto cómo— subrayar la vinculación entre ambos? Porque, aparte de las condiciones del ambiente que quedan apuntadas, han cambiado muchas otras cosas.

Al adquirir, entre nosotros, jerarquía universitaria la profesión, al crecer el número de los diplomados, y al extenderse, paralelamente, su campo de acción, se ha hecho necesario rodear a los nuevos profesionales de ciertas garantías. Llegó, así, la creación del Consejo Profesional de Ciencias Económicas —ya señalada— que reservó, para aquellos que llenaban ciertos requisitos, el ejercicio de la profesión: de la profesión liberal, se sobreentiende, es decir, sin relación de dependencia. Quedan, por lo tanto, fuera de la jurisdicción y de las reglamentaciones del Consejo las actividades que se realicen a sueldo, como empleado —o funcionario, si se prefiere—, sin más responsabilidad que la que tiene todo hombre de cuidar su buena fama y no comprometerla en aventuras poco limpias y de dudoso final.

El nuevo Instituto, en presencia de estos hechos, no podía ser —como lo era su antecesor— una entidad a la vez científica y gremial. Tenía que prescindir de esta última característica y limitarse a encarar los pro-

blemas que se le presentasen bajo una faz exclusivamente técnica, aun cuando su origen fuese, en realidad, profesional.

Por ello se ha modificado el nombre. En realidad, el cambio no sugiere por sí solo ningún cambio de rumbo. Pero marca un corte y suscita una explicación.

Si se hubiera querido mantener el nuevo instituto dentro del campo de acción del primero, no habrían podido formar parte de él sino aquellos actuarios legalmente autorizados para ejercer la profesión. Al prescindir de la faz gremial, tienen cabida en sus filas todos aquellos hombres de estudio que han acreditado, en nuestros medios, sobresaliente capacidad. Nuestro Instituto toma, así, un carácter netamente académico. Sabido es que, en todo el orbe, el ejercicio de una profesión liberal es menos libre de lo que la palabra sugiere. Los profesionales de un país no pueden ejercer su profesión en otro sin antes someterse a un riguroso examen de reválida. Un médico francés, por eminente que sea, no puede firmar una receta en Portugal. En cambio, puede ser miembro de una academia lusitana y honrarla con su colaboración.

En nuestro instituto tienen asiento, pues, junto a los profesionales argentinos, aquellos hombres de estudio —nacionales y extranjeros— que, no reuniendo condiciones legales para el ejercicio de la profesión, pueden contribuir, no obstante, a elevar su nivel.

Diré de paso que, según mi leal saber y entender —éste es un criterio estrictamente personal— tal distinción está destinada a tener una vida relativamente breve. Considérense los cambios que se han producido entre 1919 y nuestros días. Del mismo modo —pienso yo— dentro de otros treinta años, antes quizás, todos los miembros del Instituto serán actuarios diplomados. Salvo, tal vez, algún hombre demasiado eminente cuya misma extraordinaria capacidad le impida ser encasillado en una sola y única profesión. Mas, para esos hombres, hay en todas las sociedades científicas del mundo un puesto de honor. A eso responde, precisamente, la creación de la categoría de los miembros honorarios.

Pero nos ocupamos del presente, no del futuro. Y el menos indicado para hablar de ese futuro soy, acaso, yo —porque no he de llegar a verlo.

## V

Pero si no del futuro puedo hablar del pasado. Para que se comprenda bien lo que el primitivo instituto se proponía —hoy realizado ya por el Consejo Profesional— podemos volver los ojos a los lejanos días —hace ya más de un siglo— en que surgió el Instituto de los Actuarios de Londres, abuelo, más que padre, de todos los institutos actuariales habidos y por haber.

Como toda profesión nueva, la de actuario se iniciaba sin diplomas ni certificados de estudios. En casos como éste la clásica duda atrapa-

bobos, ¿quién fué primero, el huevo o la gallina?, se resuelve, sin esfuerzo, en favor de la preexistencia de la gallina: los huevos vienen después.

Pues bien, en el primer número del Assurance Magazine —primitivo nombre del actual Journal del Instituto— página 115, se proyecta una ley que reglamente el ejercicio de la profesión de actuario en Gran Bretaña e Irlanda. Y en el preámbulo se dice —en sustancia— que, “como muchas personas han contratado rentas o seguros sobre la vida, y como los intereses en juego son considerables, y lo serán más a medida que el tiempo pase, se hace necesario, para la debida protección del público, que los principios científicos, doctrinas, reglas, métodos y cálculos —sobre los cuales pueden llevarse a cabo tales transacciones— deben ser establecidos, hechos y llevados a término por personas a quienes, en lo sucesivo, se reconozca como hábiles, experimentadas y competentes para ello”. Y, a continuación, se dan los nombres de las personas que “hasta la fecha” y, según los fundadores del instituto, poseen tal capacidad. El detalle de la subsiguiente reglamentación carece, por supuesto, de interés.

El Instituto, gracias al saber, a la habilidad y a la honestidad profesional de sus componentes adquirió pronto el prestigio que todos le reconocemos. Pero en aquellos remotos días su actitud tenía algo de desafío. Es que no se trataba sólo de una asociación de profesionales que reclamaba un lugar al sol. Era, en el fondo, una ciencia nueva que, como Minerva, surgía a la vida armada de punta en blanco. Y lo mejor de su armadura lo constituía, precisamente, el grupo de hombres que la respaldaba.

## VI

Y, ahora, formulemos nosotros la pregunta que se hacían muchas personas en 1919. ¿Qué es un actuario? Si nos atenemos a un criterio exclusivamente materialista y utilitario, hallamos una pronta respuesta con sólo recurrir al estatuto profesional.

El artículo 13, inciso C, nos informa que actuario es el profesional autorizado —exclusivamente autorizado— para suscribir:

1º — Todo informe que las compañías de seguros, capitalización, ahorro, crédito recíproco y sociedades mutuales elevan a sus asociados o terceros, a la Superintendencia de Seguros, Inspección de Justicia u otra repartición pública, y siempre que se relacionen con el cálculo de tarifas, planes de seguro, de beneficios o subsidios y reservas técnicas de dichas entidades.

2º — El dictamen sobre las reservas que esas mismas compañías y sociedades deberán publicar junto con su balance y cuadro de rendimientos anuales.

3º — Todo informe que sea indispensable en juicios en que se venti-

len cuestiones técnicas relacionadas con la estadística y el cálculo de las probabilidades en su aplicación al seguro, a la capitalización o a las operaciones autofinanciadas (crédito recíproco).

Pero eso no basta. Nos interesa saber, además, qué responsabilidades —aparte de ejercer honorablemente su profesión— corresponden al actuario, y cómo y cuándo nació esa palabra que llama la atención a no pocas personas.

En cuanto a lo primero, me complace poder citar unas expresivas palabras, escritas no hace mucho por un eminente hombre de ciencia italiano, el Dr. Francesco Cantelli que es, por añadidura, un competetísimo actuario. “Sostengo —dice Cantelli— que el actuario no debe abandonarse a un mero empirismo. Es la persona más indicada para desarrollar la técnica actuarial y encaminarla hacia fines prácticos. No hay por qué clasificar a los hombres que integran el departamento actuarial en prácticos y teóricos; sería lo mismo que admitir que puede haber hombres prácticos que desconocen la teoría, al lado de otros que la conocen”.

Por lo que hace al segundo punto, tenemos la fortuna de que muchos otros hayan tenido, antes, la misma preocupación, y esa circunstancia nos permite llegar —sin demasiado esfuerzo— hasta el origen.

La palabra actuario llegó a nosotros desde Inglaterra, pero proviene del latín, y, según los que dominan estas cuestiones —entre otros los lexicógrafos Freund y Forcellini— el vocablo *actuarius* se usaba, al principio, como adjetivo y significaba rápido, veloz.

“*Actuariae naves*”, se decía, por naves veloces, en contraposición a las “*onerariae naves*”, lentas, pesadas.

Más tarde se llamó *actuarius*, sustantivando la palabra, al funcionario del Senado que —valiéndose de un método cuya invención se atribuye a Tirón, secretario y esclavo de Cicerón —tomaba taquigráficamente notas, de lo resuelto en el Senado Romano, y las publicaba, luego. De ahí a identificar al actuario con el que redactaba las actas y daba fe de los hechos ocurridos ante él, no había más que un paso. Y esa acepción es la que llegó primero hasta nosotros y prevaleció hasta ya bien entrado este siglo.

El Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, publicado en 1887, registra, para actuario, dos acepciones: escribano, y oficial romano que puede compararse a nuestros ayudantes. En cambio, la Enciclopedia Espasa, publicada unos veinte años después, trae ya la acepción moderna —poco divulgada aún, en esos días—: “Especialista que se dedica a aplicar los cálculos matemáticos a los seguros sobre la vida, y, en general, a toda clase de asuntos financieros”.

Podrá pensarse que eso ocurre en España porque a ella ha llegado más tarde la nueva ciencia. Pero en los diccionarios ingleses —si bien con la natural diferencia de tiempo— hallamos las mismas características. Johnson —que necesariamente ignora la moderna acepción de la palabra, pues su diccionario sale a luz en 1755— dice que actuario es el encargado

de compilar las actas de una corte de justicia. Y Webster, en 1828, da dos acepciones: la primera concuerda, en lo esencial, con la de Johnson: la segunda trata de aproximarse al sentido que le damos nosotros. "Actuario es —señala— el manager de una empresa de seguros sobre la vida".

Tratando de explicar cómo del funcionario encargado de dar fe de los hechos pasados ante él y de registrarlos, después, debidamente se llegó al especialista en matemáticas aplicadas a los seguros sobre la vida y operaciones conexas, Thomas E. Young, que presidió el Instituto de los Actuarios de Londres, desde 1896 hasta 1898, hace las siguientes consideraciones: "Creo razonable suponer que ese nombre se juzgó apropiado para el compilador de las actas de un alto cuerpo eclesiástico, tomando por modelo lo que se hacía en el Senado de Roma. Y lo probable es que, siguiendo la misma norma, la vieja compañía de seguros Amicable diese el nombre de actuario al encargado de llevar los diversos registros de la empresa".

Estamos, ya, como vulgarmente se dice, al cabo de la calle.

No en la vieja Amicable, sino en la más moderna Equitable entró, en 1774, como ayudante del actuario un joven llamado William Morgan. Recordémoslo, porque es el primero que usó tal título vinculándolo a la profesión. En efecto, pocos meses después de haber sido contratado Morgan, moría el actuario titular. Notemos, de paso, que este actuario —se llamaba John Edwards— era, más bien, un secretario contador. Merced a las gestiones del Dr. Richard Price —que gozaba de merecido prestigio ante las autoridades de la compañía— Morgan fué nombrado actuario en propiedad, y desempeñó el cargo hasta 1830, durante 56 años consecutivos.

Influído por el Dr. Price —que era su tío— el nuevo actuario se consagró al estudio de las matemáticas, e hizo primar sus preocupaciones de técnico sobre las tareas meramente administrativas y contables. Y, como resultado de sus estudios dejó una estimable producción, entre la que merece destacarse su libro *The Doctrine of Annuities and Assurances*, impreso en 1779.

Y así tomó carta de ciudadanía, en el campo de la ciencia, la palabra actuario, tras un largo y accidentado viaje desde las orillas del Tíber a las del Támesis.

## VII

Quedaría incompleta esta reseña si no se mencionara —aunque sólo sea de pasada— cuándo y cómo fué reconocida por los poderes públicos la nueva profesión.

Por supuesto, ya desde principios del siglo XVIII, hombres de ciencia—y de ingenio— siguiendo la senda abierta en las postrimerías del siglo anterior por John de Witt y Edmond Halley, habían sentado las bases científicas del seguro de vida, creando, a la par, la necesidad de que

las empresas comerciales se ajustaran a ellas. Bastaría mencionar los nombres de Abraham de Moivre, Thomas Simpson, James Dodson y Richard Price, para no citar sino a los antecesores más próximos de William Morgan. Sin embargo, las autoridades no se habían dado aún por oficialmente enteradas.

Pero, 1819, la ley relativa a las Friendly Societies —sociedades de socorros mutuos— incluye entre sus cláusulas la exigencia de que las tablas que regulaban los beneficios llevaran la firma de dos personas cuya profesión reconocida fuera la de actuario. Exigencia que se renueva al dictarse nuevas disposiciones en 1829 y 1846.

Firma de actuario requieren, también, los certificados que implican transferencias de depósitos en los Saving Banks —Bancos de Ahorro— según las leyes de 1824 y 1828.

Y la ley de 1840 —relativa a las Loan Societies —sociedades de préstamos— va más lejos. No admite que se adopten planes distintos de los fijados por la misma ley, a menos que lleven la firma del actuario oficial: el de la Deuda Nacional; cargo creado en 1821 y para el cual había sido designado John Finlaison.

La oficialización del título era un hecho.

En 1848 —por fin— se funda el Instituto de los Actuarios. Pesada y larga será, todavía, su labor. Pero lo más está hecho. Ya sólo se necesitan tres cosas: voluntad, voluntad y voluntad. El resto será dado por añadidura.

Confiemos en que, poniendo también una triple dosis de voluntad —sin descuidar, por supuesto, el estudio, como no lo descuidaron nuestros predecesores en Inglaterra— lograremos hacer de nuestro Instituto un fiel custodio del saber y de la dignidad profesionales.

José González Galé.

## Vida del Colegio

### MEMORIA CORRESPONDIENTE AL EJERCICIO 1948-1949

Como en 1947 y 1948, la labor del Colegio se vió entorpecida por la falta de local, lo que en parte fué salvado por el uso, también durante la noche, de las aulas y salón de la Sociedad Científica Argentina, que ha continuado prestándonos su valiosa colaboración. El Consejo Directivo que termina ahora su mandato deja preparado un plan para que lo estudie el Consejo que resulte electo, sobre compra o construcción de un local para el Colegio. Logrado eso, se podrán ampliar los servicios culturales, que incluirán sala de reunión y conversación, mesa de revistas, servicio de biblioteca, etc.

Las clases se dieron este año en las aulas de la Sociedad Científica Argentina, Santa Fe 1145, tanto las vespertinas como las nocturnas. En efecto, el Colegio inició este año una nueva experiencia: los cursos nocturnos de especialización para profesionales; y también dió, con horario nocturno, algunos cursos de índole similar a los vespertinos, pero que parecieron más adecuados para el nuevo horario.

El Colegio inauguró oficialmente los cursos de este año el viernes 25 de marzo, con un homenaje al filósofo cubano Enrique José Varona, en el centenario de su nacimiento. Roberto F. Giusti habló de Enrique José Varona, escritor; Francisco Romero de Varona, filósofo. Abrió el acto el Secretario, Luis Reissig, disertando sobre Colegio Libre, 1949.

Varios visitantes extranjeros ocuparon la cátedra del Colegio: el decano del Teachers College de la Universidad de Columbia, New York, Robert King Hall, dió una conferencia sobre Educación para el desarrollo económico; el maestro vienés, naturalizado argentino, Erich Kleiber explicó el argumento y el estilo de la ópera La Mujer sin Sombra; el escritor inglés John Lehmann pronunció una conferencia, en inglés, sobre El poeta en el mundo moderno; el medievalista italiano Angelo Monteverdi, profesor de la Universidad de Roma, dió una conferencia, en italiano, sobre Poesía europea y poesía árabe; el profesor español Federico de Onís, catedrático de la Universidad de Columbia, New York, dió tres conferencias, las dos primeras auspiciadas también por la revista Sur; los temas fueron: Unamuno íntimo; La originalidad de la literatura hispanoamericana; La

estructura estética del Quijote; el filólogo italiano Benvenuto Terracini, profesor de la Universidad de Turín, dió tres conferencias: Qué es una etimología; El concepto de libertad lingüística; La posición del italiano entre las lenguas romances. Esta última, en italiano, conjuntamente para la Asociación de Cultura Argentino-Italiana y el Colegio.

#### Introducción a las disciplinas culturales o humanísticas

Las cátedras Alejandro Korn, de Filosofía, Bartolomé Mitre, de Estudios Históricos y Juan María Gutiérrez, de Estudios Literarios, organizaron una serie de cursos de introducción al estudio de las humanidades, que se dieron regularmente durante el año, algunos divididos en dos períodos. El profesor Francisco Romero dió un curso de Introducción a la filosofía; el profesor Vicente Fatone un curso de Introducción a la lógica; el profesor José Luis Romero un curso de Introducción a la historia; el profesor Roberto F. Giusti un curso de Introducción a los estudios literarios: Examen de algunos aspectos de la expresión literaria; el profesor Gregorio Halperín un curso de Introducción a la literatura latina.

Además, el profesor Vicente Fatone expuso, en un curso que duró todo el año, La filosofía actual; el profesor José Luis Romero continuó su curso del año pasado sobre El espíritu de las culturas y de las épocas, que dedicó este año a la Edad Media; el profesor Gregorio Halperín dió la segunda parte de su curso de Latín para juristas, que inició el año pasado; el profesor Patrick O. Dudgeon dió un curso anual de Inglés superior para profesionales; por cuarta vez la profesora Sara Kurlat de Lajmanovich dió su curso anual de Inglés básico. El escritor Jorge Luis Borges dió cuatro cursitos de ocho a doce lecciones; el primero sobre Clásicos de las letras norteamericanas; el segundo sobre Escritores ingleses; el tercero sobre Grandes pensadores místicos; el cuarto sobre Los primeros filósofos griegos. El escritor Guillermo de Torre dió un cursito de cinco clases De la literatura desinteresada a la literatura comprometida. El escritor Ernesto Sábato dió un cursito Sobre el dinero, la inteligencia y la crisis de nuestro tiempo que cerró con una conferencia sobre La crisis de nuestro tiempo desde el punto de vista del arte y las letras. El profesor Abraham Rosenvasser dió cinco lecciones de Heródoto en Egipto. El profesor Bogumil Jasinowski dió tres clases de Prolegómenos para cualquier historia de la filosofía griega. El crítico de arte Julio E. Payró analizó a los Maestros de la pintura contemporánea en un curso que se desarrolló en dos períodos. El doctor Ernesto Epstein dió un cursito sobre Las transformaciones del estilo en la música.

#### Introducción a las disciplinas científicas

Con estos cursos se inició un ensayo tendiente a orientar a profesores de enseñanza secundaria y a estudiantes universitarios, aclarando los conocimientos fundamentales de cada materia e informándoles acerca de los recientes descubrimientos científicos dentro de cada especialidad. El profesor Manuel Sadosky dió dos cursos: el primero sobre Algunos

conceptos fundamentales de matemáticas; el segundo, Curso elemental de cálculo infinitesimal. Los profesores Ernesto E. Galloni y Jorge P. Staricco expusieron los Principios fundamentales de la física clásica; el profesor Heberto A. Puente dió Conceptos y leyes fundamentales de la química.

#### Especialización de conocimientos científicos y técnicos

También estos cursos constituyen una nueva experiencia del Colegio: los destinó a profesionales e investigadores en la ciencia y en la técnica. Los doctores Simón Altmann, Juan T. D'Alessio, Ernesto E. Galloni y Valdemar Kowalewski dieron un curso colectivo de Física para médicos y biólogos. El ingeniero Roque Guillermo Carranza trató de las Aplicaciones industriales de la estadística matemática. El doctor Eduardo De Robertis dió cuatro clases sobre Progresos de la microscopía electrónica en biología y en medicina. El doctor Virgilio G. Foglia dió un curso de diez clases sobre Fisiología de las glándulas de secreción interna. El doctor Alberto González Domínguez dió tres clases de Introducción a la cibernética. La doctora María Irene Johnson dió un cursito sobre Dificultades del habla en el niño. El doctor Guillermo Walter Klein dió un Curso teórico-práctico sobre el régimen fiscal argentino. El doctor Ernesto Krotoschin dió un Curso teórico-práctico de legislación del trabajo. El doctor Erwin Leuchter, un curso de Armonía funcional para profesionales. La doctora Telma Reca dió un curso de doce clases sobre Psicoterapia en la infancia. El ingeniero Jorge P. Staricco dió un curso de Introducción a la estadística metodológica. El doctor Jorge Thénon continuó su curso de Medicina psicosomática, dándole en parte el carácter de seminario sobre Los factores emotivos en las enfermedades viscerales. El señor Manuel Villegas López dió un cursito de cinco clases sobre Cine documental.

Además del homenaje a Varona con que se iniciaron los cursos, el Colegio dedicó varias de sus clases y conferencias a recordar a figuras del pensamiento universal: en el centenario de la muerte de Castelar, el profesor José A. Oría dió tres clases sobre Castelar y sus contemporáneos; en el bicentenario del nacimiento de Goethe, el doctor Marcos Victoria hizo una Lectura sobre "Ifigenia en Táuride" de Goethe; como homenaje a Montesquieu en el segundo centenario de la publicación de El espíritu de las leyes, la cátedra Alberdi, de Estudios Jurídicos, encomendó a la doctora Margarita Argúas una disertación con este tema: Comentario del capítulo III, libro XXIX, que trata de "Cómo las leyes que parecen alejadas de las vistas del legislador están, a menudo, conformes con ellas"; en el centenario de la muerte de Poe, el doctor José María Monner Sans dió tres clases sobre Edgar Allan Poe: algunos aspectos de su obra; en el bicentésimo quincuagésimo aniversario de la muerte de Racine, la profesora Simone Garma dió una conferencia, en francés, sobre Racine, poeta trágico; con ocasión de la muerte de Vossler,

Erwin F. Rubens dió dos conferencias sobre Lengua, poesía y cultura, según Vossler.

Se pronunciaron, además, las siguientes conferencias: La literatura fantástica, por Jorge Luis Borges; Los grandes versificadores castellanos, por Rosa Chacel; El inglés básico y la enseñanza del inglés, por Sara Kurlat de Lajmanovich; El "Hamlet" de Lawrence Olivier, por Victoria Ocampo; Apuntes de un viaje por Italia, dos conferencias, por Luis Reissig; Problemas de psiquiatría contemporánea, dos conferencias, por Gregorio Bermann; Relaciones sociales de la ciencia, por Cortés Pla.

Se dieron en total diecinueve (19) cursos de larga duración: diez de humanidades, cuatro de introducción a las disciplinas científicas y cinco de especialización de conocimientos científicos y técnicos; dieciocho (18) cursos de un máximo de doce clases: diez de humanidades, y ocho de especialización científica y técnica; y treinta y dos (32) conferencias.

Hemos de señalar que las clases estuvieron este año muy concurridas; ello ha de atribuirse, en parte, a la buena labor de los profesores, en parte, a que han desarrollado cursos de interés inmediato para los alumnos.

Hay que hacer notar que se ha duplicado el número de afiliados a la agrupación Amigos del Colegio. Paralelamente ha aumentado el tiraje de la revista Cursos y Conferencias, cuyo contenido también procuramos mejorar en la sección informativa. Ha salido regularmente el Boletín mensual.

Es menester destacar la labor de este año de la filial Rosario, que intensificó sus actividades: a las conferencias numerosas agregó la organización de un curso colectivo sobre Cuestiones actuales de medicina e higiene escolar, que estuvo a cargo de médicos rosarinos especializados en tales problemas. En conformidad con todo ello ha aumentado de manera notable el número de afiliados.

La filial Bahía Blanca, que el año próximo cumple diez años de sostenida actividad, destacó su labor de este año por la organización de dos ciclos de conferencias de elevado interés: uno de homenaje a Goethe; otro sobre Maestros de América.

Un organismo nuevo, vinculado al Colegio, se ha constituido en Azul por un núcleo de treinta y dos Amigos del Colegio. En la Biblioteca Popular brindan al pueblo azuleño periódicas reuniones culturales con profesores y conferenciantes del Colegio.

Todo esto nos confirma que es necesario acrecentar nuestros vínculos con el interior y que debemos planear esta labor para el año venidero.

## Informaciones

TRANSCRIBIMOS LAS SIGUIENTES INFORMACIONES:

LA PRENSA, 18 de febrero, Año del Libertador General San Martín, 1950.

EL MINISTERIO DE EDUCACION DIO A CONOCER EL CALENDARIO ESCOLAR.

Se fijan en el mismo fechas de iniciación y de fin de clases y los asuetos intermedios.

El Ministro de Educación informó anoche que se ha instituido el "calendario escolar", en el que se establecen, para facilitar la adecuación del trabajo del aula, cuántos y cuáles serán los días destinados a las celebraciones históricas, las fechas de iniciación y finalización del curso del corriente año, y la época en que se concederá asueto escolar. El calendario aprobado será anualmente actualizado, por una comisión especial constituida al efecto antes de la terminación del período lectivo del año precedente. El calendario aprobado involucra todos los ciclos y tipos de enseñanza dependientes del Ministerio de Educación, salvo caso especial en que expresamente se disponga una excepción a esa regla.

Las clases comenzarán el 13 de marzo y finalizarán el 18 de noviembre—

Se establece que el período lectivo se iniciará el 13 de marzo próximo y finalizará el 18 de noviembre, término de duración de las clases para todos los establecimientos de enseñanza dependientes del Ministerio de Educación, con excepción de las misiones monotécnicas y de extensión cultural y aquellos establecimientos que funcionan con un régimen especial.

El 13 de marzo, a las 8, desde la escuela Justicialista del barrio Los Perales, de esta capital, el ministro de educación declarará inaugurado el año lectivo de 1950. En tal oportunidad, todas las escuelas escucharán el Himno Nacional y la palabra del doctor Ivanissevich, que se transmitirán por radio.

Al iniciarse el curso, en cada turno, se realizará un breve acto inaugural en el que se ejecutará y cantará el Himno Nacional. El director o quien lo reemplace en sus funciones, dirigirá la palabra, diez minutos como máximo, para destacar la elevada función cultural y social de los

establecimientos de enseñanza, la necesidad de que los alumnos se comprometan de los deberes que contraen al incorporarse a las aulas, la obligación de los maestros de impartir no sólo la enseñanza de cada disciplina, sino de afirmar fervorosa y sistemáticamente la educación cívica y moral, en el principio justicialista que informa toda la Constitución Nacional y, finalmente, la conveniencia de que las casas de estudio cuenten con el apoyo decidido del hogar, sin cuya estrecha vinculación toda obra educativa es incompleta.

Además de los días festivos reconocidos en el calendario nacional y los que pudieren sancionarse por ley o por decreto del Poder Ejecutivo, serán de asueto el Sábado Santo, 14 de abril (Día de las Américas), 11 de septiembre (Día del Maestro), 21 de septiembre (Fiesta de la Juventud), 2 de noviembre (conmemoración de los fieles difuntos) y 10 de noviembre (Día de la Tradición).

Sin perjuicio de conmemorar los fastos establecidos en el calendario escolar, los establecimientos nacionales ubicados en provincias o territorios, acatarán los feriados y asuetos dispuestos por la autoridad competente de la respectiva localidad, dando cuenta de ello, en todos los casos, a la dirección general correspondiente.

#### En agosto habrá 10 días de vacaciones—

En vez de las vacaciones de invierno, que habitualmente eran concedidas después del 9 de julio, este año no habrá en ese mes interrupción de las tareas docentes, y sólo en agosto próximo se otorgarán a los alumnos varios días de asueto. El 11 de ese mes se realizarán clases alusivas al Día de la Reconquista y desde esa fecha hasta el 21 de agosto quedará interrumpido el período lectivo. En ese intermedio habrá como única obligación la concurrencia a los actos escolares del centenario de la muerte del Libertador, que se efectuarán en cada escuela el 16, o bien la asistencia el 17 a concentraciones de estudiantes.

#### Desinfección de locales escolares—

Durante el período de interrupción de las clases, en la época que se establece en el calendario escolar, las autoridades directivas de los establecimientos adoptarán las providencias necesarias para una conveniente higienización de los locales, sin perjuicio de disponer turnos de asueto para el personal administrativo y de servicio.

Cuando fallezca un miembro del personal del establecimiento, cualquiera sea su categoría, se suspenderán en el mismo todas las actividades, en señal de duelo, el día del sepelio. Si el fallecimiento se produjera en el local escolar, porque el causante tuviera en él su casa-habitación, la suspensión se hará efectiva desde el momento del fallecimiento.

#### Normas para izar y arriar la bandera—

Diariamente se efectuarán sendas ceremonias, en el momento de izar y de arriar el pabellón nacional, las que deberán efectuarse con sentido

recogimiento, al son de la Canción a la bandera de la ópera Aurora, cantada por todos los alumnos y el personal. Si la comodidad del local lo permite y la dirección lo juzga conveniente, podrá disponerse la formación de toda la escuela frente al mástil, acompañando la ceremonia con música, (Aurora, de preferencia), canciones o recitaciones especiales. En caso contrario, deberá anunciarse la iniciación y terminación del acto, que estará a cargo de una comisión de alumnos, por medio de toques de campana o trasmisión de música por amplificadores o cualquier otro método que lo difunda a todo el establecimiento. Durante el intervalo que así se señale, todas las personas que se encuentren en la escuela deberán permanecer de pie o detener la marcha y guardar absoluto silencio.

La Fiesta del Trabajo (1º de mayo) y el 12 de Octubre (Día de la Raza), como así los fastos patrios del 25 de Mayo, 20 de Junio, 9 de Julio y 17 de Agosto, se conmemorarán en el local de la escuela el día hábil anterior, en la forma solemne que se indica en el calendario escolar y serán realizados bajo los lemas y siguiendo los lineamientos generales establecidos en oportunidad de igual celebración durante el año 1949.

En la localidad donde funcione más de un establecimiento de enseñanza del mismo ciclo, las autoridades directivas dispondrán el intercambio de delegaciones estudiantiles presididas por un miembro del personal directivo o docente, a las que se les destinará lugar de preferencia.

Cuando en conmemoración de un día feriado se disponga la concurrencia del personal docente y alumnos de un establecimiento a concentraciones, desfiles o actos fuera del local escolar con asistencia obligatoria, la respectiva autoridad determinará si esa escuela tendrá asueto al día siguiente, en caso de ser hábil.

Los directores arbitrarán con tiempo las provisiones necesarias para que cada acto se lleve a cabo con todo el lucimiento que corresponda. Asimismo, cuando deban coordinar el acto de sus escuelas con una trasmisión radiofónica, cuidarán muy especialmente que la recepción se haga en forma perfecta. En los casos en que no se cuente con aparatos receptores o amplificadores propios, éstos se alquilarán o se solicitarán a la Asociación Cooperadora o a otras entidades o vecinos que los posean.

En cada escuela se organizará una comisión que tendrá a su cargo el normal funcionamiento de los equipos receptores y de amplificación. La Oficina de Radio Electricidad del Ministerio de Educación, avenida Alvear 1690 facilitará toda la información que se le requiera al respecto.

#### **Instrucciones a los directores de establecimientos—**

La resolución ministerial dispone más adelante, que queda confiada a la dirección de cada escuela la atención constante de las siguientes recomendaciones:

Al iniciarse las clases, todos los días, en el altar del Libertador San Martín, en cada escuela, se renovarán flores que colocarán los mejores alumnos; peligros del tránsito; conducta a observar en las calles, caminos y medios de transportes; señalamientos geográfico y vial; hitos, mo-

jones, señales para asegurar el tránsito en los caminos; ahorro. Uso racional de la energía; cuidado en el consumo del agua corriente, combustibles, electricidad, etcétera. Cada habitante del país debe servirse a sí mismo. "En la Argentina no hay sirvientes; hay empleados auxiliares"; urbanidad y cortesía; conducta a observar con los niños, ancianos y mujeres, en los lugares públicos y privados; conciencia de la forestación; plantación y cuidado de los árboles; cultivo y cuidado de las flores y jardines. Huertas familiares y escolares; conciencia de la utilidad de los animales y de la bondad con que debemos tratarlos; cuidado de las paredes y limpieza de las calles; conciencia marítima nacional y campaña de aprendizaje de la natación. Semana del mar.

Los directores y funcionarios tienen la obligación de solicitar de sus inmediatos inferiores, con la debida anticipación, copia de las palabras que habrán de pronunciar en los actos escolares, la que deberá quedar incorporada al archivo de la escuela.

Todos los actos escolares deberán estar revestidos de la sobriedad que conviene a su finalidad educativa. Serán breves y empezarán con estricta puntualidad. Cuando en oportunidad de la iniciación de un acto la autoridad que lo deba presidir no se encuentre presente a la hora señalada, el mismo comenzará inmediatamente, presidiéndolo el funcionario de mayor jerarquía que se halle en el lugar. El programa será exponente de la vida normal del establecimiento y no existirán ensayos o preparativos que afecten el normal desenvolvimiento de las actividades anteriores o posteriores a la fecha que se conmemora. En los casos de ser indispensables tales ensayos, los mismos podrán realizarse al margen del horario escolar.

Las direcciones de los establecimientos invitarán especialmente a los padres de los alumnos, ex alumnos, miembros de las asociaciones cooperadoras, autoridades y vecinos, con el objeto de mantener vinculada la escuela al medio en que desenvuelve sus actividades.

El personal directivo, docente y administrativo deberá concurrir con asistencia obligatoria a los actos que se realicen con exclusión de toda otra actividad. Será también obligatoria la asistencia a los actos que se programen en días festivos.

La concurrencia a los actos que se realicen sin suspensión de actividades será obligatoria para todo el personal que tenga asignadas tareas en horario que coincida con la realización del acto, excepto el personal administrativo.

Excepto los casos en que se trate de rendir homenaje al presidente de la Nación, las escuelas no participarán de otros homenajes personales sin previa autorización expresa de la dirección general respectiva.

Las fechas de inscripción y exámenes para el ingreso de los alumnos a los establecimientos de enseñanza secundaria, normal, especial y técnica, se fijarán por resolución especial a dictarse oportunamente.

## El Calendario Escolar de 1950—

Se dió a conocer también el calendario de fastos y conmemoraciones del corriente año, distribuidos en cada mes, con indicación de la característica del acto escolar celebratorio correspondiente, de lo que informamos más abajo y que está señalada en números romanos a continuación de cada asueto o fecha celebrada:

Enero: 1º, Imposición del nombre de Jesús; 6, Festividad de los Reyes Magos; 10, Fallecimiento de Fray Mamerto Esquiú (1883), IV; 18, Partida de la Expedición Libertadora a Chile (1817), IV; 19, Fallecimiento del teniente general Bartolomé Mitre (1906), IV; 31, Recuérdase a San Juan Bosco.

Febrero: 2, Primera Fundación de Buenos Aires (1535), IV; 3, Combate de San Lorenzo (1813), III; Batalla de Caseros (1852), IV; 9, Nacimiento del general Martín Güemes (1785), IV; 12, Batalla de Chacabuco (1817), III; 15, Nacimiento de Domingo Faustino Sarmiento (1811), IV; 20, Batalla de Salta (1813), IV; 25, Nacimiento del general don José de San Martín (1778). En las escuelas con período lectivo de verano debe haberse desarrollado el "motivo de trabajo" referente al general San Martín. Durante este día se realizará un concurso de composiciones sobre la personalidad del Libertador. En las escuelas de vacaciones útiles se realizará una concentración de homenaje al Libertador y de clausura de las actividades, II; 27, Comunicación dirigida al gobierno por el general Belgrano, informándole haber enarbolado por primera vez la Bandera Argentina (1812). En el aula debe haberse desarrollado el "motivo de trabajo" referente a Belgrano. Los alumnos de 3º a 6º grado de las escuelas con período lectivo de verano formulan "Promesa de Lealtad a la Bandera", II; 28, Fallecimiento del poeta y maestro Pedro B. Palacios (Almafuerte) (1917), IV.

Marzo: 1º, Día de la Recuperación Nacional, III; 3, Fallecimiento del Almirante Guillermo Brown (1857), IV; 3-4, Inscripción para los exámenes libres, escuelas primarias; 4, Fallecimiento del doctor Mariano Moreno (1811), IV; 6, Exámenes libres complementarios en escuelas primarias; 9, Recuérdase al Tambor de Tacuarí (1811), IV; 9-10-11, Inscripción en escuelas primarias con vacaciones de verano; 13, Iniciación del curso lectivo en los establecimientos con vacaciones de verano, II; Centenario de la muerte del general Juan Martín de Pueyrredón (1850), IV; 16, Día de la Constitución Justicialista, II; 17, Aniversario de la Toma de la isla de Martín García por el Almirante Brown (1814), IV.

Abril: 5, Batalla de Maipú (1818), III; 11, Fallecimiento del general Justo José de Urquiza (1870), IV; Día de las Américas, II; 23, Día del Idioma (en 6º grado de las escuelas primarias se dedicará la clase de lenguaje a Cervantes), IV; 25, Día del Escudo, III; 29, Día de la Paloma Mensajera (los palomares escolares realizarán sueltas simbólicas), III.

Mayo: 1º, Día de los Trabajadores, Fiesta del Trabajo, III; 6, Nuestra Señora de Luján (patrona de la escuela primaria), IV; 11, Día del

Himno (1813), III; 14, Independencia de la República del Paraguay (1811), IV; 18, Día de la Escarapela, III; 20, Independencia de la República de Cuba, IV; 25, Revolución de Mayo (1810). Con tiempo oportuno debe haberse desarrollado en las aulas de las escuelas primarias lo indicado por los programas sobre la Revolución de Mayo, I; Terminación del curso en las escuelas con vacaciones en invierno.

Junio: 3, Nacimiento del general Manuel Belgrano (1770), IV; 10, Día de la Cruz Roja Argentina, IV; 11, recuérdase la 2ª fundación de Buenos Aires (1580), IV; 15, Día del Libro, procúrese celebrar la fecha fundando bibliotecas o enriqueciendo las existentes, III; 17, fallecimiento del general Martín Güemes (1821), IV; 20, Día de la Bandera, en el aula debe haberse desarrollado el "motivo de trabajo" referente al general Belgrano; promesa de fidelidad a la Bandera (3º a 6º grado de las escuelas primarias), II; 26, nacimiento del general Bartolomé Mitre (1821), IV.

Julio: 1º, Día de la Cooperación, III; 4, Independencia de los EE. UU. de Norte América, IV; 5, Independencia de los EE. UU. de Venezuela, IV; 9, Independencia Argentina (1816), con tiempo oportuno debe haberse desarrollado en las aulas lo indicado por los programas sobre la Independencia, I; 17, Nacimiento del teniente general Julio A. Roca (1843), conquista del desierto, IV; 20, Independencia de la República de Colombia, IV; 27, Independencia de la República del Perú, IV.

Agosto: 6, Fallecimiento de Florentino Ameghino (1911), IV; Independencia de la República de Bolivia, IV; 10, Independencia de la República del Ecuador, IV; 12, Día de la Reconquista (1806), III; 14-15, Asueto escolar; 16, Acto en la escuela, dedicado al Libertador. En el aula debe haberse desarrollado en días anteriores el "motivo de trabajo" referente al general San Martín y el concurso de composiciones sobre la personalidad del prócer, I; 17, Día del Libertador (Primer centenario de su fallecimiento (1850). Concentraciones escolares, I; 18, Independencia de la República Dominicana, IV; 18-19, Asueto escolar; 21, Reiniciación de la actividad escolar; 23, Recuérdase el éxodo Jujeno (1812), IV; 25, Independencia de la República del Uruguay, IV; 28, Día de la Ancianidad (1948), IV; 28-29 y 31, Inscripción en las escuelas primarias de régimen especial; 29, Nacimiento de Juan Bautista Alberdi (1810) - Libro "Bases", IV; 30, Día Nacional de Acción de Gracias, Santa Rosa de Lima, Patrona de América, IV.

Septiembre: 1º, Iniciación del curso en las escuelas con vacaciones en invierno, III; 2, Fallecimiento de D. Bernardino Rivadavia (1845), IV; 5, Día del "Scout", IV; 7, Independencia de los EE. UU. del Brasil, IV; 11, Día del Maestro, Aniversario del fallecimiento de Domingo Faustino Sarmiento (1888), III; 15, Independencia de las repúblicas del Salvador, Costa Rica, Guatemala, Honduras y Nicaragua, IV; 16, Independencia de los EE. UU. de Méjico, IV; 18, Fallecimiento de D. José Manuel Estrada (1894), IV; Independencia de la República de Chile, IV; 21, Fiesta

de la Juventud, IV; 23, Nacimiento del Dr. Mariano Moreno (1778), IV; 24, Batalla de Tucumán (1812), IV; Fallecimiento de D. Ricardo Gutiérrez (1896), IV; 27, San José de Calasanz (Protector de las escuelas primarias y secundarias), IV.

Octubre: 5, Día del Camino, IV; 7, Día del Mutualismo, IV; Independencia de la República de Haití, IV; 12, Día de la Raza, III; 14, Día de la madre (con especial dedicación a doña Gregoria Matorras), II; 17, Día de la Lealtad Popular, III; 18, Nacimiento del General Urquiza (1801), IV; 21, Día del Seguro, III; Semana del Mar (con mención de los precursores de nuestra marina), III; 27, María Auxiliadora (Patrona del Agro Argentino), IV; 31, Día Universal del Ahorro, IV.

Noviembre: 1º, Día de los Muertos por la Patria, III; 2, Conmemoración de los fieles difuntos; 3, Independencia de la República de Panamá, IV; 6, Día de los Parques Nacionales, IV; 7, Batalla de Suipacha (1810), IV; 10, Día de la Tradición, II; 11, Día de la Paz (Pacto de San José de Flores-1859), IV; 14, Las Niñas de Ayohuma (1813), IV; 18, Fiesta de la Educación Física; Terminación del curso en las escuelas con vacaciones en verano, II; 20, Nacimiento de Doña Remedios Escalada de San Martín (1797), IV; Exámenes libres en escuelas primarias; 25, Recuérdase la acción heroica de Juan Pascual Pringles en Pescadores o Chancay (1820), IV; Fallecimiento de Nicolás Avellaneda (1885), IV.

Diciembre: 11, Día del Reservista, IV; 13, Día del Petróleo, IV; 25, Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; Fiesta del Santo Pesebre, II.

#### Carácter de las celebraciones escolares—

Los actos caracterizados en el calendario con el número romano I, son los que se realizarán con exclusión de toda otra actividad y su programa será el siguiente: izar la bandera; Himno Nacional, discurso alusivo por el director o docente designado, de 10 minutos de duración; palabras de un alumno de igual extensión de tiempo; recitados, coros, dramatizaciones, gimnasia o danzas; marcha del cancionero escolar, desconcentración. El acto durará a lo sumo 60 minutos. Si se realiza por la tarde, antes de desconcentrarse se arriará la bandera. En caso contrario, una comisión de docentes, padres y alumnos, a la caída del sol, arriará el pabellón.

Los actos señalados con el número II, se iniciarán con el Himno Nacional y luego hablará el director o un docente; después se desarrollará un programa de recitado, coro, dramatizaciones, gimnasia o danzas; marcha del cancionero escolar y desconcentración. La duración de la ceremonia será a lo sumo de 40 minutos, en día de clase y sin suspensión de las restantes actividades. Con preferencia se efectuarán en la última hora de clase de cada turno.

Los actos indicados con el número III, se limitarán a clases alusivas, a cargo de maestros o profesores de las asignaturas que guarden relación de afinidad con la conmemoración respectiva.

Las fechas señaladas con el número IV, serán recordadas mediante la colocación en lugar de tránsito y perfectamente visible, de una cartelera de efemérides, pizarra o vitrina para la realización de dibujos simbólicos y breves leyendas alusivas.

LA PRENSA, 21 de diciembre de 1949

LA PLATA

El Directorio de Explotación de Escuelas-Fábricas Quedará Constituido  
Hoy por la Mañana

En el despacho del subsecretario administrativo del Ministerio de Educación se realizará hoy, a las 11, el acto de constitución del directorio del departamento de Explotación de Escuelas-Fábricas, órgano creado en cumplimiento de los fines de la ley 5468, de escuelas-fábricas y cursos de capacitación y aprendizaje obrero.

El referido directorio es presidido por el subsecretario administrativo a perpetuidad y lo integran como vocales el jefe del Departamento de Escuelas-Fábricas y Escuelas Profesionales; el director general de suministros; representantes del Instituto Inversor y de la contaduría general de la provincia, y el gerente general del departamento.

El organismo a constituirse tendrá a su cargo la organización comercial y financiera de las escuelas-fábricas.

Una de estas escuelas ya se encuentra en funcionamiento a raíz de la reciente expropiación de una hilandería de Don Bosco, partido de Quilmes, dispuesta por el Poder Ejecutivo.

LA PRENSA, 21 de diciembre de 1949

LA PLATA

Serán Difundidas las Costumbres de Navidad

El Instituto de la Tradición, dependiente del Ministerio de Educación de la provincia, organiza una serie de actos con el propósito de difundir las costumbres de Navidad y especialmente en lo que se refiere al nacimiento de Jesús y a los antiguos villancicos que se cantan en homenaje al Señor y que fueron seleccionados de la tradición oral en las distintas regiones de nuestro país.

LA PRENSA, 17 de enero de 1950, Año del Libertador General San Martín  
CORDOBA

Córdoba, 16 — Con motivo de la promulgación de la ley sancionada recientemente por la Legislatura por la que se dona a la Fundación Ayuda Social "María Eva Duarte de Perón" una fracción de terreno de 70 hectáreas, de propiedad de la provincia, para la construcción de la ciudad universitaria, requerimos informaciones sobre el asunto al rector de la Universidad, doctor José M. Urrutia.

Expresó el doctor Urrutia que estaría a cargo de la Fundación

Ayuda Social la construcción de los pabellones para albergue de estudiantes y profesores, con sus correspondientes salas de estudios y de esparcimiento, bibliotecas, gimnasio, sala de conferencias, cine-teatro y piletas de natación, así como también los pabellones para becados, en número de quince, con capacidad para diez estudiantes cada uno, y los destinados a invitados especiales y a oficinas administrativas. El costo de dichas obras ha sido calculado en 70 millones de pesos, y ya han comenzado a realizarse los trabajos preparatorios.

El denominado centro técnico, esto es, las distintas facultades y escuelas de la Universidad, con sus correspondientes laboratorios, hospitales y centros de investigación, será construido por la Comisión Nacional de Construcciones Universitarias en un terreno de 800 hectáreas, contiguo al mencionado anteriormente.

Los trabajos respectivos aún no han comenzado, por cuanto hasta ahora no se ha dispuesto la expropiación del inmueble necesario. El costo total de estas obras no ha sido determinado con precisión. Se sabe, además, que la terminación de todas las construcciones demandará algunos años, si bien se calcula que una parte de las mismas estará concluida para dentro de tres o cuatro años.

**LA NACION, 17 de febrero de 1950, Año del Libertador General San Martín**  
**Ha sido creada la Fundación Enrique y Ricardo Finochietto**

Por un decreto del Poder Ejecutivo se le concedió la personería jurídica a la Fundación Enrique y Ricardo Finochietto, entidad que tiene por objeto promover, ayudar y alentar los estudios de medicina en general que realicen o proyecten realizar estudiantes, profesionales o entidades dentro o fuera del país.

La fundación fué creada por el Dr. Ricardo Finochietto, quien al presentarse a solicitar la personería jurídica manifestó que la instituía con el propósito antes señalado, y para honrar la memoria de su hermano, el Dr. Enrique Finochietto, cuyos deseos creía interpretar denominándola Fundación Enrique y Ricardo Finochietto para dejar así unidos los nombres de quienes juntos trabajaron durante su vida.

El Dr. Ricardo Finochietto al crear la fundación ha resuelto asignarle un millón de pesos, suma que puede considerarse sólo el capital inicial, ya que el estatuto prevé que éste puede ser acrecentado con las donaciones, contribuciones y otras liberalidades y bienes que pueda recibir en el futuro de particulares e instituciones.

**LA NACION, 20 de enero de 1950, Año del Libertador General San Martín**  
**Maestros que se necesitan en provincias y territorios**

La Campaña Sanmartiniana de Alfabetización, organizada por el Ministerio de Educación, tendrá por finalidad —expresó el Dr. Ivanissevich— extirpar el analfabetismo en el país, a cuyo efecto la Dirección

General de Enseñanza Primaria ha resuelto actualizar los registros de inscripción de maestros en todo el territorio. De acuerdo con un cuadro preparado por ese último organismo, en escuelas de provincias se necesitan 1.193 maestros, y en las de los territorios, 1.832, así distribuídos:

En provincias: Buenos Aires, 5; Catamarca, 28; Córdoba, 99; Corrientes, 268; Entre Ríos, 38; Jujuy, 36; La Rioja, 37; Mendoza, 64; Salta, 118; San Juan, 35; San Luis, 29; Santa Fe, 80; Santiago del Estero, 250; Tucumán, 106, total, 1.193.

En territorios: Misiones, 504; La Pampa 55; Neuquén, 96; Chubut, 44; Chaco, 637; Río Negro, 133; Formosa, 319; Gobernación Militar de C. Rivadavia, 16; colonias nacionales, 26; Tierra del Fuego, 2, total, 1.832.

**LA NACION, 10 de febrero de 1950, Año del Libertador General San Martín  
BUENOS AIRES**

**Ha quedado disuelta una entidad en Adrogué**

Adrogué, 9 — Luego de cumplir durante 17 años consecutivos una ponderable labor educativa y cultural, ha quedado disuelta la Sociedad Popular de Educación de Almirante Brown, bajo cuya dirección y sostén funcionaba la Escuela de Puertas Abiertas.

La decisión fué adoptada en una reciente asamblea general de asociados que presidió el profesor José A. Castillo, ante la imposibilidad de superar las dificultades económicas, agravadas últimamente por la aplicación de determinadas leyes y decretos. La entidad impartía la enseñanza de diversas asignaturas útiles, fomentando así la educación popular y patrocinando al propio tiempo la realización de actos culturales y patrióticos. La disolución de esta meritoria institución ha causado penosa impresión en el vecindario.

**LA PRENSA, 24 de enero, Año del Libertador General San Martín, 1950  
ENTRE RIOS**

**Fué creada la Biblioteca Entrerriana**

Paraná, 23 — El Poder Ejecutivo creó la Biblioteca Entrerriana General Perón, la cual estará constituída por una colección de obras seleccionadas de autores entrerrianos y de aquellas que se ocupen de temas vinculados a esta provincia, las que serán editadas por el gobierno, con el fin de fomentar la investigación —dice— y la producción intelectual.

**LA PRENSA, 5 de febrero, Año del Libertador General San Martín, 1950**

**Será Creada la Sección José de San Martín  
en la Biblioteca del Congreso**

La comisión parlamentaria administradora de la Biblioteca del Congreso ha dispuesto adherir a la conmemoración del centenario del falle-

cimiento del general San Martín, y al efecto dictó una resolución que dispone:

Crear en la biblioteca la sección denominada José de San Martín, cuya misión principal será reunir, catalogar y clasificar toda la bibliografía relacionada con la figura y los hechos del Libertador; organizar una exhibición en el salón de lectura de los legisladores, durante la semana oficialmente consagrada a la recordación del prócer, con la bibliografía existente y que se adquiriera, documentos, piezas autográficas o su reproducción y publicaciones de diversa índole relativas a la vida y obras del Gran Capitán, y preparar una recopilación de todas las iniciativas de carácter parlamentario, leyes sancionadas, homenajes, etcétera, en ambas Cámaras, para ser editadas en un volumen, debiendo igualmente publicarse un folleto conteniendo la bibliografía sanmartiniana, con destino a su distribución entre bibliotecas y estudiantes de enseñanza media y superior.

#### SE INAUGURO LA BIBLIOTECA ABRAHAM LINCOLN

El 12 de febrero, 141º aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln, inauguró en Buenos Aires el Servicio Informativo del Departamento de Estado norteamericano una biblioteca de información de los Estados Unidos que lleva el nombre de Biblioteca Lincoln. La biblioteca funciona como dependencia de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, en el local de la calle Florida 935, todos los días de 12 a 20, menos los sábados y domingos.

La biblioteca es similar a otras 67 que funcionan actualmente en sesenta países; se crearon a partir de 1942, a raíz de la creciente demanda de materiales norteamericanos sobre temas de historia, política, agricultura, comercio, industria y educación en los Estados Unidos. En total estas bibliotecas de información contienen 250.000 volúmenes, 23.000 diarios y 600.000 documentos y folletos gubernativos. Esta de Buenos Aires tiene cuatro mil volúmenes —selección del pensamiento norteamericano— y trescientas cincuenta publicaciones entre diarios, periódicos y revistas especializadas. La biblioteca fué establecida con los siguientes propósitos: proporcionar información sobre los Estados Unidos al pueblo de la Argentina; por medio de libros, revistas, diarios, folletos, documentos oficiales, mapas y otros materiales norteamericanos, brindar un panorama justo e imparcial de la vida y la cultura de los Estados Unidos, así como de los ideales y aspiraciones del pueblo norteamericano; cooperar con los hombres de negocios de los Estados Unidos y los miembros de la colectividad norteamericana en Buenos Aires, proporcionando todos los servicios bibliotecarios posibles, dentro de los límites que fijan los recursos de la biblioteca; demostrar, como modelo viviente en acción, las mejores normas de ética y servicio profesional del sistema de bibliotecas norteamericanas; hacer que los recursos y facilidades de la biblioteca estén libremente a disposición de todos los que la visiten.



## LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

FATONE, VICENTE. — Ver Cursos y Conferencias, año XI, volumen XXII, febrero-marzo de 1943.

GIUSTI, ROBERTO F. — Ver Cursos y Conferencias, año VII, volumen XIII, junio-julio de 1938.

GONZALEZ GALE, JOSE. — Ver Cursos y Conferencias, año XI, volumen XXII, enero de 1943.

KING HALL, ROBERT. — Ver Cursos y Conferencias, año IX, volumen XVII, abril de 1940.

LUNA, EMILIO HERACLIO. — Estudió en Rosario; en 1938 obtuvo el título de Maestro Normal Nacional. Comenzó a enseñar en una escuela Láinez del Chaco Santafesino. En 1945 fué designado maestro en la Escuela N° 94 de Chubut, situada en la precordillera. En 1947, a solicitud del Centro Cultural del Magisterio de Esquel, realizó un trabajo sobre los problemas escolares y sociales del Sur Argentino, que fué presentado al Congreso de Maestros de Territorios llevado a cabo en enero de 1948.

REISSIG, LUIS. — Ver Cursos y Conferencias, año VII, volumen XIV, octubre-noviembre de 1938.

---

## RECTIFICACION

Un error del cual no soy enteramente culpable, advertido a tiempo por mí en la página 508 del presente número, antes de su total impresión, me ha hecho atribuir la nacionalidad italiana al ilustre químico catalán Miguel Puíggari (1827-1889), maestro de maestros. Queda salvado. — Roberto F. Giusti.

## Índice del Volumen XXXVI de Cursos y Conferencias

|  |     |
|--|-----|
| ARGUAS, MARGARITA: Del espíritu de las leyes .. .. .   | 349 |
| FATONE, VICENTE: Psicoanálisis y budismo. I. El complejo de Edipo y los gandharvas .. .. .           | 543 |
| GIUSTI, ROBERTO F.: El pensamiento, las letras y el arte italianos en la cultura argentina .. .. .   | 505 |
| GONZALEZ GALE, JOSE: El Instituto Actuarial Argentino ..   | 591 |
| KING HALL, ROBERT: Educación para el desarrollo económico  | 557 |
| LUNA, EMILIO HERACLIO: La escuela rural patagónica .. ..   | 579 |
| PLA, CORTES: Relaciones sociales de la ciencia .. .. .   | 371 |
| REISSIG, LUIS: Italia: cantos rodados .. .. .  | 525 |
| RIMOLDI, HORACIO J. A.: La enseñanza de la psicología en los Estados Unidos de Norte América .. .. . | 449 |
| TERRACINI, BENVENUTO: El concepto de libertad lingüística  | 337 |
| THENON, JORGE: Historiografía crítica de los sistemas médico-psicológicos .. .. .                    | 437 |
| VILLEGAS LOPEZ, MANUEL: Escuelas y tendencias del cine documental .. .. .                            | 397 |